

especial/fempres

red de comunicación alternativa de la mujer

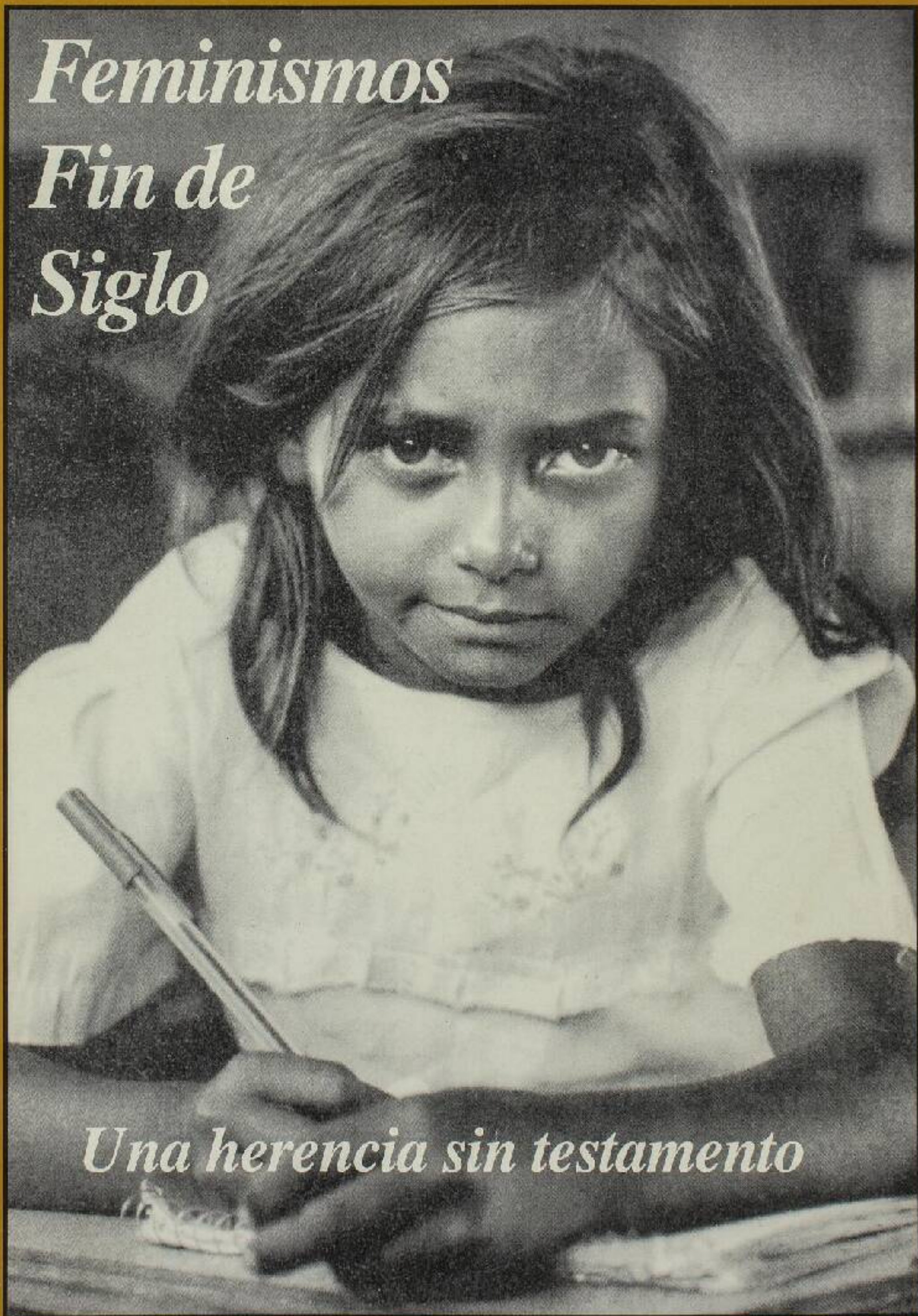
1999

Feminismos

Fin de

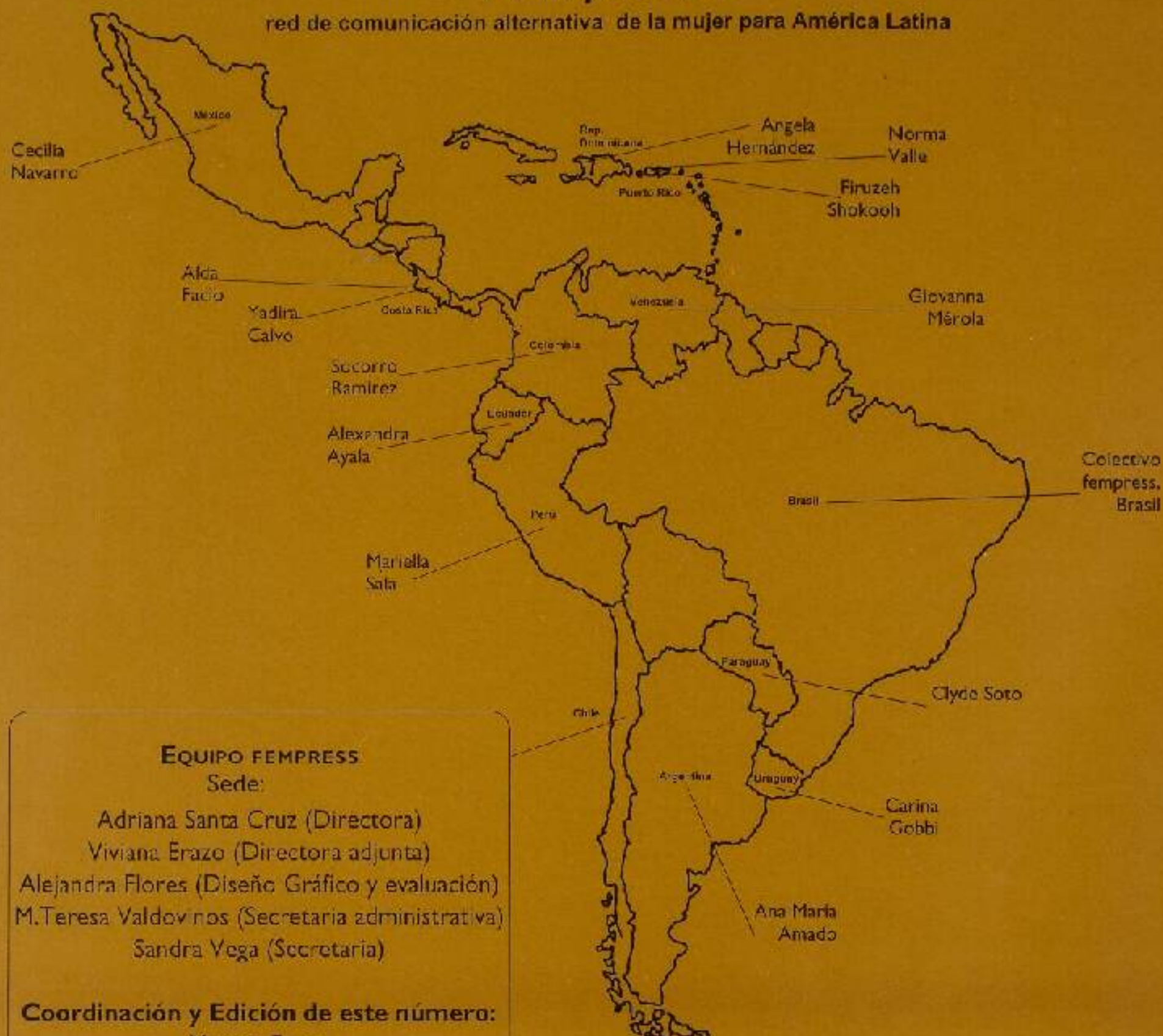
Siglo

Una herencia sin testamento



fempres

red de comunicación alternativa de la mujer para América Latina



EQUIPO FEMPRESS

Sede:

Adriana Santa Cruz (Directora)

Viviana Erazo (Directora adjunta)

Alejandra Flores (Diseño Gráfico y evaluación)

M. Teresa Valdovinos (Secretaria administrativa)

Sandra Vega (Secretaria)

Coordinación y Edición de este número:

Viviana Erazo

Los *Especiales Mujer Fempres* surgen de la necesidad de complementar la labor informativa de la revista mensual que aborda un amplio espectro de temas.

Los variados usos que se le han venido dando a esta colección van desde reproducir artículos en medios locales y transmitirlos en radio y T.V., hasta su uso en centros de documentación e investigación de la mujer y grupos de acción. Se les ha visto particularmente útiles en jornadas y talleres donde se debaten temas específicos.

Es importante señalar que estos *Especiales* no pretenden ser exhaustivos, es decir, abarcar los temas en toda su amplitud y profundidad. Están constituidos por materiales elaborados por nuestras corresponsales y de personas y organizaciones amigas.

Quedamos a la espera de sus comentarios y sugerencias de temas para futuros *Especiales Mujer*.

Esta publicación es posible gracias a la cooperación de:

IDRC, Centro de Investigaciones para el Desarrollo Internacional, Canadá

CIDA, Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional, Canadá

DANIDA, Agencia Dinamarcuesa para el Desarrollo Internacional, Dinamarca

SDC, Cooperación Suiza para el Desarrollo, Suiza

SIDA, Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional, Suecia

Ministerio de Cooperación para el Desarrollo, Holanda

Fundación Ford, U.S.A.

UNFPA, Fondo de Población, ONU, U.S.A.

UNIFEM, Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer, U.S.A.

Foto portada: Sebastião Salgado. Muestra fotográfica "Terra", Movimiento Sem Terra, Brasil.

Casilla 16-637, Santiago 9, CHILE

Teléfono: (56-2) 232-1242 y 234-4183; Fax (56-2) 233-3996 <fempres@reuna.cl>

<http://www.fempres.cl>



Presentación



Tiempo de balances. Un siglo, un milenio se terminan. Nos asomamos desde el umbral del milenio que comienza y la historia no nos está aguardando en la antesala, sigue su curso acelerado fragilizando memoria y recuerdos.

Es tiempo, entonces, para la memoria, de profundizar el registro y el análisis de lo vivido y recuperar sensibilidades y racionalidades proyectables al futuro que tenemos por delante.

Entre los tantos "ismos" del siglo veinte, siglo motivador de grandes esperanzas y que defraudó tantas ilusiones, el feminismo nunca prometió la felicidad de los seres humanos ni su objetivo fue la conquista del poder. Se proponía, en cambio, subvertir la separación sexista del mundo, cambiando la imaginación de los sexos, mudando imaginarios.

Para millones de mujeres ha sido una conmoción intransferible desde la propia biografía y circunstancia, y para la humanidad, la más grande contribución colectiva de las mujeres. Removió conciencias, replantó individualidades y revolucionó, sobre todo en ellas, una manera de estar en el mundo. No sorprende la afirmación de algunos pensadores al decir que "la única revolución de nuestro tiempo -por sus efectos- ha sido la revolución feminista".



Como un río que se sumerge y continúa su curso subterráneo, para luego reemerger con más fuerza, el feminismo tuvo su última y potente aparición hace tres décadas. En los años 70s, primero en Europa y Norteamérica, luego en América Latina, mujeres feministas iniciaron este largo viaje, dando lugar a una cultura feminista que hoy se expresa en múltiples formas y en múltiples espacios. Ya no sólo en singular sino en plural, universal, planetaria por primera vez en la historia.

Hoy, sin embargo, son muchas las interrogantes, mucha la desazón y más las incertidumbres epocales que la afectan. En el transcurso de estos años hubo ganancias y pérdidas, éxitos y fracasos. Pareciera que en el camino por ciertas conquistas se hubieran dejado atrás esencias irrenunciables del feminismo. Pareciera que en la preservación de ciertos espacios se hubiera renunciado al imperativo de mirar, evaluar e intervenir creativa y críticamente la realidad, y siguiéramos pedaleando sin avanzar pero sin detenernos realmente.



El feminismo ha obtenido resultados concretos en relación a algunos de sus objetivos y, sobre todo, ha dado conciencia y autoridad a las mujeres. Pero son muchos los espacios concretos y simbólicos, los deseos y aspiraciones por los cuales luchó que no se han logrado y han dejado de estar presentes en sus agendas. A esto se agrega la siempre renovable o aparente reconstitución del patriarcado a través de otras armas, como la tecnología, la ciencia, los nuevos poderes supranacionales; una regresión conservadora en las distintas sociedades, el avance del fundamentalismo, no sólo religioso; las nuevas tecnologías reproductivas y sus efectos.

Fempress, de acuerdo con los tiempos, invitó a feministas latinoamericanas y europeas -en honor a los vasos comunicantes que han existido entre ellas-, que en estas tres décadas entregaron su creatividad y capacidad de liderazgo en distintos campos, a participar de esta publicación. No están todas las que hubiéramos querido invitar ni pudieron estar todas las que invitamos a participar en estas páginas.



A cada una se le pidió reflexionar sobre estos puntos generales a partir de la propia experiencia y de acuerdo a los cambios y a la realidad de este fin de siglo: ¿Qué es y cuál es el sentido del feminismo hoy en día? ¿Es necesaria y posible su renovación? ¿hace falta recuperar el espíritu de sus orígenes o, en el futuro, tendrá que surgir algo nuevo que contenga y trascienda el feminismo de estas tres décadas? ¿De qué manera tendría que producirse esta renovación?, ¿hacia dónde dirigir la mirada, desarrollar la



reflexión, el diseño de estrategias y la acción política feminista que marcarán el comienzo del próximo siglo?

Desde sus distintas vocaciones, desde circunstancias y vivencias diferentes, las autoras presentan un caleidoscopio de miradas que muestran las muchas coincidencias y la diversidad de énfasis en el análisis del presente y los desafíos pendientes, cada una develando ausencias, carencias, conquistas y posibilidades; distintas imágenes de este gran mosaico que es el feminismo después de tres décadas. Miradas que muestran los grados de optimismo y desesperanza, de nostalgia, de rebeldía y pragmatismo, los grados de madurez y sabiduría alcanzadas en esta aventura interior, individual, y en su expresión social, política, civilizatoria.



En estos veinte textos se expresa la diversidad de la experiencia y pensamiento feministas. Desde quienes enfatizan la validez de la idea de igualdad y su consagración en las constituciones nacionales y convenciones internacionales, a quienes conjugan la diferencia sexual para comprender mejor el presente y modificarlo en el sentido de la libertad femenina. Aquellas que postulan la necesidad de alianzas con mujeres que ocupan espacios institucionales o las que señalan los peligros de priorizar las estrategias de negociación con el Estado, reponiendo una autonomía no excluyente, articuladora de diferencias. Está quien considera imprescindible enfrentarse en la arena electoral con otros partidos políticos como signo de madurez del movimiento feminista y quien advierte sobre los riesgos de la apropiación del concepto de género por autoridades nacionales o burocracias internacionales, despojándolo de su sentido crítico. Quienes consideran relevante hablar más de las desigualdades entre mujeres y empeñarse tenazmente en eliminarlas, destacando como desafío pendiente el identificarse con la lucha de la mayoría de las mujeres contra la pobreza y la marginación, y las que piensan que los feminismos se encuentran ante el gran desafío de proponer los cambios para el conjunto de las sociedades. Hay coincidencias en nombrar un vacío indiscutible, el de no haber sido capaces de lograr que la mayoría de las mujeres nos escuche, y menos, nos comprenda. "No se expresan las subordinadas, las discriminadas, sólo sus defensoras, las feministas". Cuestión también de lenguaje, del que nos desentendemos con frecuencia. Como afirman algunas, es necesario permanecer cercanas al lenguaje de la experiencia, el lenguaje a partir de sí mismas, que forma parte irrenunciable del feminismo.



Indudablemente, esta pluralidad de miradas, no necesariamente contradictorias entre sí, no agota el vasto panorama de los feminismos hoy en día. El consenso reside en la necesidad de asumir las desigualdades, valorar las diferencias y tramar nuevos pactos entre mujeres cada vez más amplios y sólidos. Ponernos al centro de las transformaciones tejiendo nuevos vínculos sociales que superen el corporativismo y lancen siempre más allá nuestra apuesta, ampliando la acción ciudadana y apuntando a la democratización de la cultura.



¿La herencia del feminismo? Según algunas, consistiría en el hecho que para las mujeres de hoy, la medida de la existencia se desplazó del hombre a las otras mujeres. Las jóvenes se viven sin sentido de inferioridad respecto al sexo masculino y los principios básicos del feminismo han impregnado hasta tal punto sus vidas que "no constituyen plataforma sino piel". Pero se trata de una "herencia sin testamento", que exige una iniciativa nueva de parte de aquellas que la reciben, para seguir avanzando.

¿Y las niñas de hoy, las jóvenes y mujeres del siglo XXI? El desafío, por último, dice Diana Bellessi, es "creer en lo que fuimos y creer en las que vienen, en las que vendrán con su mochila cargada de acierto y error como las nuestras".

Viviana Erazo Torricelli

Feminismos Fin de Siglo

UNA HERENCIA SIN
TESTAMENTO



En la historia de la cultura, el siglo XIX es un siglo de transición. En él se ven aparecer los primeros movimientos feministas, que buscan la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Este movimiento surge en Europa y se extiende a América Latina. En este contexto, se desarrolla la obra de las escritoras y pensadoras de la época, que buscan dar voz a las mujeres y a sus demandas. La literatura de este periodo refleja las tensiones y los cambios sociales que están ocurriendo. Las autoras exploran temas como la educación, el trabajo, la familia y la sexualidad. Su obra es un testimonio de la lucha por la emancipación femenina.

Las feministas de la época buscan la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Este movimiento surge en Europa y se extiende a América Latina. En este contexto, se desarrolla la obra de las escritoras y pensadoras de la época, que buscan dar voz a las mujeres y a sus demandas. La literatura de este periodo refleja las tensiones y los cambios sociales que están ocurriendo. Las autoras exploran temas como la educación, el trabajo, la familia y la sexualidad. Su obra es un testimonio de la lucha por la emancipación femenina.

En la historia de la cultura, el siglo XIX es un siglo de transición. En él se ven aparecer los primeros movimientos feministas, que buscan la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Este movimiento surge en Europa y se extiende a América Latina. En este contexto, se desarrolla la obra de las escritoras y pensadoras de la época, que buscan dar voz a las mujeres y a sus demandas. La literatura de este periodo refleja las tensiones y los cambios sociales que están ocurriendo. Las autoras exploran temas como la educación, el trabajo, la familia y la sexualidad. Su obra es un testimonio de la lucha por la emancipación femenina.



EF: Sebastião Salgado. Movimento Sin Terra, BRASIL

UNA HERENCIA SIN TESTAMENTO

por Françoise Cottin



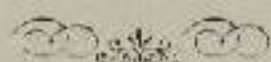
La transformación de la relación entre los sexos ha sido, es, uno de los mayores acontecimientos del siglo XX y seguirá produciendo efectos más allá del año 2000. La revolución marxista basada en las relaciones de clase, que ocupó durante tanto tiempo los espíritus y movilizó las energías políticas, deja finalmente en este fin de siglo menos huellas que la revolución feminista. El capitalismo está más triunfante que nunca. El Patriarcado más debilitado u obligado a sutiles metamorfosis.

El movimiento de liberación de las mujeres que se desarrolló en los años 70s en nuestros países, estuvo indudablemente precedido por luchas feministas anteriores. Pero lo que lo caracteriza es que no se basó únicamente en reivindicaciones sino que planteó el problema de las relaciones entre los sexos en su estructura

de conjunto y lo elaboró como una cuestión filosófica a partir de la definición de la noción misma de hombre y de mundo.

Observar el cambio que se ha producido en la vida de las mujeres

Las feministas de los comienzos transmiten a las mujeres de hoy día una herencia importante, pero "una herencia sin testamento", en el sentido que tal herencia exige una iniciativa nueva de parte de aquellas que la reciben.

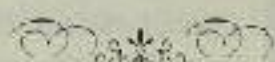


occidentales en el curso de una generación nos vuelve optimistas: libre disposición de la maternidad; acceso a la vida profesional incluso en campos hasta ese momento exclusivos; exigencia de autonomía en el vínculo amoroso, sexual o conyugal; capacidad de iniciativa y, sobre todo, construcción lenta pero segura de un vínculo entre las mujeres que no espera ya su ratificación del control masculino. Pero surgen inmediatamente los límites, como si -a pesar de estos importantes logros- la estructura misma del mundo y el control de su funcionamiento no hubieran realmente cambiado, como si la liberación de las mujeres permaneciera condicionada. Tampoco se puede evitar que, en el futuro, surjan nuevos problemas, o nuevas formas de antiguos problemas que habrá que enfrentar de manera creativa. Así, por ejemplo, el dominio de los límites de la repro-

ducción, por la liberalización del aborto y de la contracepción, ha evolucionado hacia su manipulación científica cuyos objetivos no son muy claros.

Es cierto que el feminismo colectivo llamado "Movimiento", que llevó a las mujeres a la calle para gritar públicamente su protesta, ha desa-

**La insurrección
da lugar a la institución.
Procedimiento
estratégico siempre
ambiguo: ¿El acceso al
poder constituido es su
transformación o su
confirmación?**



parecido. Aquellas que como yo conocieron esos comienzos revolucionarios, en tiempos en que la innovación se vivía cotidianamente, cuando por primera vez las mujeres se contaban a sí mismas y se hablaba en una súbita autosuficiencia, esas pueden a veces lamentar que el movimiento se haya diseminado en acciones sectoriales, y que, después de haber orgullosa y violentamente roto con las instituciones, no pareciera tener otro objetivo sino el de ser integrado, ya se trate de la universidad o de la política de los partidos. La insurrección da lugar a la institución. Procedimiento estratégico siempre ambiguo: ¿El acceso al poder constituido es su transformación o su confirmación? Hannah Arendt planteó la dificultad del dilema entre la posición de paria y la de advenedizo. Optaba, como Walter Benjamin, por la posición de "para consciente". ¿Se puede hablar, también, de "advenedizo/a" consciente?

Estas observaciones quedan como interrogantes. Es indudable que el mantener los procedimientos no concuerda con la exigencia evolutiva de las coyunturas. Han pasado treinta años. No se envejece o se envejece mal en las barricadas. Una nueva generación creció y a la que pueden fastidiar estas nostalgias revolucionarias, sobre todo porque integró lo adquirido sin siquiera darse cuenta.

Las feministas de los comienzos transmiten a las mujeres de hoy día una herencia importante, pero "una herencia sin testamento", según palabras del poeta René Char, en el sentido que tal herencia exige, más allá de su conservación, una iniciati-

va nueva de parte de aquellas que la reciben.

La serena afirmación de sí de las mujeres, que -ostentando su placer y su deseo- no se reivindican de ningún movimiento político, es una consecuencia y una forma innombrada de feminismo. Aún no siendo fanática del deporte, es inevitable observar con satisfacción una vigorosa campeona lanzando la jabalina. Cada una de aquellas que se afirma de esta manera no defiende un derecho de



excepción, normaliza una manera de estar en el mundo hasta hace un tiempo prohibido. Pero esta afirmación de sí indispensable, no basta. Demasiados obstáculos persisten para que las iniciativas colectivas y voluntarias sobre objetivos determinados puedan desaparecer. El "movimiento" se expande en una red de iniciativas sectoriales, de acuerdo a la capacidad y a la inspiración de cada una. Las luchas se van afinando, haciendo más específicas, en materia de trabajo, de violencia sexual, de derechos políticos, económicos, de lucha contra la pobreza, de investigación científica. El gran logro a consolidar es el reconocimiento y el respeto a la variedad de formas en que estos compromisos se expresan, ninguno ocupa el lugar central que determinaría todos los cambios. Ninguno detenta el saber absoluto. Esta solidaridad, más allá de las rivalidades, que hace del mundo masculino una muralla y asegura su poder, no tiene aún su equivalente entre las mujeres; sin embargo, se la ve progresar en todos los medios y es la condición de su avance.

El "movimiento" adquiere hoy la forma de una "red". Un trabajo de formación tan importante como el de la relación secular entre los sexos es a largo plazo: debe hacer treguas con el tiempo y someterse a metamorfosis. No obedece a un modelo preestablecido sino se inventa en la coyuntura y la confrontación de las opiniones y de las opciones. Conoce períodos de latencia y períodos de efervescencia, en acciones variables dependiendo de las culturas y los países, aún si la

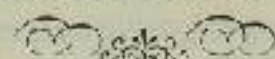
experiencia de unas instruye la de las otras.

La "revolución" de las mujeres no corresponde a la imagen de tabla rasa ni de reconstrucción a partir de cero. Hace treguas con lo dado.

Si hay un punto, sin embargo, en el que se evidencia una laguna profunda, me parece, es el de la transformación del espacio simbólico, que aunque soñado por el movimiento de los años 70s, se mantiene yermo.

En un libro reciente ("Je partirais d'un mot: le champ symbolique", éd. Fusart), que reúne un conjunto de artículos que escribí estos últimos años sobre las relaciones del feminismo, de lo femenino y de la escritura, me atreví a concluir que el porvenir del feminismo depende, tal vez, de aquellas que poco a poco se han alejado de él: las creadoras, las artistas. No se puede, de hecho, inaugurar un mundo nuevo sin palabras nuevas, sin formas nuevas. Ellas, es verdad,

**El porvenir del
feminismo depende, tal
vez, de aquellas que
poco a poco se han
alejado de él: las
creadoras, las artistas.
No se puede inaugurar
un mundo nuevo sin
palabras nuevas, sin
formas nuevas.**



no dependen de una decisión, como las nuevas leyes: no obedecen a un orden dado sino se traman en la relación que cada una mantiene con su creación y la creación de las otras. Lo político y lo teórico cojean sin el relevo de lo poético. El feminismo es también -esto se ha olvidado un poco- una cuestión de lenguaje. (Traducción: Viviana Erazo)

*Françoise Collin. *Escritora, Filósofa, ha vivido y enseñado sucesivamente, en Bruselas y en París. Fundadora de la primera revista feminista en lengua francesa (1973), «Les Cahiers du Grif». Ha publicado: «Maurice Blanchot et la question de l'écriture» (ed. Gallimard), «Le différend des sexes» (ed. Pleins Feux), «L'homme est-il devenu superflu? Hannah Arendt» (ed. Odile Jacob), entre otros.*

TODAS ÍBAMOS A SER ANCIANAS INDECENTES...

por Diana Bellesi

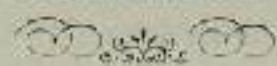
Una vanguardia siempre es una reacción puntual y coyuntural contra posturas fijas establecidas que una vez aniquiladas o neutralizadas, o suplen en las neutralizadas, despoja a la vanguardia de su objetivo propio. Para mantener la condición de vanguardia de un movimiento habría que reemplazar los objetivos constantemente, lo que parece atentar contra su identidad, no puede ser vanguardia permanente porque se auto-anicila. La variación de objetivos y enemigos destruye su propia identidad -que es siempre un acto performativo de construcciones culturales previas.

Que me den un punto fijo en el universo, una palanca, y levantaré el mundo, se dijo. Pero no hay un punto fijo en el mundo. Estar adelante es prerrogativa que se abroga una clase o grupo de privilegio. La gente va detrás. Si no hay punto fijo, no hay una casuística de maneras y estrategias; ¿qué hay?, hay un ser reclamado por el instante, una invención y negociación que exige gran flexibilidad. En ese reclamo se produce la ruptura de un eje estructurador, y la aceptación simultánea de lo no lineal y lo caótico. Tendencia hacia adelante en un solo sentido versus tendencia en telaraña de una espiral. Esto caracterizó al movimiento feminista en sus comienzos, sin embargo parece haber descendido de su conciencia vigilante que se extendía a todos los sistemas, suprasistemática, cayendo paulatinamente en un sistema que excluye a los demás. Este descenso necesario que permitió, por ejemplo, la transformación paulatina del sistema de derecho burgués, ha quedado sin embargo anclado, congelado allí, en puntos coyunturales que intenta solucionar sin poder remontar vuelo y tomar una mirada más panorámica para ver y accionar sobre otros problemas, o sobre los mismos problemas que mutan sin desaparecer.

No debemos guiarnos por un decálogo feminista, principios inamovibles a



**Todas íbamos a ser
ancianas indecentes
porque ya no
estábamos
condenadas a
reproducir sino que
habíamos abierto las
autopistas para crear,
para correr el riesgo
veloz y hacernos cargo
sin descartar las rutas
secundarias.**



los que la organización y la acción deban ajustarse, sino por una necesidad de responder a lo que, desde múltiples circunstancias, nos interpela o nos llama. Redacción, tema: el feminis-

mo, la vaca ¿vacación, vaciamiento o vacío donde los materiales se reorganizan? ¿Es preferible controlar poquito o arriesgarla vastedad de la mirada? Se corre, claro, el peligro de ser desautorizadas.

Siempre dijimos que el feminismo como instrumento y como deseo habría de revisar la historia y la producción completa de la humanidad, pero en la práctica esto sucede en menor escala, o no sucede en absoluto por un temor a las categorías de lo que es o no es pertinente al feminismo. Si una disciplina debe tener el campo acotado como herencia del siglo diecinueve y de la modernidad, se produce una territorialización que ejerce controles y otorga una falsa sensación de seguridad. Alambrada que puede ser útil en un

momento determinado, pero no para etemizarla porque perjudica, daña.

Quizás el feminismo, como todos los ismos flameantes del siglo veinte, depona y descrea de su condición de vanguardia y se dispone a un proyecto más riesgoso: feminizar al mundo, al imaginario del ser humano en el vasto abanico de culturas y economías regionales amenazadas por el poder internacional del dinero y por una instrumentación tecnológica a su favor. Feminizar al mundo no significa sólo la lucha por otorgarle a las mujeres su condición de personas y, en consecuencia, los derechos civiles tan costosamente adquiridos o en tránsito de ser adquiridos o en peligro de perderlos, como pareciera indicar el semáforo en rojo del enterito tejido social. Tampoco significa permitir que los varones nos tomen como sujetos y se apropien de la conceptualiza-

ción como si la hubieran inventado sin la presión y creación -nuestra- que esto significó. Ni tampoco disfrazar el gesto en el tono de la pequeña Lulú. Feminizar al mundo significa astillar la concepción binaria de la mirada, sin perder de vista las especificidades, en el pensar y en el accionar requeridos en cada momento, iniciar el arduo aprendizaje de sentir lo ajeno como propio cada vez que la injusticia se incrusta o se cierne,

Feminizar al mundo significa astillar la concepción binaria de la mirada, iniciar el arduo aprendizaje de sentir lo ajeno como propio cada vez que la injusticia se incrusta o se cierne.



porque no hay propio y ajeno, esta es una figura construida por la voz del amo, por la vara que intenta controlar la viviente diversidad en estado de constante transformación.

La construcción de ciertas mitologías es necesaria, como principio de auto-conocimiento, pero quedar congeladas en ellas o someterse a ellas en forma indefinida, es siempre fatal. Hacer y deshacer de manera constante no nos lleva al mero espacio estéril de la espera o la no concretización-complejo Penélope o su treta descomunal- no, si hay memoria que permanentemente se rehace; sino que pueda llevarnos a un espacio liberador donde escuchar es tan posible como las infinitas variaciones del sentir y el pensar.

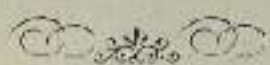
Cuando todo se desarma, cuando se pierde la fe en las viejas certezas porque ninguna se cumplió, y una economía del terror avanza como un descabellado temblor de tierra, cuando se multiplican las tecnologías a una velocidad impensable hace apenas una década, para las mayorías que puedan fuera de ellas y fuera del mercado de trabajo, la resistencia parece haber recibido un cross en la mandíbula. No hay resistencia; hay una pluralidad de resistencias, de invenciones veloces y fugaces que a veces cuesta percibir y más aún catalogar. La alegría es una de ellas, la explosión violenta de una fiesta que no pretende perdurar, la creación de un estilo personal, en el propio cuerpo, en los vínculos, en los objetivos que se producen, en el despliegue inventivo

de las economías de sobrevivencia que se saben para hoy, para esta semana, para seis meses, rápido, no más. Hablar del movimiento feminista. No. A pesar de su arco múltiple el movimiento adquirió un objetivo, se volvió unidireccional, *hacia* algo. Podemos decir que hoy hay una escalada múltiple y veloz de movidas, enraizadas en el feminismo o fuera de él. Quizás se vuelvan autoconcientes y aprendan a federarse y disolverse ante cada necesidad o cada deseo que pueda ser a veces compartido.

Cristalizado, normativizado, en este horizonte el feminismo histórico parece el *jurassic park*. Pero no al magma que lo generó. Deseo y malestar, y alguna noción difusa de felicidad posible, alcanzable, de vive como quieras mientras no sea a costo de otro. Nos queríamos tanto, nos divertíamos tanto, dice la nostalgia, ¿por qué empezamos a pelearnos entre nosotras?, ¿quizás porque aquella irradiación originaria se detuvo? Por supuesto que algunas cosas se lograron, muchas más en apariencia, en letra que en verbo, y como era de esperar en los sectores de clase más favorecidos. Ahora que la llamada clase media baja -o asalaria-



Lo que queda al descubierto son los obstáculos o errores de transmisión, cuyas falencias en la actualidad parecen radicar en la imposibilidad de comunicar experiencias de una generación a otra en ambos sentidos.



ca-se ha derrumbado y fenece rápidamente, ¿que inventarán sus hijas? ¿O no son ellas las llamadas a inventarlo? ¿O deban quizás mirar al costado y aprender de otras con una inteligencia menos "educada" pero más despierta, más precisa, más veloz, más alegre porque se juega la vida y posibilidad de estar en el mundo? Quizás.

Lo que queda al descubierto son los obstáculos o errores de transmisión,

cuyas falencias en la actualidad parecen radicar en la imposibilidad de comunicar experiencias de una generación a otra en ambos sentidos. No hablo de adosarse a los ideogramas o nuevos estilos juveniles, pero tampoco quedarse tranquilamente en los tanques criogénicos, o pastando en las cómodas huertitas que supimos conseguir. Al menos sentir curiosidad, un gesto de atención frente a las modalidades recientes o frente a la rampante indiferencia de las más jóvenes. También, un gesto de pasión por lo vivido y por lo que aún se tiene por vivir, y no una nostalgia de tarjeta postal.

Todas íbamos a ser ancianas indecenas y a bailar la conga hasta el final, porque ya no estábamos condenadas a reproducir sino que habíamos abierto las autopistas para crear, para correr el riesgo veloz y hacernos cargo sin descartar las rutas secundarias, y hacer piquete si fuera necesario. ¿Cómo?, ¿Con qué estrategias? con las viejas y siempre nuevas estrategias personales que de inmediato, ¿o antes?, se transliteran, se contaminan, se transforman en colectivas y se deshacen para ser asumidas nuevamente como experiencias subjetivas

únicas y que hacen del arte y del accionar político una trama viva, atractiva, sin tufillo de drácula que arrastra su féretro con un puñado de tierra natal. Ser mejores historiadoras, es decir, reinventar constantemente lo sucedido, y dejar ir, dejándonos, al mismo tiempo ir. ¿Cómo? con delirio por el cambio, por su incertidumbre, su descentralización. No más terreno seguro, tranquilidad en la plusvalía acumulada. Un festivo asalto a lo desconocido que exige atención y precisión. Poner el cuerpo y poner el fuego de hogueras en la ruta, creer en lo que fuimos y creer en las que vienen, en las que vendrán con su mochila cargada de acierto y error como las nuestras: -¡Mirá la vieja!, - ¡Mirá la pendeja! Mutuas señales de transmisión.

* Diana Bellesi. Escritora y poeta argentina. *Beca Guggenheim en poesía*, 1993; *Beca Trayectorias en las Artes*, Fundación Antorchas, Argentina, 1996. Entre sus libros: «Colibrí, ¡lanza relámpagos!» (Tierra Firme, Buenos Aires, 1996); «Lo propio y lo ajeno» (Feminaria, Buenos Aires, 1996); «The Twins, the dream» (Arte Público Press, Houston, 1996); «Sub» (Tierra Firme, Buenos Aires, 1998).



RT. Maria Maria. 1991/92. 100. 100. 100.

UN LENGUAJE QUE LO VUELVA MEMORABLE

por Luisa Muraro

El año próximo, en la Universidad de Verona donde enseño, tendré un curso dedicado al feminismo. El sesgo preciso no lo sé aún, estoy pensando en él y esta entrevista de Fempress me ayuda. Será un curso básico, obligatorio para la materia de Ciencias de la educación. Aclaro que no enseño en un "Women's Studies". En Italia no existen ya que las feministas italianas, mayoritariamente, no los queremos: los consideramos un *ghetto* y preferimos hacer nuestras investigaciones y enseñar en el contexto de los estudios generales. Cuestión

que no es difícil si hay buenas ideas y ganas de proponerlas, de hecho la universidad italiana ofrece una notable libertad de investigación y enseñanza.

Me pregunté: ¿Porqué quiero reflexionar sobre el feminismo, estudiarlo y enseñarlo? Nunca lo hice en el pasado, detesto las palabras en "ismo" y siempre pensé que las feministas existen porque existen las mujeres y a mí me interesan estas últimas, en el sentido que me interesa la humanidad marcada por la diferencia de ser mujer. (Aclaro que la diferencia sexual, como todo lo que es del ser humano, va más allá, y es de su sentido que se trata

lo preciso para dejar de lado las polémicas sobre el esencialismo con su vieja filosofía).

Mi trabajo intelectual, mi escritura y mi propia forma de vida le deben mucho al feminismo, lo reconozco. Pero siempre fui una feminista sin desapego de su ser mujer, siempre pronta a criticar a las feministas y siempre lenta para criticar a las mujeres. No siento que pertenezco al feminismo sino a mis semejantes, entonces ¿porqué ponerme a estudiar y enseñar el feminismo? ¿Tal vez porque habría perdido su significado o se habría transformado en algo que pertenece al pasado, de lo cual se puede hablar

con distancia y objetividad?

No exactamente. Es cierto que hoy se ha perdido, o casi, el significado del feminismo, pero no porque pertenezca al pasado. Más bien corre el riesgo de perderse. Y esto porque no se ha "ganado" verdaderamente. Las mujeres con el feminismo, individual y conjuntamente, han ganado mucho. Hemos ganado autonomía del mundo masculino, entramos en una red de relaciones y nos volvimos más conscientes de nosotras y más inteligentes con relación al mundo.

Sin embargo, el feminismo no se ha transformado en algo memorable: algo que se recuerda porque está inscrito entre las cosas irrenunciables. Esto se debe a varias razones, entre las cuales que el feminismo no ha sido traducido todavía desde nuestra experiencia personal al lenguaje común. Experiencia grande, enorme, la nuestra de la cual mucho hemos escrito. Pero lo mejor de sí mismo permanece dentro de las historias personales. Tanto es así que el feminismo, en el lenguaje común, sigue teniendo un significado caricaturesco (que hace pensar en la etiqueta de los primeros cristianos, "adornadores de un burro crucificado", y contra el cual es inútil, además de equivocado, oponer el "politically correct"), o bien se pierde en una serie de significados parciales y sustancialmente infieles, como emancipación, equidad, derechos, poder...

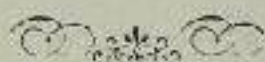
El desafío de mi curso ¿es, entonces, éste? ¿Volver memorable el feminismo traduciendo su significado al lenguaje común?

No es posible hablar de movimiento feminista en Italia, en Francia, en Alemania o, en Gran Bretaña. Tal vez todavía sí en España, para no hablar de países como Brasil, Argentina, Chile, México, que conozco menos. Volviendo a Europa, que conozco, es necesario decir que existen aún episodios importantes que prueban la vitalidad del feminismo. Pienso, por ejemplo, al encuentro que tuve este año (1999) en Bruselas con las dirigentes de una importante asociación belga, "Vie Feminine. Mouvement chrétien d'action culturelle et sociale" ("Vida femenina. Movimiento Cristiano de Acción cultural y social"), que me dijeron: hace un año hicimos una opción feminista.

En una palabra, no hay movi-

miento pero hay feminismo. Dejo en claro que no considero el "feminismo de Estado", gestionado por funcionarias públicas o por políticas de profesión empeñadas en aplicar las directivas de la comunidad Europea o de los estados nacionales. No lo considero porque la conciencia feminista es autónoma de las for-

El feminismo no se ha transformado en algo memorable: algo que se recuerda porque está inscrito entre las cosas irrenunciables.



mas del poder. Ciertamente, el límite de la autonomía no es exterior, pero la autonomía, si existe, se manifiesta y debe hacerse reconocer.

Si es cierto que el feminismo está vivo todavía, y lo está, pero su significado corre el riesgo de perderse (como ha sucedido en el pasado), entonces es necesario que sigamos hablando de feminismo, pero hay que hacerlo con la clara intención de traducirlo en lenguaje común, traducirlo en palabras capaces de dejar una marca

cada vez que está en juego la civilización humana y aquella que, sabemos, es hoy su salida decisiva: la libertad femenina.

Me formé y vivo en un país de cultura occidental y constato que el Occidente, más que el nombre de una civilización, está siendo el nombre de un sistema de poder que aspira a dominar el mundo entero. Y constato también que el feminismo occidental corre el riesgo de entrar en este sistema de poder. Por ejemplo, con su énfasis en la universalidad de los derechos humanos, que no dan lugar al sentido de las diferencias y a la relatividad de los valores humanos, corriendo el riesgo de dar lugar a las "intervenciones humanitarias" de las potencias occidentales, como muestra la guerra de la OTAN contra Yugoslavia.

El feminismo que, a partir de nuestra experiencia personal, no se traduce en palabras originales, capaces de dar un sentido de libertad a nuestro ser mujeres/hombres, corre el riesgo de ser traducido según la lógica y los intereses de los poderes dominantes.

Seguir hablando de feminismo, pero hablar de él en un lenguaje más libre y desprejuiciado, de manera que llegue a ser un elemento esencial en el tránsito actual de civilización. Sólo así las más jóvenes, haciendo suya la herencia feminista, podrán aportarlo nuevo, en el sentido crítico, de enriquecimiento o de apertura hacia perspectivas inéditas. De otra manera, sus nuevos aportes no serán más que repelición: redescubrirán lo que había sido ya descubierto, recorrerán el camino ya hecho, inventarán lo que ya había sido inventado. La historia del feminismo conoce estas repeliciones, evidenciadas por la francesa Geneviève Fraisse.

¿Se puede comunicar a otras y otros una vivencia que fue de muchas, muchísimas, pero estrechamente ligada a las historias personales? ¿Es posible, además, que el sentido de aquella vivencia sea percibida como importante para sí misma, por quien no la vivió? ¿Cómo algo imprescindible? ¿Y nosotras permanecer cercanas al lenguaje de la experiencia, el lenguaje a partir de sí misma, que forma



parte del aprendizaje irrenunciable del feminismo? No lo sé. El problema lo tengo ante mí como algo aplastante, desde hace años (Tal vez de esto nace la decisión de impartir un curso sobre el feminismo). Contaré brevemente un hecho: hace años, con la ayuda de una estudiante y la complicidad de una secretaria, dividí en mi universidad a una "escuela libre de filosofía" no prevista en los planes de las estudiantes y frecuentada también por mujeres no inscri-

mada en un documento más reciente con el título "El final de patriarcado" (Edit. Barcelona 1996). *"Hay mucha prevaricación masculina en la historia humana, que parece una historia sólo de hombres; pero hay también una parte tal vez no pequeña de resistencia femenina a la significación de la diferencia, como una oposición a despegarse simbólicamente de sí. 'partir de sí' también en el sentido del partir".* El texto

cio masculina".

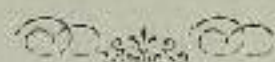
La apuesta no se logra todavía. En la extraña y fea historia que llevó a Italia a hacer la guerra insensata a sus vecinos de la península balcánica, prevalecieron, por una parte, el silencio, por otra, el virilismo. Lo que hace falta, lo pienso ahora, es una práctica simbólica de desplazamiento desde aquello que nos es más querido, del contexto sensible y lleno de compromiso personal, hacia un horizonte vacío: el de la realidad que cambia, de los grandes deseos, de las grandes posibilidades, de las cosas ausentes. Una práctica simbólica que transforme lo poco que hemos ganado en saber y en poder, en un objetivo que nos trascienda.

¿Cómo? No lo sé, lo repito. Tengo apenas un vago indicio. Pienso en la escritura. La escritura es un modo de traducción simbólica en la ausencia. La escritura amplía el horizonte, puede levantarlo y también horadarlo. Lo digo en un momento de mi vida en el cual, ante la escritura, he retrocedido. Tal vez, precisamente por esto, porque intuí las potencialidades -hacer el vacío, decir la carencia- de una práctica que hasta ayer había intentado tener reprimida. Pienso, además, en la tradición mística, lugar de una escritura femenina cuya excelencia es un secreto que aún se nos escapa. A las mujeres siempre les gustó leer y escribir, en el pasado leían a escondidas y ahora continúan haciéndolo en el autobús. Y cuando no tenían papel y pluma, escribieron bordando. (Traducción Viviane Erazo)

* Luisa Muraro. Filósofa italiana, académica e investigadora en la Universidad de Verona. Cofundadora de la Librería de las Mujeres de Milán y del grupo filosófico «Dinámico». Autora de las obras colectivas «Il pensiero della differenza sessuale» (La Tartaruga, 1987), «Mettere al mondo il mondo» (La Tartaruga, 1990), «Il cielo stellato dietro di noi» (La Tartaruga, 1992). Otros libros: «La signora del gioco» (Feltrinelli, 1976), «Maglio e incinetto» (Feltrinelli, 1981), «L'ordine simbolico della madre» (Rizzoli, 1991).

© Estudios de la Mujer o Estudios de Género.

No hay movimiento
pero hay
feminismo.



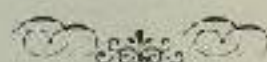
tas en la universidad. En la escuela se inscribieron muchas más de las veinte previstas por nosotras. Fue frecuentada con mucha pasión y, me permito juzgar, con buenos resultados. Un día planteé esta pregunta: ¿Si ahora, saliendo de aquí (nos reuníamos en una sala destinada a las reuniones de los docentes), el Decano de la Facultad te preguntara: "Señorita, ¿me puede decir qué sucede en esa sala?" que le responderían? Ninguna de ellas dio una respuesta que no fuera evasiva o reticente.

El invento más grande del feminismo fue, sin sombra de duda, la práctica de las reuniones separadas (sin hombres). Fue una idea genial y no vale la pena que empiece a explicar porqué y cómo: me tomaría páginas y páginas pero, como sucede en la vida y precisamente en sus expresiones más intensas, ahí donde estaba la fuente de su fuerza y de la libertad, ahí mismo surgió también el atascamiento. El entre-mujeres, a un cierto punto, se reveló como el lugar de una intensidad no comunicable a otros.

En un documento de la Librería de las Mujeres de Milán, titulado "Más mujeres que hombres" (1984), se comenzó a hacer la crítica del "separatismo estático", crítica reto-



Permanecer
cercanas al lenguaje
de la experiencia, el
lenguaje a partir de
sí misma, que forma
parte del
aprendizaje
irrenunciable del
feminismo.



termina con la propuesta de intentar, con los hombres, la apuesta de una relación: "nuestra apuesta será la de entrar en relación política también con hombres, cuya virilidad se exprese fuera de la competencia por el poder y la primacía, intérpretes de un sentido libre de la diferen-

LA IDEA DE IGUALDAD

por Celia Amoros



El feminismo, hoy en día como siempre, trata de dar su expresión teórica a un proceso de cambio social que tiene implicaciones en todos los niveles de la existencia humana: en el nivel económico, en el político, en el orden cultural y en el de las organizaciones simbólicas. Es un proceso de cambio que tiene dimensiones antropológicas como lo ha visto Marvin Harris¹. Es asimismo una inflexión importante del propio proceso de ho-

La idea de igualdad, idea de estirpe ilustrada, desacreditada hoy en día con la mala fe de quienes pretenden que ignorar las diferencias, ha de ser la idea reguladora irrenunciable en la lucha contra la feminización de la pobreza.

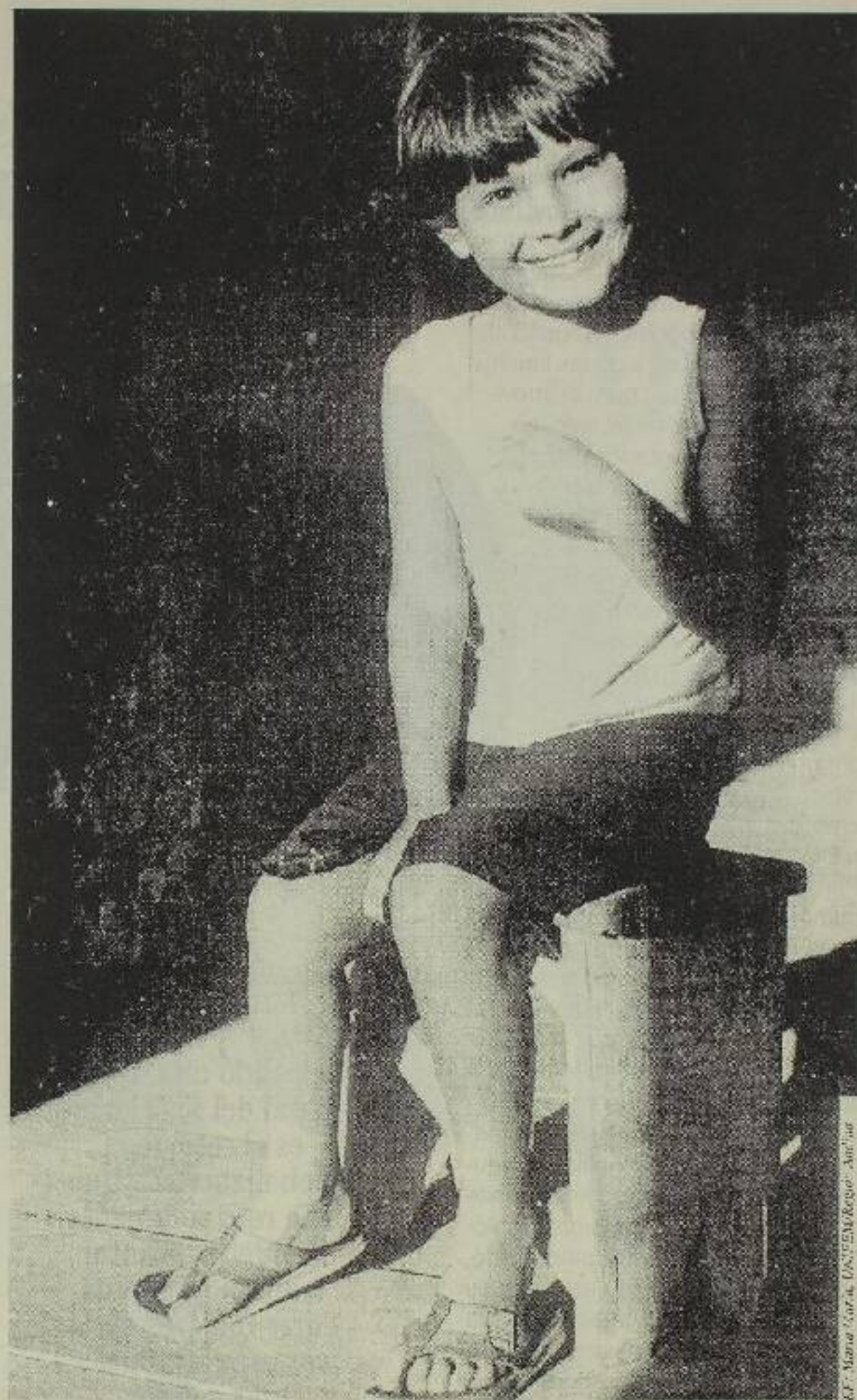


minización, como lo intuyera el socialista utópico Fourier, y no puede por ello dejar de ejercer su impacto en la filosofía. La filosofía —y esta tarea, dadas las dimensiones de la globalización, le resulta cada vez más difícil— trata de dar expresión teórica a ciertas formas que la conciencia de la especie humana va tomando de sí misma. Intenta, como lo quería Hegel, pensar su propio tiempo en conceptos, ser autoconciencia crítica de

la cultura. Lo cual era bastante más sencillo cuando, como lo decía Jean-Paul Sartre, la especie humana era ese "club tan restringido". Tan restringido que en él no se admitía a las mujeres, que eran el *otro* o conceptualmente despachadas —creo que éste es el término exacto— por medio de diversas variantes en que se pueda concebir "lo Otro" de lo humano, como lo explicó Simone de Beauvoir en *El Segundo Sexo*. Continentes enteros como África, por ejemplo, quedaban para los grandes filósofos europeos, como Kant y Hegel, fuera de la historia del espíritu. Ahora, pese al etnocentrismo y al androcentrismo que siguen imperando, obviamente, no es posible pensar en estos térmi-

nos provincianos.

El feminismo como proceso de emancipación de las mujeres y el proceso de descolonización tienen raíces comunes, justamente, en la Ilustración europea, que sentó las bases críticas para que tanto la sumisión de las mujeres como el subyugamiento y la explotación de continentes enteros fueran impugnadas e irracionalizadas. Yo hablo aquí, naturalmente, desde mi formación-deformación profesional, que es la historia de la filosofía y del pensamiento. Hay análisis muy solventes de los aspectos económicos y políticos que han contribuido decisivamente a generar estos cambios, pero mi cometido como



C.F. María García, UNICEM/Rego, Antioquia

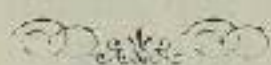
historiadora de ideas es recordar que Olympe de Gouges, quien escribió la "Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana" en 1789, deploraba a la vez la situación de esclavitud a que se ven sometidos los "hombres" de color de nuestras islas. El abolicionismo en Estados Unidos y el movimiento sufragista surgieron íntimamente unidos. Es en exceso esquemático y por ello inexacto afirmar, como lo hacen algunas feministas postmodernas, que el movimiento feminista haya sido un movimiento de emancipación a la medida de la mujer blanca heterosexual de clase media. La historia del sufragismo es la historia de unas relaciones complejas entre mujeres de un amplio espectro social —el caso de líderes como Susana Anthony lo atestigua— aunque, por razones obvias, dieron la tónica las de origen burgués: eran las más cultas, las que sabían hablar en público, etc. Pero la gran asignatura pendiente para todas era la ciudadanía cuando la ciudadanía era ya, para la inmersa mayoría de los varones, algo conquistado y por donde no pasaba el eje de las vindicaciones. (Ni debía pasar para muchos por ser una mistificación burguesa; lo importante era la lucha de clases). Las mujeres parecemos estar condenadas a formular vindicaciones anacrónicas desde el punto de vista de los *tempus* históricos de la historia del patriarcado, que marca, por decirlo así, *tempus* canónicos. Pero no parece que sea posible ni deseable obviar el trámite de tales vindicaciones. Ahora ocurre algo en muchos aspectos similar: cuando empezamos a tomar posiciones de sujeto en muchos ámbitos de la vida social, cultural y política, se declara la muerte del sujeto.

Hay que recordar que el feminismo de los setenta, que tiene ya sus referentes clásicos como Sulamith Firestone, planteó las relaciones entre feminismo y racismo —véase "La dialéctica del sexo"—. Y el debate sexo-contra-sexo o clase-contra-clase, en el ámbito del feminismo socialista que fue potente, dio juego hasta la saciedad. El feminismo debería recuperar su tradición y señas de identidad por más que los postmodernos desacrediten las "metanarrativas": el problema de las mujeres ha sido siempre el de caer en la trampa de que nuestras luchas siempre par-

ten de cero. No creo que se pueda recuperar lo que a lo largo de la historia algunas "pensadoras de la diferencia sexual" interpretan como las emergencias de una identidad femenina genuina y autoconstituyente. Tal identidad es un mito: todas las identidades son construidas y negociadas —sobre todo las identidades dominadas— en una tensión entre la "heterodesignación" de que las ha-



Entiendo que el reto actual del feminismo es el reto de la globalización y que este reto solamente se puede afrontar tramando pactos entre mujeres cada vez más amplios y más sólidos.



cen objeto los dominadores y una autodesignación siempre vacilante y tentativa. No creo pues, ni la Diferencia con mayúscula ni me parece conveniente la pulverización del sujeto del movimiento feminista —siempre en precaria y problemática construcción, como todo sujeto colectivo— en una hipertrofia de las diferencias entre las mujeres que acaba por olvidar que ocupan una posición común en ese entramado de pactos entre los varones, incluso entre dominantes y dominados, en que el patriarcado consiste.

Así pues, entiendo que el reto actual del feminismo es el reto de la

globalización y que este reto solamente se puede afrontar tramando pactos entre mujeres cada vez más amplios y más sólidos. Estos pactos son sin duda tremendamente difíciles, pero se va haciendo la experiencia de ellos en los proyectos de cooperación donde se implican cada vez más las mujeres, tanto las occidentales como las del Tercer Mundo. El feminismo ha de poder asumir el reto de la multiculturalidad orientándola en el sentido de una interculturalidad porque las mujeres, por encima de diferencias que nadie minimiza, han sufrido en común la dominación, y la subcultura femenina que esta dominación ha generado en todas partes y que reviste diferentes formas, tiene, con todo, claves comunes. Debemos defender, pues en el espíritu de la Conferencia de Pekín (1995), el programa del cumplimiento y la profundización de los derechos humanos —que, por más que nacieran en Occidente, trascienden a Occidente y pueden hacer de Occidente objeto de interpolación, ponerlo *sub judice*—. La idea de igualdad, idea de estípe ilustrada, desacreditada hoy en día con la mala fe de quienes pretenden que ignorar las diferencias —cuando, justamente, es el único criterio para distinguir entre las deseables y las indeseables— ha de ser la idea reguladora irrenunciable en la lucha contra la feminización de la pobreza. En suma: no creo en el mensaje de quienes nos vienen con la presunta buena nueva de que estamos "Más allá del emancipacionismo" y de que debemos instalarnos en un presuntamente nuevo paradigma que no hace sino restaurar en nuevas claves una dominación ancestral. En mi libro "Tiempo de feminismo" he tratado de profundizar en el sentido de mis propuestas.

***Celia Amorós.** Filósofa y catedrática de filosofía, Universidad Complutense, Madrid. Fundadora del Seminario Permanente «Feminismo e Ilustración». Autora de «Hacia una crítica de la razón patriarcal» (Antrophos, 1989), «Søren Kierkegaard o la subjetividad del caballero» (Antrophos, 1987), «Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad» (Cátedra, 1997).

¹¹ Marvin Harris, antropológico norteamericano.

EL SENTIDO DE LA LIBERTAD FEMENINA

por Ida Dominijanni



Querida Viviana:

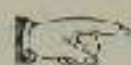
Respondo con una carta a tu carta, porque en esta forma de nuestra comunicación veo ya una respuesta, la principal, a tus preguntas sobre el estado del feminismo. Tú y yo no nos conocemos personalmente: hablamos una vez por teléfono, tenemos una amiga que hace de puente entre nosotras. Sin embargo, tenemos en común un lenguaje, un horizonte, puntos de referencia, muchos libros, seguro que algunos deseos, una historia. Todo esto habría sido imposible e impensable hace treinta años, todo esto, me parece, es *el feminismo*. En otros términos, hemos construido no sólo un movimiento, sino una tradición, una red, un vocabulario (más o menos) compartido. Me parece un resultado extraordinario, obtenido en poco tiempo, y, a pesar de todo aquello que se dice sobre la caducidad de nuestros objetivos y sobre el carácter cársico de la revolución feminista, muy sólido y estable. Si me preguntas qué es hoy el feminismo, te respondo que para mí no hay necesidad de buscarlo en otra parte, en movimientos esplendorosos y visibles: el feminismo está aquí, en las relaciones que se viven entre nosotras con distintos grados de intensidad. Aún más. Veo el feminismo cada vez que me toca verificar en cualquier situación pública o también privada, de trabajo o de tiempo libre, que una joven individualiza espontáneamente en otra mujer, más que en los hombres presentes, su punto de referencia, confía en ella y en lo que dice, y se refleja en ella y en aquello que hace. También esta situación, hoy siempre más frecuente, era rarísima hace treinta años: recuerdo perfectamente, y te recordarás tú también, cómo antes del feminismo todas estába-



Ida Dominijanni, octubre 1980, L'Espresso

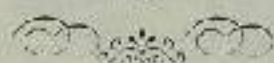
mos pendientes de los labios de nuestros amados y odiados compañeros y líderes y nos mortificábamos en aquella horrible sensación de no correspondencia entre nosotras y ellos, entre nuestras razones y las de ellos, nuestro lenguaje y el de ellos, y a lo cual no le habíamos dado todavía el nombre de *"diferencia sexual"*. Claro, si a estas jóvenes les preguntas si son *"feministas"*, probablemente arriscan la na-

riz y le respondan que no. Y las comprendo perfectamente. Efectivamente, en estas décadas sucedió un hecho que deberíamos analizar mejor de cuanto lo hemos hecho: un trastorno de sentido del feminismo que a mi modo de ver no depende de un simple mal entendido de sus intenciones, sino es el resultado de un conflicto muy áspero, y todavía en curso, entre nuestra intención



de resignificar la diferencia sexual, y a partir de ella toda la realidad, y la coacción del orden simbólico patriarcal para domar esta subversión, llevando nuestras palabras al orden "normal" de significados. Hemos afirmado la diferencia, y el sentido común registró que queremos la equidad. Criticamos el poder, y el sentido común registró que las feministas luchan por el poder. Inventamos una nueva política, y la política tradicional todavía piensa en la "cuestión femenina" como cuestión social. Cuestión

La herencia del feminismo consiste en el hecho de que para todas nosotras, y para cada una, la medida de la existencia se desplazó del hombre a las otras mujeres.



amos el paradigma de la opresión, y donde sea, la izquierda todavía habla de las mujeres como el sexo oprimido. Practicamos una modalidad relacional del conflicto con los hombres, y los medios de comunicación nos pintan como Amazonas en guerra con los machos. Y así en adelante. En síntesis: criticamos el falologocentrismo y el sentido común nos registra como mujeres fálicas.

Las jóvenes hijas del feminismo no se reconocen en esta representación fálica y guerrera, y cuestionan el nombre "feminismo" al cual esa representación es erróneamente identificada. Menos aún se reconocen en los objetivos de igualdad, también ellos erróneamente identificados al feminismo. Más bien se sienten socialmente lejanas, ya que como nacieron en una sociedad con una emancipación realizada, toman la igualdad de los derechos formales como un hecho tanto por descontado como precisamente formal y por ende, relativo. Por consiguiente, si "feminismo" es ésto, lucha fálica femenina por la igualdad con los hombres y por el poder, ellas no son feministas (y tampoco yo, por lo demás). Pero de "nuestro" feminismo, -aquel que apuntaba a la libertad femenina, a la diferencia

sexual, a las relaciones entre mujeres- han interiorizado su sentido profundo: son, espontáneamente y sin demagógicas declaraciones de fe, herederas. Están felices de ser mujeres y, sino dan significado político a la diferencia, la viven en otros lenguajes más creativos y más receptivos (basta pensar cómo el cine registra el cambio femenino).

Viven en el mundo sin ningún sentido de inferioridad respecto al otro sexo. La socialización femenina, que para nosotras fue una conquista,



para ellas es una modalidad adquirida en la cotidianeidad. Saben que tienen a sus espaldas una o dos generaciones de mujeres que les han allanado el camino, y cuando no tienen el sentido de la genealogía femenina, ciertamente no se sienten como Minerva (como sucedía a muchas de nosotras antes del feminismo) generadas por la cabeza del Padre.

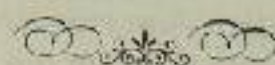
Con esta fugaz referencia a las herederas, habrás entendido cuál es, desde mi punto de vista, la herencia del feminismo. Si tuviera que resumirla en una fórmula, diría que con-

siste en el hecho de que las vidas femeninas se transformaron, desde destinos prescritos que eran, en textos escritos y firmados por cada una de nosotras con mayor adhesión al propio deseo, y en el hecho de que para todas nosotras, y para cada una, la medida de la existencia se desplazó del hombre a las otras mujeres. Una revolución que no tiene la forma de la toma del poder, sino de un desplazamiento: en tres décadas, hombres y mujeres cambiaron de posición sobre el mapa de la esfera pública y de la esfera privada (además de cambiar la relación entre las dos esferas). Nosotras, las del pensamiento de la diferencia italiana, hemos llamado este desplazamiento "fin del patriarcado". Otras prefieren llamarlo con una forma aparentemente más soñil, descentramiento del falologocentrismo. De hecho, se trata de una ganancia importante de libertad para las mujeres.

Que no corresponde, es verdad, a una conquista de poder. Pero la idea

que libertad y poder van juntos es una idea totalmente infundada, como bien sabían Virginia Woolf, Hannah Arendt, Simone Weil, tres autoras para nosotras, y no por casualidad, tan preciosas. En el feminismo de la diferencia trabajamos en conjugar la diferencia femenina con la libertad, separándola de un poder en el cual aprendimos a conocer la marca inimitable de la sexualidad masculina. El feminismo de la igualdad, en cambio, se obsesiona en medir la temperatura de las vidas femeninas con el termómetro del poder: hay pocas mujeres en los parlamentos, en las cúpulas de gobierno, en los consejos de administración, en los periódicos y noticieros televisivos, por lo tanto, las mujeres perdieron, y para vencer es necesario reivindicar que sean más, que el poder de los parlamentos, de los gobiernos, de los consejos de administración y de los medios de comunicación nos abran los brazos. Esta letanía se equivoca, cuatro veces, en la lectura de las mujeres y en la lectura del poder. Porque no sabe leer el poco poder femenino como distancia de las mujeres de sus ritos obsesivos y de sus costos en términos de libertad. Porque denuncia la misoginia del poder pero sigue suplicando que nos abra las puertas. Porque no ve cuan-

En el feminismo de la diferencia trabajamos en conjugar la diferencia femenina con la libertad, separándola de un poder en el cual aprendimos a conocer la marca inimitable de la sexualidad masculina.



ta capacidad de transformación del mundo las mujeres ponen en movimiento sin necesidad de tener grandes poderes, además del hecho que los grandes poderes están cada día más autolimitados y siempre menos capaces de reformar el mundo. Por último, porque sigue creyendo en la promesa de igualdad universal (en este caso, la igualdad de poder entre hombres y mujeres) del proyecto po-

lítico de la modernidad, ahí donde el pensamiento de la diferencia ha demostrado ampliamente que es una promesa falaz de partida. La igualdad es un concepto de la historia masculina que no contempla a las mujeres o las considera sólo como anexión y asimilación; por lo tanto, la promesa paritaria está incompleta y permanecerá incompleta por la simple razón que no puede cumplirse.

Con esto no estoy diciendo que debemos quedarnos fuera del poder; el poder no es algo que se tiene o no se tiene, es un médium que nos atraviesa a todos y a todas. Estoy diciendo que la lucha por el poder no es una lucha identificante para las mujeres, y que la medida del poder es una medida desviante para medir nuestras vidas y la eficacia de nuestra revolución política: la única revolución que no tuvo el poder como objetivo fundamental y que incluso demuestra que la política no es necesariamente, como sostiene toda nuestra tradición, lucha por el poder.

Me preguntas cuáles son las direcciones hacia donde dirigir la mirada y desarrollar la reflexión, te respondo que la relación entre política, libertad y poder sigue siendo una gran frontera teórica sobre la cual trabajar y que enfrenta la crisis de la política de fin de siglo, la reinterpreta de manera original, abriendo espacios de luz sobre un futuro-presente que ya está positivamente marcado por la acción femenina. Marcado en cada manifestación de aquella esfera pública que la mirada masculina ve condenada a una crisis irreversible, evidentemente proyectando en ella la crisis de la propia identidad.

La otra frontera la indicas tú misma cuando te interrogas sobre la relación entre la revolución femenina y la regresión conservadora que atraviesa no solo a occidente. El tema es arduo; leer la época contemporánea es siempre difícil, y a nosotras, en estos años noventa, nos tocó una particularmente confusa. Una lectura difusa, en la izquierda incluidas las mujeres, ve la regresión conservadora como una corriente que contagia también al feminismo, que de hecho estaría en retroceso. Como habrás entendido, yo no veo un reflujo femi-

nista (más bien, no veo retroceso del feminismo de la diferencia) y entre estos dos fenómenos contextuales, revoluciones conservadoras y movimiento de la diferencia sexual, creo que existen relaciones no unívocas e importantes de indagar: no tanto en el sentido de la regresión conservadora que contagia a las mujeres sino, más bien, en el sentido de una regresión conservadora como reacción al terre-

**A nosotras
corresponde poner
en movimiento las
claves de la
diferencia sexual
para comprender
mejor nuestro
presente y
modificarlo en el
sentido de la
libertad
femenina.**

Delella

moto del orden socio-sexual producido por el feminismo y que todavía no logra aplacarlo. Por lo demás ya ha sucedido en la historia de este siglo: en los años 30, ya sea Virginia Woolf como Max Horkheimer leyeron la presión autoritaria también como reacción al "desorden" social producido por la emancipación femenina y por la crisis de la autoridad patriarcal tradicional. No tengo elementos suficientes para afirmar que el renacer fundamentalista en algunas áreas del mundo es también una reacción política -desesperada- al protagonismo femenino en aquellos países, a pesar de que lo veo en las entrevistas a algunas mujeres iraníes, durante los hechos recientes en Teherán, no pude evitar pensarlo. No tengo bastantes elementos, sin embargo, para leer en esta clave algunas contracciones de la política de fin de siglo en los países occidentales. Empezando por Italia, donde la conquista del gobierno por parte de nuestros hermanos de la izquierda ha resucitado tics de narcisismo y veleidad masculina que nuestros padres no tenían, para terminar con Estados Unidos, donde toda la presidencia Clinton, desde la construcción de la imagen de la pareja presidencial al escándalo Lewinsky, a la guerra en Kosovo, estuvo abiertamente atravesada por la crisis de

los roles sexuales y la intención obsesiva de responderle punitivamente o de corresponderle seductoramente. No estoy proponiendo una clave de lectura unívoca o ideológica. Sólo quiero decir, y si tuviera más espacio podría argumentar mejor, que en nuestra contemporaneidad la diferencia sexual-femenina y masculina está siempre, y siempre más abiertamente, en juego: atraviesa los conflictos y configura muchos rasgos de manera unívoca, pero no identificables al viejo esquema de dominio patriarcal, de la opresión femenina y de su eterno retorno. A nosotras corresponde, creo yo, saber interpretar esta dinámica, poner en movimiento las claves de la diferencia sexual para comprender mejor nuestro presente (incluido el cambio masculino inducido por tres décadas de feminismo y muy poco analizado por nosotras) y modificarlo en el sentido de la libertad femenina. Poniéndonos al centro de las transformaciones y no dejándonos absorber por la sirena de la marginalidad, que más que un efecto de la dominación masculina es, como lo entendimos en los lejanos años de la autoconsciencia, una trampa inscrita en la existencia y en la psicología tradicional femenina. Aquí hay otra frontera -práctica esta vez más que teórica- siempre abierta, aquella de la lucha contra la tendencia femenina al separatismo, a encerrarse en el recinto de una historia de género, que no corresponde a la centralidad histórica, teórica, política que nuestras instancias han demostrado tener en este fin de siglo. En otros términos, se trata de seguir apostando, incluso de lanzar siempre más allá nuestra apuesta, sabiendo que habla de nuestra época y a nuestra época. Este es el augurio de buen nuevo siglo, para ti y para mí y para todas, que te envío por e-mail pero con un abrazo no virtual, para recordar a ti y a mí que entre las otras cosas que transportar hacia el futuro próximo hay una idea de corporeidad y una práctica del contacto que no se dejan anular por los códigos abstractos del universo tecnológico en el cual estamos inmersas. Hasta pronto. (Traducción: Viviana Erazo)

**Ida, Dominijanni. Periodista italiana, trabaja en el diario «Il Manifesto». Autora de numerosos ensayos sobre el feminismo italiano, entre los cuales, la introducción de «La política del Desiderio», de Lia Cigarini (Nuove Pratiche, 1995) y de «Maglia o vicinello», de Luisa Muraro (Manifesto libri, 1998).*

DEMOCRATIZAR LA CULTURA

por Sonia Montecino

"... democratizar la cultura llevando la biblioteca del pueblo como un río generoso, de un extremo al otro del país; humanizar el Estado y hacer así esa red de intereses y de amor que es una raza. Al dibujo precioso de esa red, en que el centro está en todas partes, porque puede romperse donde se la toque y es preciosa en cada punto, hemos preferido el dibujo geológico de capas (de arcilla fina, de piedrecillas menudas y de roca ciega) que tenemos".

Gabriela Mistral⁽¹⁾

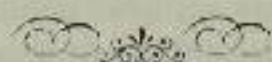
"DEMOCRATIZAR LA CULTURA COMO UN RÍO GENEROSO"

Es notable cómo una lectura de los pensamientos de Gabriela Mistral desde este fin de siglo nos lleva a un ejercicio de resignificación de sus ideas, ejercicio que hacemos desde una posición de sujetos femeninos latinoamericanos que nos hemos socializado en las conquistas políticas y culturales logradas por mujeres que, como la Mistral, desde comienzos del siglo interrogaron a las estructuras sociales, demandaron cambios y crearon movimientos que impugnaron al poder. Nosotras nacimos con derecho a educación y a voto, estudiamos muchas veces en colegios mixtos y accedimos, cuando no experiencialmente sí a través de la información, a la píldora y al amor libre de los sesenta. Hemos sido desde entonces un poco más dueñas de nuestros cuerpos y de nuestros deseos. También, muchas de nosotras, hemos vencido los oscuros pliegues, las tramas violentas de nuestras sociedades en donde las dictaduras enarbolaron, simbólica y literalmente, las imágenes masculinas del dominio armado, o simplemente donde la violencia del Estado ha usado el lenguaje de lo masculino para ejercer su gobierno.

Esta mirada retrospectiva nos propone una reflexión histórica, un esfuerzo de memoria (con su consecuente selectividad) que da sentidos a la posición que hoy vivimos y que nos permite articular pasado y presente. Democratizar la cultura, es

una frase que podemos descomponer en varios significados: por un lado, referencia a la disseminación de la cultura entendida como producción de lenguaje e imaginarios, de capitales simbólicos, en el sentido de Bourdieu⁽²⁾; por otro, a la circulación igualitaria de los saberes, y por último, a una posibilidad que nos atañe específicamente: la producción de significados de lo femenino y de lo masculino que no entrañen diferencias de valor, desigualdades e iniquidades.

El sentido de democratizar la cultura desde una perspectiva de género supone el desafío de estar atentas a los sistemas de prestigio y valores, a las estructuras simbólicas y psíquicas que se van resignificando, reproduciendo o cambiando en relación a las representaciones de lo femenino y masculino.



Si interrogáramos a nuestras diversas comunidades latinoamericanas por los modos en que la cultura se democratiza, en el último sentido que hemos definido (en el de género) nos daremos cuenta que ha habido un desarrollo distinto en cada una de

ellas, pero que aún así podemos constatar algunos rasgos comunes. Sin duda que desde una óptica liberal las mujeres hemos alcanzado algunos derechos en el universo de lo público y desde una perspectiva más radical también podríamos visualizar el logro de ciertos derechos en lo privado. El lema que utilizó el movimiento de mujeres chileno en la dictadura, precisamente se refería a ello cuando decía: Democracia en el país y en la casa. Es decir, hacer igualitarias las posiciones de hombres y mujeres en lo productivo y en lo reproductivo.

Sin embargo, cuando interrogamos por las maneras en que los lenguajes y los valores sitúan a lo femenino, podemos darnos cuenta que los avances en un plano no concuerdan plenamente con la realidad de los escenarios culturales y simbólicos. Se ha sostenido que los movimientos de mujeres y feministas tienen la característica de alcanzar éxitos frustrantes, así por ejemplo, el logro de las reivindicaciones por el trabajo femenino remunerado han tenido como consecuencia que las mujeres se incorporen masivamente al mercado del trabajo, no obstante lo hacen en las más precarias condiciones y accediendo a puestos, oficios y ocupaciones de baja remuneración y prestigio social. De este modo, las desigualdades permanecen aun cuando las mujeres, debido a sus luchas y a determinados contextos históricos y económicos, han cruzado las fronteras de lo doméstico.

Hoy día encontramos una multiplicidad de modos en que las demandas de las mujeres se expresan y, por cierto, también de hombres que plan-

tean la necesidad de cambios en las construcciones de la masculinidad. Castells¹¹ ha sostenido que esos múltiples rostros conforman un movimiento cultural que interpela desde sus diferencias a la sociedad. A nuestro juicio esas pluralidades, sin embargo, se van a definir por las maneras en que planteen su relación con el poder. Si en la época pre-moderna el concepto de los movimientos era formarse el poder, en la moderna ha sido compartir el poder y en la post-moderna el de tener autonomía del poder. Las dos últimas han estado en el centro del debate político feminista.

Hago especial mención a este debate porque el está relacionado con la democratización de la cultura y con las distintas estrategias que se adopten para lograrla. También, porque incidirá en las maneras en que las instituciones y los poderes respondan a los cuestionamientos de las prácticas y discursos de género.

Por otra parte, es un hecho constatable por todos que las ideas y luchas feministas han ido permeando los discursos de nuestras sociedades, la existencia en muchos de nuestros países de lo que se ha llamado "feminismo de estado" -influido casi siempre por las corrientes del feminismo liberal- y la multivocidad de expresiones de los movimientos de mujeres, han tenido como corolario la implementación de leyes -como las de violencia intrafamiliar, reconocimiento formal de la igualdad entre hombres y mujeres, etc.- que aun cuando, como es sabido no cambian inmediatamente las prácticas y costumbres, sí aparecen como un nuevo horizonte valórico importante.

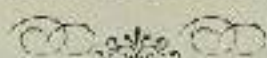
UNA RED CUYO CENTRO ESTÁ EN TODAS PARTES

Creo que es ese horizonte valórico el que cobrará especial relevancia en la vigencia y fuerza de los diversos movimientos feministas del nuevo siglo. Toda vez que asistimos crecientemente a una sociedad en red, a una sociedad que se organiza en torno a mallas de información y a maneras sinérgicas de actuar, la experiencia e historia de los movimientos de mujeres y feministas de América Latina y del Caribe posibilita la mantención y el fluir de viejas y nuevas redes. Hace mucho tiempo que las mujeres comprendimos que era mucho mejor optar por el "dibujo pre-

cioso de la red" en oposición al "dibujo geológico de capas y de roca ciega" -como podríamos decir utilizando las metáforas de la Mistral-.

De este modo pienso que existe un caudal de energía y fuerza renovadora para los feminismos latinoamericanos en el milenio que adviene, sin embargo es preciso señalar que no se debiera tratar ahora de redes

Visualizo un tiempo en donde la pluralidad de redes y de posiciones feministas constituyan un movimiento de múltiples caras que apunte a la democratización de la cultura, con espacios políticos en donde el centro esté en todas partes, en donde las diferencias aparezcan y sean respetadas.



donde el poder -del discurso, de la acción, de la información- sea ejercido por uno u otro grupo, sino precisamente entender que esa estructura permite que el "centro esté en todas partes". Y que el centro esté en todas partes significa modificar la concepción y realización tradicional del poder.

Por ello, el sentido de democratizar la cultura desde una perspectiva de género supone el desafío de estar atentas a los sistemas de prestigio y valores, a las estructuras simbólicas y psíquicas que se van resignificando -reproduciendo o cambiando en relación a las representaciones de lo femenino y masculino. Sobre todo, en nuestras sociedades barrocas que se globalizan a medias, que se muncializan sin preguntarse por la validez de los procesos y que en muchos casos aún no logran una plena democratización. En ese sentido, pienso que los feminismos latinoamericanos tienen un campo de impugnación especial desde las diversas corrientes que lo sustentan, como el de los grupos étnicos, generacionales, sexuales, populares, de derechos humanos, etc., generalmente descentrados del poder y portadores, por ello, de un discurso cultural re-

novador y de prácticas sociales nuevas.

Visualizo así un tiempo en donde la pluralidad de redes y de posiciones feministas en América Latina y el Caribe constituyan un movimiento de múltiples caras que apunte a la democratización de la cultura, en el sentido antiguo mistraliano y en el nuevo (barroco y globalizado), con espacios políticos en donde el "centro esté en todas partes", en donde las diferencias "aparezcan" (en el sentido de Arendt)¹² y sean respetadas; oponiéndose así a la estratificación geológica, a la roca ciega, que ha sido el pilar del desarrollo del siglo que se va.

(*) **Sonia Montecino**, Académica, antropóloga y escritora chilena. Fundadora y directora del Centro Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Ciencias Sociales, Univ. de Chile. Autora de «Mujeres de la tierra», (Edi. CEM), «Madres y Huachos», «Mujeres de la Tierra», (Edi. Sudamericana).

¹¹ Gabriel Mistral, poeta chileno, premio Nobel de Literatura, 1911.

¹² Pierre Bourdieu, sociólogo francés.

¹³ Fernando Castells, sociólogo español.

¹⁴ Hannah Arendt, filósofa judío-alemana.



DE LA CERTEZA A LA INCERTIDUMBRE

por Haydée Birgin

Reflexionar sobre el feminismo y su sentido es pensar nuestra propia historia y la manera en que los cambios atravesaron nuestra subjetividad y redefinieron nuestro quehacer político. Como movimiento político, el feminismo nació en el fragor de la lucha política y ha ido construyendo su pensamiento desde la práctica. No es un movimiento estático, sino que ha ido redefiniendo y adaptando sus formas de acción a la realidad social y política en la que actúa.

Hace más de veinte años, Julia Kirwood⁽¹⁾ nos proponía desatar los "nudos" de la sabiduría femenina para ir tejendo nuevas rebelías. Atamos y desatamos infinidad de nudos, pero otros siguen amarrados con fuerza a nuestro pasado, a los grandes modelos en los que nos reconocíamos y desde los cuales identificábamos amigos y enemigos, buenos y malos, auténticas e inauténticas. Entonces, teníamos certezas.

El 68 francés ("Cuando mejor se hace el amor, mejor se hace la revolución") marcó una generación que vivía en la ilusión de las certezas: creíamos en el progreso lineal y que el devenir de la historia nos garantizaba una sociedad libre de opresiones. Nuestras certezas, sin embargo, comenzaron a resquebrajarse: los setenta fueron la puesta en cuestión crítica de nosotras mismas y de nuestras tradiciones. De esas trizas, en esos años, renació un nuevo feminismo que se desarrolló y expandió en los ochenta. La "muerte del Sujeto" (S con mayúscula) nos arrojó a una multiplicidad de identidades como resultado del colapso de los espacios desde los cuales hablaba el sujeto moderno, universal y autónomo. La caída del muro de Berlín, el colapso del blo-



que del Este, la guerra civil en la ex Yugoslavia, el fin del apartheid en Sudáfrica trastocaron el escenario y produjeron conflictos y rupturas.

LA IDENTIDAD PLURAL

Quizá la imposibilidad fáctica de organizar las expresiones concretas de una subjetividad múltiple alrededor de un centro trascendental nos abrió la posibilidad de incluir la cuestión de la subjetividad y redefinir las nociones de democracia, li-

bertad, igualdad, así como de deconstruir el término "mujer". Nadie es simplemente una mujer: se puede ser blanca, socialista, de clase media, madre o no. Actuamos en una pluralidad de contextos sociales y no se es siempre una mujer en el mismo grado porque las identidades sociales de las personas no se construyen de una vez y para siempre, sino que, por el contrario, se van modificando.

Reconocer la ambigüedad y la contingencia de toda identidad, aceptar que la categoría "mujer" no corresponde a ninguna esencia unitaria y unificadora implica preguntarnos cómo se constituye la categoría "mujer" como tal en los diferentes discursos, cómo la diferencia sexual se convierte en una distinción pertinente dentro de las relaciones sociales y cómo se construyen relaciones de subordinación a través de tal distinción.

El falso dilema de "igualdad frente a diferencia" se derrumba desde el momento en que no tenemos una entidad homogénea "mujer" enfrentada a otra entidad homogénea "varón", sino una multiplicidad de relaciones sociales en la cual la diferencia sexual está construida siempre de muy diversos modos y adopta formas específicas. Aprendimos que las diferencias no son algo negativo y que es necesario reconocer la multiplicidad de elementos que constituyen las identidades, así como su contin-

gencia y su interdependencia. Fue un duro aprendizaje. En este sentido, el pensamiento feminista tuvo un desarrollo paralelo al de otros campos del pensamiento en el trasfondo del debate modernidad/postmodernidad y deconstrucción del sujeto. Dejamos las certezas para pasar a la incertidumbre y, con ese punto de partida, empezamos a recuperar la riqueza, la diversidad y la creatividad de un movimiento que atravesó el siglo y que llevó a Norberto Bobbio a decir: *"que la única revolución de nuestro tiempo -revolución como efecto- ha sido la revolución feminista"*.

Para el pensamiento feminista, aceptar que no hay sujeto de origen, sino que toda identidad se construye en relación y afirmando una diferencia tuvo consecuencias importantes en la definición de su estrategia. Así como deconstruimos nuestra identidad de mujeres, deconstruimos también la supuesta unidad del discurso feminista: el feminismo abandonó la pretensión de ser un discurso cerrado y sin fisuras, un todo sistemático y globalizado. Comenzamos, entonces, a preguntarnos qué feminismo y, más aún, qué feminismos. Comenzamos a hablar de feminismos más que de un feminismo porque el movimiento feminista se construye y cobra sentido en el entrecruzamiento de diversos discursos. *"Del amor a la necesidad"* (1987)⁹ fue un intento, por romper la lógica en la cual estábamos atrapadas: la homogeneidad. Nos permitimos cuestionar los "mitos" del movimiento, aceptar diferencias y asimetrías.

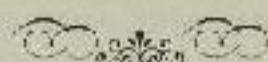
El reconocimiento de las diferencias conlleva la ruptura con viejos esencialismos que añoran un pasado ilusorio y suponen que despojar al feminismo de sus certezas y garantías es hacerle perder su sentido. En realidad, el feminismo siempre ha estado fragmentado. La unidad que existía se basaba en la ceguera de clase o etnia. Las únicas certezas eran nuestra indignación y nuestra rebeldía frente a la opresión, y la fe -aunque no siempre explícita- en el progreso, la revolución y la supresión de las clases.

EL FETICHISMO DE LA LEY

Como el resto de la izquierda, durante muchos años, tratamos de eludir el verdadero problema políti-

co buscando una entidad que ocupara el lugar de "salvadora". Fue la *"ilusión de lo jurídico"* la que ocupó ese lugar. Algunos sectores del movimiento se aferraron a la ley -mejor dicho, a la legislación- otorgándole un papel primordial en la resolución de los conflictos sociales y la relación entre los géneros. En el fondo, aunque se explicita lo contrario, subyace la ilusión de que la contradicción entre los sexos se puede resolver a través de las le-

Aprendimos que las diferencias no son algo negativo y que es necesario reconocer la multiplicidad de elementos que constituyen las identidades.



yes. La experiencia muestra, por el contrario, que se deben tomar en cuenta el procedimiento judicial, el papel de los operadores del derecho y, lo más importante, las reglas de formación del discurso jurídico, que entrelaza y criba otros discursos, como el de la Iglesia.

La injusticia y la desigualdad que hoy experimentan la mayoría de las mujeres son parte de un sistema de opresión en el cual el Estado y la ley están implicados. ¿Significa esto abandonar la lucha legal? De ninguna manera, sólo contextualizarla. Mientras el Parlamento aprueba leyes de igualdad salarial o no discriminación, también sanciona leyes de flexibilización laboral, que borran de un plumazo conquistas sociales que datan de principio de siglo y tornan irrelevante la igualdad salarial.

La difícil y contradictoria relación entre el feminismo y la ley nos coloca frente a un dilema: por un lado, la tradición nos exige un continuo compromiso con las reformas legales y, por otro, conocemos el papel que cumple la ley en la reproducción de la opresión de las mujeres. ¿Cómo traducir operativamente este saber? ¿Cómo dar forma política a este doble sentido de la ley, el de ser un medio de *"liberación"* y, al mismo tiempo, de reproducción del orden social opresivo?

Un primer paso sería dejar de ver la ley como algo indivisible, como una unidad que representa un avance o un retroceso, o el instrumento de un Estado omnipotente. La ley también produce identidades de género. Estamos acostumbradas a actuar *"como si"* la ley fuera una unidad, cuando deberíamos verla como un problema y ocuparnos de sus contradicciones internas.

Esta apuesta a la ley como forma de resolver los conflictos sociales y políticos, de legalizar la vida cotidiana, presupone que cualquier sistema presuntamente fundado en valores universales y sobre decisiones tomadas con imparcialidad -aunque se revelen como particulares y parciales- sirve de modo sistemático a los intereses de las mujeres tomados como categoría unitaria. El feminismo debe continuar deconstruyendo a la mujer del discurso jurídico sin crear una mujer normativa que vuelva a imponer nuevamente una homogeneidad.

Existe una creciente concienciación de las mujeres acerca de *"cuán pobre es la victoria y escasos los logros de las mujeres surgidos del empeño en que se reformen las leyes"* (C. SMART). Los éxitos de la reforma de la ley y la consagración de la igualdad -lograda con el consenso de los partidos políticos democráticos- dejan paso hoy a una profunda decepción cuando se constata cómo estas leyes son erosionadas por la ausencia de políticas sociales que las sostengan.

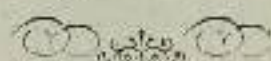
Para nuestras democracias, resultó sencillo consagrar la igualdad ante la ley en el rango constitucional o suscribir tratados internacionales. La situación cambia cuando se trata de igual derecho a la libertad y derecho a una igual libertad. El debate acerca del aborto es un ejemplo en el que la igualdad encuentra su límite en el ejercicio de la libertad. Los derechos sexuales y reproductivos, y en particular, la despenalización del aborto siguen siendo temas tabú. En estas cuestiones, la clase política responde alarmada ante la cruzada de la Iglesia o las políticas del Vaticano. Mientras tanto, cientos de mujeres mueren por causa materna.

La idea de normatizar la vida privada es una vieja rémora que arrastra el movimiento. Ante cada daño infligido a las mujeres, la única res-



nemos exigires una ley que lo evite. Así, por reclamar a la ley lo que debemos exigir de la política, el movimiento queda encorsetado en el entramado legislativo y pierde su carácter revulsivo. Es más, pide regulación allí donde no hay prohibición alguna: en el ámbito de los derechos sexuales y reproductivos, por ejemplo. Al menos en la Argentina, no hay norma -a excepción de la penalización del aborto- que prohíba su ejercicio. Por el contrario,

Algunos sectores del movimiento se aferraron a la legislación otorgándole un papel primordial en la resolución de los conflictos sociales y la relación entre los géneros.



existe la obligación del Estado de prestar asistencia, que reviste carácter constitucional. Evidentemente, de esta situación jurídica no se deduce que las mujeres tengan la cobertura que necesitan, pero sí que el problema no reside en la ley, sino en la falta de decisión política -de salud- y en la necesidad de que la sociedad exija la puesta en práctica del derecho a decidir cuántos hijos tener y cuándo hacerlo. Mientras nosotras privilegamos los parlamentos como espacios más sensibles para las demandas de las mujeres -lo que, además, es cierto-, las prioridades políticas se definen en otros espacios. Olvidamos, a veces, que nuestro objetivo es mo-

dificar el patriarcado, no reformar leyes.

Es necesario que dejemos de considerar la ley en términos de ingeniería política y social, y que la veamos, en cambio, como el lugar adecuado para discutir los significados del género y abrir el debate sobre nuevos temas. Por ejemplo, el proyecto de Ley de partenariat (presentado por la diputada radical argentina Laura Musa) que regula las relaciones entre convivientes independientemente del sexo (hombres o mujeres) da pie para el debate sobre la definición de la familia, el modo en que se establecen las relaciones y otras cuestiones vinculadas con estas.

Es una tarea pendiente en América Latina llevar a cabo estudios que evalúen el impacto de las reformas legislativas en la vida de las mujeres. En nuestros países, no se trata de crear nuevos derechos, sino de poder usarlos. Más que reformas de las leyes sustantivas, se requiere la modificación de los procedimientos y la creación de instancias para que los derechos puedan ser ejercidos.

SOSTENIENDO LA AUTONOMÍA

Hemos recorrido un largo camino. Es evidente que, en estas últimas décadas del siglo xx, se han registrado cambios significativos en las mujeres, sobre todo, como dice Eric Hobsbawm, *"en lo que las mujeres esperan de sí mismas y en lo que el mundo espera de ellas en cuanto a su lugar en la sociedad"*. Esta ha sido la transformación más importante.

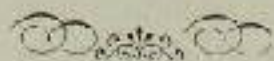
También se han operado cambios en el movimiento feminista, en su estrategia y su modalidad de operar. Del Foro de México¹⁰ a Hualrou¹¹ hay un salto cualitativo. Hualrou puso en evidencia la vasta red de relaciones internacionales, que -aunque existía desde el inicio del feminismo- mostró capacidad de articulación y un discurso que dio lugar a que se hablara de un *"nuevo feminismo"*.

Si el renacer del movimiento feminista de los sesenta -en los países desarrollados y en ciertas elites de los países latinoamericanos- se explica por la entrada masiva de las mujeres madres en el mercado laboral y por la expansión de la enseñanza, el protagonismo de las mu-

jes en los sesenta y los ochenta, la ampliación del movimiento social de mujeres y el aumento de la conciencia sobre su papel público en los noventa no puede explicarse sólo por razones económicas. No hay duda de que las mujeres -a través de la extensión de su tiempo de trabajo- constituyeron una variable clave de los procesos de ajuste estructural y que ello les ha dado un lugar diferente en la familia y en la sociedad. No menos significativa ha sido su participación durante las dictaduras militares, ya sea en la búsqueda de sus hijos y familiares, ya desarrollando estrategias de supervivencia -tales como ollas populares-, que las colocó en el espacio público como portadoras de nuevas demandas.

En los primeros años de la década de los ochenta y ante la apertura democrática en la región, un sector importante del movimiento redefinió su acción. En el II Encuentro Feminista (Lima)¹², comenzaron a discutirse los procesos de transición, el lugar de las mujeres y una política de cara al Estado. El Estado dejó de ser solo un blanco de pura impugnación para constituirse en un espacio de articulación con la

Los éxitos de la reforma de la ley y la consagración de la igualdad dejan paso hoy a una profunda decepción cuando se constata cómo estas leyes son erosionadas por la ausencia de políticas sociales que las sostengan.



sociedad. Era necesario, entonces, formular demandas para traducirlas en políticas públicas.

Se trató de un duro aprendizaje que puso a prueba la capacidad de un movimiento, al menos en la Argentina, incipiente y sin organización, con escasa experiencia de gestión, después de años de dictaduras militares. En ese proceso, el movimiento se fortaleció, se crearon nuevas organizaciones de mu-





jores y se generaron espacios de debate e intercambio (encuentros nacionales de mujeres, centros en las universidades, redes latinoamericanas de salud, violencia, etcétera).

En este nuevo contexto, el feminismo dejó paso a la construcción de un movimiento social de mujeres, que -por lo menos en América Latina- incorporó a las mujeres de los partidos políticos y de las organizaciones populares. A las viejas demandas feministas se sumaron otras nuevas que responden a las necesidades de las mujeres frente a la profunda crisis económica que atraviesan nuestros países: exigencia de guarderías, servicios de salud, comedores, etcétera.

La apertura democrática facilitó que las ideas feministas comenzaran a permear el entramado social y, desde distintos ámbitos de la cultura -encuentros de escritoras, filósofas, historiadoras-, las mujeres comenzaron a hacer oír su voz. El conjunto de la sociedad adoptó un vocabulario que estaba reservado a los cenáculos feministas -violencia doméstica, acoso sexual, delitos sexuales-. La demanda de igualdad fue asumida por los partidos políticos, y los derechos de las mujeres aparecieron consagrados constitucionalmente. La legislación equiparó los derechos entre hombres y mujeres, se aseguró la participación de las mujeres en cargos electivos por medio de la Ley de

cupos. En la ciudad de Buenos Aires, los derechos sexuales y reproductivos así como el derecho a ser diferente fueron consagrados en la Constitución. Se cumplió una etapa: las demandas democráticas del feminismo son hoy asumidas por los partidos políticos y parte de la agenda pública.

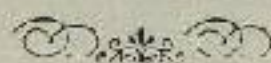
En esta difícil relación del movimiento con el Estado, no siempre se pudo mantener iniciativa y autonomía. En muchos momentos, se confundió el Estado con el gobierno sin tener en cuenta que no todo gobierno puede llevar adelante políticas de género y que el contexto es lo que cuenta. Las desigualdades sociales han aumentado y se han profundizado, hay signos evidentes del deterioro económico, por lo que no basta

con reconocer la igualdad. La pregunta sigue siendo: ¿qué igualdad?

Resulta ingenuo pensar que, frente a la desocupación creciente, la concentración de la riqueza y el alejamiento del Estado de su responsabilidad social, la igualdad entre hombres y mujeres pueda ser viable. Habría que preguntarse, además: ¿entre qué hombres y qué mujeres? Sin desechar la igualdad declarada en la ley -portadora de marcas valiosas de nuestra cultura y de conquistas obtenidas a través del esfuerzo y del sacrificio de muchos-, la igualdad efectiva reviste hoy en día un carácter tan subversivo como lo tuvo para Olympia de Gouges hace dos siglos, en la medida en que podamos vincularla con las políticas sociales y la redistribución del ingreso.

Los procesos de internacionalización de la economía, el avance tecnológico y de los medios de comunicación contribuyeron a legitimar socialmente las demandas feministas y a colocarlas como tema en las agencias nacionales e internacionales. Esta circunstancia creó una nueva exigencia al movimiento: un mayor grado de profesionalidad para discutir en foros y convenciones internacionales, hacer propuestas concretas e incidir en las líneas de acción en el ámbito nacional. La contrapartida de este proceso ha sido la "organización" del movimiento que, a veces, respondió más

Defender la autonomía del movimiento no implica proponer el aislamiento, sino todo lo contrario. De lo que se trata es de articular nuestras diferencias con otras en un proyecto democrático y, en ese proceso, recuperar el sentido del movimiento.



a las necesidades de las agencias financiadoras y de los gobiernos que a las propias, y que, en algunos momentos, perdió su carácter contestatario. El feminismo necesita redefinir su propuesta. Los cambios necesarios que afectan la relación entre hombres y mujeres, y sustancian esa relación, son hechos materiales y culturales que se enraizan donde no llega ley alguna.

Defender la autonomía del movimiento no implica proponer el aislamiento, sino todo lo contrario. De lo que se trata es de articular nuestras diferencias con otras en un proyecto democrático y, en ese proceso, recuperar el sentido del movimiento. Un sentido que no puede estar fijado de antemano, sino que, por el contrario, consiste en la organización del sinsentido, en aprender a movernos en la incertidumbre.

* Haydeé Birgin, Abogada argentina, asesora del Senado de la Nación, exjefa de la Unidad Planeamiento Subsecretaría de la Mujer (Gobierno Alfonsín), Directora Proyecto «El derecho en el género y el género en el derecho» (CEADEL/FORD). Artículos en diferentes publicaciones: «Las mujeres en el nuevo orden económico internacional» (Isis Internacional, 1991), «Acción pública y sociedad. Las mujeres en el cambio estructural» (Feminaria, 1991).

⁽¹⁾ Julieta Kirkwood, socióloga feminista chilena.

⁽²⁾ Documento surgido de IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, México 1987.

⁽³⁾ Primera Conferencia Mundial de la Mujer de Naciones Unidas y su Foro, México, 1975.

⁽⁴⁾ En la ciudad de Hualcén, China, se llevó a cabo el foro Gubernamental de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer convocada por Naciones Unidas, 1995.

⁽⁵⁾ Segundo Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, Lima, Perú, 1983.

AMPLIAR LA ACCION CIUDADANA

por Marta Lamas

En la actualidad, en México, hablar de feminismo es referirse a un reducido grupo que denuncia la subordinación de las mujeres, que remacha con la perspectiva de género o que exige cuotas en los aparatos partidarios o en el Congreso. El aspecto político del feminismo tiene más presencia en detrimento de su dimensión cultural. El feminismo, como pensamiento intelectual, como la integración de un discurso crítico cultural a partir de la diferencia sexual, no es un fenómeno sustantivo en mi país.

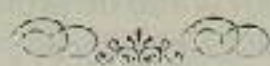
Ahora bien, el feminismo político no es unidimensional; la diversidad de organizaciones, corrientes y orientaciones en su seno impide establecer etiquetas fáciles. Prefiero referirme a mi experiencia local e individual. En la corriente a la que pertenezco ha habido una evolución de los formatos de organización y de las orientaciones estratégicas. Concretamente hay un paso de una visión de la política como territorio extranjero o como una práctica masculina, a una reivindicación del juego político como algo necesario y propio.

Muchas nos hemos vuelto reformistas, entendiendo reformismo como persistir en los objetivos radicales pero con métodos moderados. Esto se expresa en la creciente profesionalización de la intervención feminista en la vida pública: vía las ONG o la participación en estructuras gubernamentales y participativas. Hemos dejado de solo impugnar y denunciar las acciones del gobierno y de los partidos y hemos comenzado a dialogar con las autoridades o construir alianzas políticas. Esto es reciente. Apenas el movimiento se inserta en la dinámica política nacional vía el ejercicio ciudadano de sus militantes y de sus exigencias a participar en la formulación de políticas públicas.



La fotografía: 2004 de la artista M. Lamas

No se manifiestan las subordinadas, las discriminadas, las oprimidas; sólo se escucha la voz de sus defensoras, las feministas.



Ahora bien, una de sus manifestaciones vigentes sigue siendo "la política de identidad", que favorece que en los grupos se encaucen inquietudes políticas y vitales sin la necesaria

separación entre hacer y ser. Hay activistas refugiadas en pequeños grupos sectarios, y también las integrantes de organizaciones más abiertas tienen actitudes mujeristas e identitarias. Esto produce desplazamientos discursivos, falsas oposiciones y confrontaciones personalizadas.

Estas dificultades para la construcción de una nueva configuración política se compensan con una especie de capacitación emocional, política e intelectual que obliga a dejar de ser víctimas e impulsa a pensarse como sujetos políticos. Visto así, el impacto político del movimiento es visible en la vida de muchísimas mujeres. Más allá de las discrepancias previsibles y absurdas, los objetivos generales del movimiento son

retomados silenciosamente a lo largo y a lo ancho de México.

Considero urgente y necesaria, y sé que es posible, la renovación de la dinámica política caracterizada por la conjunción del pensamiento *mujerista* con una política arraigada en la identidad. Tal vez la principal lección aprendida por el movimiento feminista a finales de los noventa es la inexistencia de la unidad natural de las mujeres; la unidad tiene que ser construida políticamente. Esto ha erosionado en algunos grupos el pensamiento *mujerista* y, a su vez, ha revalorado la relación con las demás fuerzas políticas.

Creo posible la reinventación del movimiento a cargo de las jóvenes, que viven otras expresiones del sexismo, que enfrentan otros problemas existenciales y que tienen otras aspiraciones. Las jóvenes inventarán el nuevo feminismo (tal vez con un nombre distinto).

A nosotras, más que inventar lo nuevo, nos toca autocriticarnos, terminar con tanta autocomplacencia y dirigir nuestros esfuerzos a un mejor registro y análisis de lo vivido, y desarrollar una interacción más sostenida con la filosofía política y las ciencias sociales. Para "trascender" lo que ha sido el feminismo, es necesaria más elaboración teórica, más rigor intelectual. En el movimiento en México casi no se discute por escrito, ni se analizan las virtudes ni los vicios de las prácticas que el movimiento impulsa, ni se escribe, ni siquiera informes o testimonios. La falta de un verdadero debate intelectual incide en la ausencia de autocritica y de reflexión colectivas.

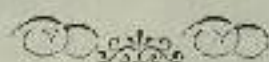
Las feministas, ilusionadas con la reivindicación de la igualdad o seducidas con la glorificación de la diferencia, han desarrollado un activismo extremo, donde ha sido menos importante obtener un logro político que compartir la sensación de pertenencia, comunicar al mundo sus creencias y disfrutar el placer indudable de la relación grupal. Creo que hay que dirigir la mirada hacia afuera y tener una decidida participación en los escenarios políticos nacionales, con nuevos estilos de intervención: integración a comisiones gubernamentales de trabajo, formación de instancias de consultoría a partidos, alianzas con funcionarias y políticos, para influir las políticas públicas, etcétera.

La reflexión debe ampliarse y profundizarse. Salir del *ghetto* feminista, ya no leer sólo a autoras feministas o a mujeres, sino incursionar en el debate intelectual vigente, en el que, en gran medida, los teóricos de punta debaten con el feminismo y conocer su dimensión. Entrar en las discusiones de la filosofía política, del derecho, de la política social.

Hay que ir más lejos de la perspectiva de género, abordar la diferencia sexual, entendida como cuerpo e inconsciente, investigar los procesos de corporización y entrar a lo realmente crucial: la construcción del sujeto. La proliferación de programas de estudios, cursos, coloquios, publicaciones, foros e investigaciones sobre la mujer consolidan el discurso



A nosotras nos toca autocriticarnos, terminar con tanta autocomplacencia y dirigir nuestros esfuerzos a un mejor registro y análisis de lo vivido.



'mujerista'. Y a pesar de que recogen muchas preocupaciones y aspiraciones feministas, su reduccionismo y funcionalismo en general no alientan un pensamiento democrático radical.

El signo del futuro parece ser la multiplicación de las diferencias y el surgimiento de nuevos antagonismos. ¿Cómo aceptar la diversidad sin que eso conduzca a fragmentaciones y enfrentamientos, sin caer en la política de la identidad? Estrategias debe haber muchas. Una es reconocernos como ciudadanas y armar nuestra reflexión y práctica políticas desde ahí, con una comprensión distinta de lo político y lo subjetivo.

La creación de identidades políticas democráticas requiere una reflexión sobre la diversidad y un cuestionamiento a ciertos principios identitarios excluyentes. Además, el feminismo, al poner la atención básicamente en "la Mujer", ha relegado la crítica a la materialidad de las relaciones sociales de explotación y ha dejado de lado un cuestionamiento más riguroso a ciertas estructuras de poder.

Ahora bien, para desarrollar dentro de una política de izquierdas un feminismo radical-democrático es preciso abrir la política a nuevas identidades y nuevas prácticas políticas, favoreciendo coaliciones y alianzas y creando procesos de unificación para lograr objetivos para el conjunto de la

sociedad.

Y el desafío del siglo por venir se ubica precisamente en la tensión entre el reconocimiento de la diversidad y su superación en una acción ciudadana más amplia. Al menos muchas personas que todavía creemos en la posibilidad de una política de izquierda pensamos posible la construcción de una coalición de diversidades, siempre y cuando se renuncie al esencialismo implícito en el reclamo identitario, se impulse una intervención más eficaz, más pragmática también, en la esfera pública, y se despliegue mayor creatividad en el ámbito cultural y más solidez en el terreno intelectual. Sólo así se podrá generar una fuerza política del feminismo.

Esa es la gran debilidad del movimiento: su falta de fuerza. El movimiento no ha logrado coordinar a sectores de mujeres comunes y corrientes a luchar por lo que significa, práctica y políticamente, el sexismo; no se manifiestan las subordinadas, las discriminadas, las oprimidas; sólo se escucha la voz de sus defensoras, las feministas.

Por otra parte, la apuesta por una política distinta implica algo más que impulsar los temas, demandas y cuestionamientos relativos a la diferencia sexual: es aceptar en el seno del quehacer político, en las organizaciones mismas, a la propia diferencia sexual. El respeto a la diferencia es una reivindicación que produce otro proceso de inclusión de los hombres, no sólo discursivo, sino material. Y aunque una organización mixta introduce un vuelco en la concepción tradicional del movimiento feminista, habrá que ver cómo se organizan las jóvenes.

Tejer nuevos vínculos sociales, reparar el tejido social con un sentido distinto, no corporativista, requiere una construcción diferente de un "nosotras" que resuelva de manera productiva la confrontación con el "ellas" y el "ellos". Este desafío, que refleja la tensión entre el reconocimiento de la diversidad y su superación en una acción ciudadana más amplia, es la necesidad más apremiante en el feminismo.

**Marta Lamas, Antropóloga mexicana, fundadora y directora de la revista «Debate Feminista», Directora de GIRE (Grupo de Información en Reproducción Elegida), integrante del Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM. Editora y autora de «El género: la construcción simbólica de la diferencia sexual» (Edi. Porrúa, 1996).*

DE MULTIPLES FORMAS Y EN MULTIPLES ESPACIOS

por Gina Vargas



El feminismo es para mí uno de los fenómenos subversivos y transformadores más importantes del siglo XX y considero que lo que echamos a andar hace más

de 25 años, acá en la región, ya no nos pertenece. Por lo mismo, se puede seguir hablando de feminismo, pero ya no en singular sino en plural, expresado de múltiples formas y en múltiples espacios. Las formas que asume son diversas: como corriente de opinión, como institucionalidad feminista, como grupos de presión, como expresión artística, como propuesta político cultural. Está presente con diversos grados de intensidad, en las universidades, en algunos medios de comunicación, en el arte y la literatura, en el cine, en la política, incluso en el Estado, y se ha desplegado en espacios locales, nacionales, regionales y globales. Es decir, son múltiples los espacios y las formas de cuestionamiento de las desigualdades y marginaciones de los sexos y de los conflictos de géneros, son muchas las formas en que se están evidenciando y tratando de transformar las estructuras de poder en las relaciones personales, sexuales y sociales. Son muchas además las mujeres que perfilan una práctica feminista sin reconocerse necesariamente feministas ni necesariamente articuladas a una propuesta organizada. Eso nos indica que el feminismo ya no es sinónimo de movimiento organizado y visible desde una fuerte identidad. En suma, ha habido una ampliación difusa pero creciente y consistente del campo de influencia de las ideas feministas. Y eso es una ganancia de lo que se impulsó hace 30 años.

Hablar de movimiento feminista es sin embargo más complejo, porque sus formas de existencia son



diferentes a las del pasado. Creo, sin embargo, que sí podemos hablar de movimiento(s) feminista(s), siempre y cuando nos acerquemos a él no con una mirada estática, unidimensional, ni con la nostalgia ni idealización de lo que fuimos. El "espíritu" y las dinámicas de los orígenes del movimiento feminista ya no está, justamente porque los contextos no son los de los orígenes. Como todo movimiento social, el feminismo ha sufrido enormes transformaciones con el paso del tiempo, lo que es también expresión de las grandes transformaciones que ha sufrido el mundo en el último cuarto de siglo; los cambios históricos, especialmente éstos, tan veloces, tan intensos y globales,

siempre exceden la capacidad de modificar, en concordancia, las formas de percepción y los paradigmas de conocimiento y de acción. Lo que no es un fenómeno privativo de los feminismos sino más bien expresión casi generalizada de las formas actuales de expresión y búsqueda de los movimientos. La fragmentación de la vida social, la acentuación de la individualidad, el descentramiento, el debilitamiento de la perspectiva de grandes transformaciones que de alguna forma mantuvimos hasta el fin de la bipolaridad, ha relegado las grandes utopías y las grandes movilizaciones, y ha dado paso a miradas hacia dominios más específicos y múltiples, y a formas diferentes, más

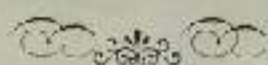
acotadas, más fragmentadas y menos visibles de resistencia y de movilización. Y ello ha influenciado, de múltiples formas, las prácticas y las estrategias y las presencias feministas en esta década.

Hay fragmentación, pero también hay multiplicidad y multidimensionalidad en las luchas y las propuestas feministas. Existen redes temáticas y de identidad, y un sinnúmero de interacciones y redes informales, más o menos acotadas, más o menos amplias, con intercambios de ideas y estrategias; sigue habiendo publicaciones, algunas históricas como *fempress*, que recogen justamente esta diversidad de voces y presencias feministas en los medios de comunicación; hay formas nuevas de interacción con otras dimensiones y otras problemáticas, en lo nacional, regional y global, que evidencian nuevas búsquedas y visibilizan nuevas o más evidentes formas de exclusión de las mujeres antes desdibujadas en el horizonte referencial feminista. Hay también, nuevas y viejas tensiones y conflictos, que tienen que ver con las estrategias diferenciadas en esta búsqueda de como responder a la nueva realidad.

De allí que la expresiva diferenciación entre las "feministas autónomas" y lo que se pretende el resto, oculta otra enorme diversidad de búsquedas y de estrategias que caracterizan, en este fin de milenio, a muchas expresiones feministas. No es un movimiento articulado alrededor de posiciones consensuadas. Y ello no es necesariamente negativo, ni lo es el tener diversidad de posiciones, porque permiten múltiples estrategias, porque pueden complementarse, pueden alertar de los riesgos que encierran cada una de las apuestas. En este sentido, algunas de las críticas de las feministas "autónomas" frente a los procesos de "institucionalización" de sectores significativos de los feminismos son indudablemente válidas, como lo son también las críticas de las que impulsan una autonomía dialogante y en negociación, sobre el riesgo del aislamiento y ensimismamiento de las estrategias feministas que postulan una autonomía más bien defensiva y aislante. Así, en estos dos polos en los que transcurre la práctica feminista, desde una política de identidad sustentada en los espacios propios que puede llevar al

aislamiento y desde una identidad más flexible actuando en múltiples espacios, que tiene el riesgo de la integración o "cooptación", hay una enorme y compleja gama de estrategias que buscan mantener el difícil equilibrio entre ambas polaridades.

Feminismo ya no en singular sino en plural, expresado de múltiples formas y en múltiples espacios.



Es decir, no considero que el conflicto entre posiciones sea el problema fundamental, porque la democracia es justamente la negociación del conflicto y no su supresión. Lo que sí es posiblemente más complicado es la falta de interacción y de debate (por ejemplo, entre las diferentes prácticas y concepciones de la autonomía, reclamada legítimamente por todo el espectro feminista) de las diferencias, el reconocimiento del derecho de existencia de las "otras". Porque no es posible ni necesaria la búsqueda de la "unidad" de los feminismos. En esta diversidad de posiciones, la unidad puede expresar la voluntad y propuesta de sólo una de esas diversidades y no la articulación en la diferencia y la multidimensionalidad.

Hay además razones sociológicas y políticas que hacen a la existencia y desarrollo mismo de los movimientos, que tienen que ver con sus ciclos internos. Y estamos en un ciclo de reacomodo y búsqueda, de mayor latencia que visibilidad. Posiblemente la ola más visible en esta década, a niveles nacionales y regionales, de un tipo de presencia y de un tipo de expresión feminista haya sido el proceso de Beijing, que también nos abrió de forma compleja a la globalidad de los feminismos, como conflicto y solidaridad y nos dejó ganancias pero también desconciertos y conflictos. De allí hasta ahora hay una ola mucho más lenta, pero está.

Muchas de las propuestas feministas de la década anterior han logrado penetrar en las sociedades civiles y han logrado ser asumidas por los estados y gobiernos, lo cual



es un avance indudable pero al mismo tiempo pone al centro del debate cuáles son los nuevos contenidos de las agendas feministas en el periodo actual.

Indudablemente, uno de los cambios complejos que ha traído muchas tensiones es el de la "institucionalidad" de sectores importantes de los feminismos, lo que Sonia Alvarez llama la "ongización" de los feminismos y que representa uno de los "nudos" que enfrentan en general los movimientos. Es una experiencia nueva para los feminismos en América Latina, de aprendizaje sobre sus posibilidades y sus límites. El problema no es la institucionalidad, sino más bien las ambivalencias del aprendizaje, el peso y el poder que pueden tener dentro de las estructuras y dinámicas feministas y la efectividad para recrear el contenido de la autonomía en estas nuevas interacciones y realidades, y que permite el encontrar equilibrio entre la "ética y la negociación".

La institucionalidad feminista contiene "las dos caras de Jano": por un lado, estas instituciones se auto-reconocen feministas, y mucho de sus intervenciones impulsan propuestas feministas desde diferentes perspectivas. Ha permitido mayor visibilidad, ha supuesto mayor profesionalización, mayor efectividad en cierto tipo de intervenciones y cierto tipo de conocimientos, mayor capacidad de interacción con lo político público, especialmente en relación al Estado, conquistando leyes, políticas de afirmación positiva e institucionalidad estatal orientada a las mujeres. Por otro lado, esta institucionalización ha generado también relaciones de poder y hegemonías y ha sido impactada por las dinámicas de los cambios actuales: en muchos casos, se ha sustentado en un creciente debilitamiento de las articulaciones femi-



nistas con otros actores sociales, en un creciente distanciamiento de los movimientos de mujeres, también en desarticulación y debilitamiento, en la visibilización de las feministas no como expresión de una fuerza social diversa y plural sino como especialistas, contribu-

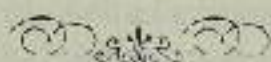
América Latina, reduciendo la efectividad de los feminismos incluso para influenciar políticas públicas más radicales, menos fragmentadas, menos paternalistas, menos familistas, menos coyunturales, debilitando la posibilidad de poner sobre el tapete los nuevos temas

exigir mayor democracia.

Así, si algunas expresiones movimientistas están languideciendo, están también surgiendo otras formas de lucha, otros movimientos, que expresan diversidades, generacionales, étnicas, geográficas, todas ellas atravesadas también por el género y todas también restringidas en sus derechos, todas ellas parte fundamental de las actuales luchas democráticas. Y ello nos abre muchas posibilidades de nuevas estrategias y nuevas solidaridades, que abonan a la construcción y ampliación de la democracia y que amplían los contenidos de las luchas feministas.

Hay que estar atentas a lo nuevo que nos rodea y concierne, recrear y articular las propuestas feministas de cara a lo que se ha debilitado en su interior, y en la sociedad; la democracia, su recalificación, su construcción, su recreación. Y la autonomía de las propuestas feministas, desde una visión articuladora y no aislante, desde los múltiples espacios donde las feministas están actuando y no sólo desde un espacio privilegiado. Una autonomía que descansa sólo en la defen-

El riesgo de abandonar los contenidos de la transgresión se ha expresado en haber apostado más a las estrategias de negociación con los Estados y menos a una presencia autónoma desde las sociedades civiles, desdibujando, la visibilidad de una agenda propia y autónoma.



yendo a generalizar un discurso de género que, sin buscarlo, oscureció el conflicto y por lo tanto el contenido políticamente subversivo de las relaciones entre los géneros.

En este proceso, posiblemente el riesgo fundamental ha sido el de desdibujar las competencias y las interrelaciones autónomas entre sociedad civil y Estado descuidando, los contenidos de "disputa" o las "guerra de interpretación" a través de las cuales la sociedad civil va perfilando sus propuestas democráticas y va asumiendo una mirada política, interrogante y transgresora. Este riesgo de abandonar de cierta forma los contenidos de la transgresión, y de disputa, se ha expresado significativamente en haber apostado más a las estrategias de negociación con los Estados y menos a una presencia autónoma desde las sociedades civiles, desdibujando, en este proceso, la visibilidad de una agenda propia y autónoma. Lo cual ha tenido muchas consecuencias en cadena: por un lado ha debilitado la posibilidad de alimentar una base social amplia desde la sociedad civil capaz de presionar en los cambios políticos, económicos, culturales, substanciales a los idearios feministas en

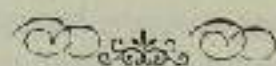


que expresan la conflictividad social actual. Pero sobre todo, han traído el riesgo de aislar la construcción de las ciudadanías femeninas de la construcción y ampliación de los procesos democráticos.

¿Es eso inevitable? Indudablemente no. Después de un período de búsqueda y aprendizaje, hay demasiadas evidencias hoy en día de las incomodidades feministas frente a esta realidad. Y la incomodidad es el mejor impulso para nuevas búsquedas, de formas más transgresoras de intervención sobre la conflictividad social.

Pero los feminismos también están mal portrechados en un aspecto clave: la presencia de las nuevas generaciones. No ha habido un claro proceso de conexión ni de recambio generacional, lo que implica no sólo la presencia de jóvenes sino la capacidad de reconocer y absorber las nuevas ideas que se van gestando en esta nueva realidad, con aquellas que impulsarán las propuestas feministas del nuevo milenio, conteniendo y trascendiendo lo que fueron las luchas de las feministas en el siglo XX. De allí la importancia de conectarse con las jóvenes, no para incorporarlas a las dinámicas desarticuladas y acotadas que se expresan ahora, sino para conectar nuestras luchas y propuestas a los temas y las dinámicas que ellas están expresando, más de acuerdo con los tiempos. Un dato interesante es que en muchos países de la región son los estudiantes, mujeres y hombres, y muchas veces liderados por mujeres, los que salen a las calles para

Las prácticas de la autonomía centradas en una sola dimensión, o centradas en sí mismas, son limitantes porque lo que se avanza en la defensa propia, sin articulación, no produce transformación de largo aliento.



sa del discurso y el espacio propio (que sigue siendo también una estrategia) deja fuera la reflexión, las luchas y propuestas autónomas desde y dentro de los otros múltiples espacios de intersección. Una autonomía que no recupere las diferentes dimensiones contenidas en ella -política, física, económica y sociocultural- buscando sus conexiones y articulaciones, nos restringe el campo de maniobra. Es decir, las prácticas de la autonomía centradas en una sola dimensión, o

aisladas, o centradas en sí mismas, son imitantes porque lo que se avanza en la defensa propia, sin articulación, no produce transformación de largo aliento.

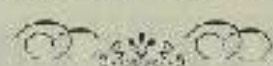
"*Democracia en el país y en la casa*" es el slogan que la región latinoamericana ofrece al mundo, evidenciando no sólo el carácter político de lo privado sino una forma diferente y radical de entender la democracia. Con ese slogan nos articulamos con toda la sociedad en las luchas contra todo tipo de autoritarismos. Es el slogan del siglo que seguirá siendo válido en el nuevo milenio. Porque si bien hemos avanzado mucho y nuestras luchas han dado frutos importantes, muchas de ellas han sido conquistas a medias o neutralizadas de muchas formas, lo que ha sido facilitado porque la democracia en los países se expresó más como democracia cupular y excluyente, en el marco de enfoques neoliberales. Así, la democracia en los países es aún profundamente débil y necesita recalificación. La democracia en la casa se logró parcialmente; lo que sí se logró fue el desarrollo de una conciencia mucho mayor de las mujeres de sus posibilidades de autonomía al interior de lo privado. Por ejemplo, las leyes de violencia se expresaron como fenómeno "intrafamiliar" y no como un conflicto de género y, por lo tanto, conflicto de poder donde la mujer es el sujeto agredido en sus derechos humanos y ciudadanos. La violencia sexual casi se olvidó. Ello no le resta méritos a las luchas feministas por colocar estos asuntos de lo privado en lo público, pero sí evidencia no sólo la debilidad de nuestras democracias sino también las debilidades de los movimientos feministas que asumen los límites de una democracia sin generar expresión pública conflictiva alrededor de ella.

La democracia en la cama, que fue la dimensión que después añadimos a ese slogan, ha sido también una de las dimensiones más complejas: se han logrado avances importantes en el reconocimiento de los derechos reproductivos, (bajo la presión permanente de la Iglesia y la tendencia de los gobiernos de identificarlos como "planificación familiar" ligada a las necesidades de superación de la pobreza). La salud reproductiva está también puesta en la agenda pública y poli-

tica. Pero los derechos sexuales han sido casi invisibilizados, al menos en dos de sus expresiones más reprimidas porque son también las más transgresoras: orientación sexual y aborto. Nuevamente, el problema no es sólo de los límites democráticos de los gobiernos (su negación de asumir la conquista histórica de la



Desplegar las articulaciones de los discursos y prácticas feministas con los procesos de otras luchas contra las exclusiones y con los espacios democráticos y de construcción ciudadana que estamos viviendo.



democracia de actuar como estados laicos y no confesionales, dándole a la Iglesia el poder de reinar sobre las vidas de todas las personas), es también una de las debilidades que ha traído la institucionalización y la fragmentación de los feminismos: las luchas por el aborto se dan y tenemos numerosas experiencias de como diferentes grupos de feministas están tratando de posicionarlo en la agenda pública, desarticuladas o reducidas a redes y coaliciones específicas y aún acotadas.

Finalmente, desde este balance de pérdidas y ganancias, podemos preguntarnos qué significan las agendas feministas hoy en día. Creo que muchas feministas, desde sus múltiples estrategias y sus múltiples espacios de actuación, en esta realidad latinoamericana de ganancias y de exclusiones, de democracias acotadas, de consensos muchas veces impuestos, parecería

no ser suficiente que las luchas feministas autónomas estén referidas sólo a las urgencias de consolidar los derechos y las presencias de las mujeres sino que, desde estas urgencias y desde estos derechos, impulsar una perspectiva de transversalidad de miradas y propuestas que contribuyan a enriquecer y ampliar esta concepción radical de democracia en lo nacional y en lo regional-global.

Y ello implica sustentarla no solamente en la defensa del discurso y el espacio propios sino desde cualquier espacio y desde las diferentes luchas en las que estamos inmersas. Desplegar las articulaciones de los discursos y prácticas feministas con los procesos de otras luchas contra las exclusiones y con los espacios democráticos y de construcción ciudadana que estamos viviendo. Las agendas feministas pueden encontrar mucho más espacio de expresión y desarrollo con la ampliación de los espacios democráticos. Este puede ser el aporte de las luchas y las agendas feministas del siglo XX en el nuevo milenio.

* Virginia Vargas. Socióloga peruana, fundadora del Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán. Coordinadora de las ONG's de América Latina y el Caribe para el foro de ONG's, IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, Beijing, 1995. Desde 1996, forma parte del Consejo Asesor en Género del Banco Mundial. Premio «Monseñor Proano» (1993) de la Asociación Latinoamericana para los Derechos Humanos (ALOHU); Premio Mujer Progresista 1995 de la Federación de Mujeres Progresistas de España (1996). Coeditora de los libros «Género en el desarrollo» (1992), «El triángulo del empoderamiento» (1992), Editora de «Camino a Beijing» (1998).



AP Wirephoto, B. W. V. V. V.

FEMINISMOS DIVERSOS Y DESPLAZAMIENTOS DESIGUALES

por Sonia E. Alvarez

No existe "un" movimiento feminista en América Latina hoy en día (de hecho, diría que nunca existió), mucho menos sólo dos "vertientes" o tendencias -una supuestamente "institucionalizada" y la otra auto-proclamada "autónoma"- como se ha afirmado con tanta frecuencia en los últimos tiempos en la región. Hoy se perfilan múltiples feminismos, en cada uno de los cuales se manifiestan una amplia gama de expresiones organizativas, prácticas y tendencias políticas, formas de intervención en lo cultural, lo público, lo político, estrategias para superar la discriminación y opresión sexual, étnica-racial, de clase, etc.

Desde principios de los 80 en los Estados Unidos y con más vigor y visibilidad en la América Latina a partir de los 90, los propios feminismos se han diversificado dramáticamente, aumentando exponencialmente el alcance político-cultural de las ideas y principios que inspiraron los feminismos de los años 60 y 70. Pero la expansión o dispersión socio-cultural feminista no ha necesariamente diluido el potencial transformador de "nuestras" ideas "fundacionales", como algunas mantienen. Al contrario, muchos elementos claves de los varios idearios feministas del comienzo de esta segunda ola han sido revigorizados al ser apropiados, reformulados, resignificados y re-desplegados por

la más diversas "categorías" de mujeres, quienes han continuamente forjado nuevas expresiones feministas en las Américas -como es el caso de los feminismos de "women of color" en los Estados Unidos y los feminismos "populares" y negros en Latinoamérica.

Al umbral del nuevo milenio, tendríamos que reconocer que, como sugiere Jane Manesbridge para el caso de los Estados Unidos, el llamado "movimiento feminista... no es ni una agregación de miembros individuales sino un discurso. Es un conjunto de aspiraciones y entendimientos cambiantes y disputados que proveen metas conscientes, soporte cognoscitivo, y apoyo emocional para la evolución de la iden-

idad política de cada individuo" (1995). La multiplicidad de expresiones organizativas feministas han sido vitales para la invención, sustentación y circulación de los discursos, las metas transformacionales, y los principios ético-políticos que son constitutivos de los que llamamos "el movimiento", aun cuando éstos son continuamente disputados y resignificados por las diversas mujeres que hoy se identifican como feministas.

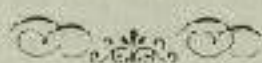
Es decir, el ideario feminista "originario" ha escapado del control de las feministas "históricas" que inicialmente lo desplegaron. Los feminismos han sido refundados muchas veces a lo largo de las últimas tres décadas. Esta verdadera proliferación de prácticas y sentidos feministas ha tenido consecuencias indiscutiblemente positivas. Las más variadas ideas y estrategias de transformación feminista han llegado a un sinnúmero de espacios culturales y políticos, a veces exitosamente, disputando concepciones y normas masculinistas hegemónicas y construyendo un nuevo "sentido común" sobre las relaciones entre mujeres y hombres y entre diferentes clases, razas, etnias y grupos de mujeres.

Pero al mismo tiempo, el amplio despliegue político-cultural de algunos conceptos feministas ha traído consecuencias bastante más ambiguas. Un ejemplo nítido de esto sería la apropiación y tergiversación de algunos elementos de los discursos feministas-particularmente de la noción de "género"- por los Estados "post-walfaro" y neoliberales en las Américas, particularmente en los años recientes. Una oficial del gobierno local de Cali, Colombia, entrevistada por mí resumió claramente y en pocas palabras cómo la denuncia es "traducida" por los burócratas del Estado. Decía: "ahora la cosa cambió, ya no es aquel feminismo radical de los años sesenta; ahora es perspectiva de género".

El concepto de "género" ha sido selectivamente apropiado y desplazado por las autoridades locales y nacionales y por las burocracias del desarrollo internacional al punto de que ha escapado al control de las activistas feministas que comenzaron a incorporarlo progresivamente en su trabajo al final de los ochenta y a principios de los noventa (Thayer 1998).

Por un lado, la adopción generalizada de "género"-sea como instrumento de organización sea como categoría conceptual- por defensoras feministas de los derechos de las mujeres en América Latina, por ejemplo, ha facilitado el acceso de las feministas a la esfera gubernamental, al sistema de "desarrollo" y a los sectores paralelos de la sociedad civil. Por otro lado, como sostienen Sally Baden y Anne Marie Goetz, "hay una discontinuidad en-

Los feminismos han sido refundados muchas veces a lo largo de las últimas tres décadas.



tre lo que las feministas entienden por el término [género] y las formas en que se emplea con el fin de minimizar el carácter político y crítico de las relaciones entre mujeres y hombres".

El género es generalmente mencionado por los funcionarios del Estado en términos de "la necesidad de invertir en la educación de la mujer para fomentar el control de la natalidad y las metas del bienestar infantil, o la importancia de la participación de las mujeres en las organizaciones comunitarias para mejorar la prestación de servicios y secundar los esfuerzos contra la pobreza" (Ibid). Y, "mientras (tales razonamientos) pueden tener éxito al suscitar temas de género", como apuntan Baden y Goetz, "son problemáticos, ya que la atención a las mujeres o al género muchas veces son puramente medios para otros fines".

Este tipo de concepción de género, tergiversada y despolitizada, no sólo ha desafilado las más aguzadas críticas de las feministas contra la subordinación de las mujeres, sino que también ha sido adoptada por los políticos neoliberales como una clave para que el crecimiento económico pueda hacerse más eficiente y efectivo mediante las contribuciones económicas de las mujeres y su incorporación al mercado (Moser 1993).

En el caso del programa para la

prevención del embarazo de adolescentes en Chile, por ejemplo, según María Elena Valenzuela, ha habido un cambio discursivo de la meta feminista que ofrece a las jóvenes medios para aumentar su autonomía y el ejercicio de sus derechos sexuales, hacia una meta *familista* que garantiza un papel más activo a profesores y padres y que vincula la educación sexual a la transmisión de valores familiares (1998). El Estado, en este caso, procura no sólo regular la fertilidad sino también la sexualidad y la moralidad de las mujeres jóvenes pobres, principales blanco del programa.

Uno de los ejemplos más inquietantes del desplazamiento instrumentalizado por los Estados neoliberales de los discursos feministas hacia la obtención de fines no-feministas, es el caso del Presidente peruano Alberto Fujimori que hace pasar como "promoción de la igualdad de género" su campaña de esterilización masiva de las mujeres indígenas pobres. Fujimori, único Jefe de Estado que habló a los delegados de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, en Beijing, 1995, se presentó como entusiasta defensor de la igualdad de las mujeres y alardeó su Programa para la Salud y planificación familiar 1996-2000, como pieza clave de sus iniciativas supuestamente en pro de la igualdad. Sin embargo, dicho programa implicaba la esterilización quirúrgica coercitiva de las mujeres pobres, principalmente indígenas, como pudo constatarlo la investigación *fact-finding* del Centro Flora Tristán en Lima, el Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de las Mujeres y el Centro Legal de Derechos Reproductivos y Políticas Públicas de E.E. U.U.

Aunque otros llamados programas "anti-pobreza", dirigidos a las mujeres "vulnerables", no violan los derechos humanos de las mujeres tan grotescamente, desdibujan los derechos sociales y la ciudadanía de las mujeres y definen cultural y políticamente sus papeles productivos al igual que reproductivos.

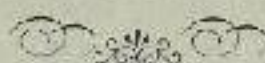
Como otros muchos gobiernos latinoamericanos, Perú pareciera estar promoviendo un sinnúmero de programas para "combatir la pobreza" a través de la expansión del trabajo reproductivo de las muje-



res pobres -y una vez más-, haciéndolo, irónicamente, en nombre de la igualdad de género. Como observa la feminista peruana, Maruja Barrig, "en la última década en el Perú, el tiempo, energía, y labor de las mujeres (populares) se ha convertido en el instrumento preferido para ejecutar programas emergenciales que buscan aplacar los efectos sociales más atroces del ajuste estructural y la reestructuración económica" (1998).

Frecuentemente encuadrados

El concepto de "género" ha sido selectivamente apropiado y desplazado por las autoridades locales y nacionales y por las burocracias del desarrollo internacional al punto de que ha escapado al control de las activistas feministas.



en discursos oficiales sobre "la necesidad de incorporar a la mujer al desarrollo", desde una perspectiva feminista tales programas evidentemente tienen escasa relación con el "empoderamiento", la equidad o la ciudadanía de las mujeres populares y/o de grupos étnicos-raciales subalternos.

En el contexto post-welfare, "neo-social democrata" de la administración Clinton, la cura estatal para los problemas de las mujeres pobres y "no blancas" también enfatiza "la responsabilidad personal" de dichas mujeres para mejorar sus condiciones de vida e integrarse al mercado laboral de muchos programas dirigidos hacia las mujeres llamadas vulnerables montados por los actuales Estados latinoamericanos.

En su contundente análisis de las recientes reformas del sistema de Welfare (bienestar/asistencia social) en los Estados Unidos, Gwendolyn Mink sostiene que el «Personal Responsibility and Work Opportunity Act» de 1996, representa "la invasión más agresiva contra los derechos de las mujeres

en este siglo" (1998). Ya que discrimina contra las mujeres/madres solteras pobres -en su mayoría negras y latinas- al negarles autonomía personal y derechos vocacionales, civiles y sexuales disfrutados por las mujeres/madres blancas casadas y/o de clase media o alta.

El nuevo sistema de asistencia social estadounidense requiere que las madres pobres no casadas ingresen al mercado de trabajo y así dejen de ser "dependientes" del Estado.

Como sugiere Mink, "imágenes racialmente cargadas de mujeres indolentes, promiscuas y matriarcales han dominado el discurso de welfare por mucho tiempo, influyendo demandas para que las madres que necesitan asistencia social -aunque no tal vez sus hijos- tengan que pagar por su comportamiento imprevisto a través de trabajo, matrimonio, o destitución". Tales representaciones estatales de las "madres míticas de welfare" no sólo se basan en el profundamente racializado sexismo y clasismo que prevalece en los Estados Unidos, pero también discutiblemente (re)construyen y reinscriben los sentidos culturales populares sobre las mujeres pobres y no-blancas, vistas como mujeres/madres patológicas y menos (o no) ciudadanas.

La dependencia implícita en el matrimonio para cualquier mujer es así representada como aceptable y "normal", pero no la dependencia en el Estado.

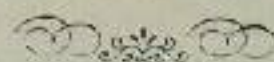
En nombre de la "independencia" de las mujeres/madres pobres solteras y capacitarlas para el mercado de trabajo, la mayoría de los nuevos programas municipales y estatales de welfare en los Estados Unidos, obligan a las mujeres oficial y popularmente representadas como "dependientes" a trabajar en los parques, oficinas o hospitales del gobierno para poder recibir asistencia social.

En la ciudad de Nueva York, más de 200.000 personas, en su gran mayoría mujeres pobres negras o latinas, han pasado por el programa de welfare establecido por el alcalde republicano Rudolph W. Giuliani en 1995. Pero según una investigación realizada por el New York Times, "Workfare ha proporcionado capacitación laboral muy limitada para los Nuevayorkinos... que reciben asistencia pública. Mucho del trabajo es de tan bajo

nivel que ofrece pocas habilidades o especializaciones técnicas exigidas por el mercado laboral. Los participantes reciben poca ayuda en buscar un trabajo permanente; la mitad no encuentran ninguno" (NYT, 12 de abril de 1998, p. 1).

Los paralelos entre este tipo de "capacitación laboral" y muchos de los programas, tan en boga en América Latina, que entrenan a las "jefes de hogar" para ser "microempresarias" o para trabajar en servicios gastronómicos, hoteleros, etc., son bastante sugerentes de como el Estado moderno tardío, tanto en el Norte como en el Sur de las Américas, está redefiniendo los papeles de género de las mujeres pobres y resignificando (y empobreciendo) su ciudadanía de forma diferenciada de acuerdo con su clase social, raza, sexualidad, etc. Por lo tanto, para que las feministas al sur y al norte del Ecuador podamos ir más allá de la actual adhesión retórica a la "diversidad" y hacia estrategias que den cuenta de las desigualdades entre las mujeres y, haciéndolo, potencialmente extendamos la ciudadanía plena a todas las mujeres, debemos estar más alertas a los efectos culturales y materiales de tales recodificacio-

En una época en que los Estados neoliberales y post-welfare se apropian de nuestros discursos para empobrecer la ciudadanía de la mayoría de las mujeres, tendríamos que hablar mucho más de las desigualdades entre mujeres y empenarnos de forma más tenaz en eliminarlas.



nes para las vidas y la sobrevivencia de las mujeres pobres y las mujeres no blancas.

Al reflexionar sobre estrategias para el siglo XXI que puedan fomentar feminismos contrados en el combate a las desigualdades entre

mujeres así como entre mujeres y hombres, urge que seamos más conscientes e incansablemente vigilantes en lo que atañe a la producción discursiva oficial del Estado (siempre inflecionada por clase, raza y sexualidad) sobre las mujeres y las relaciones de género, y que denunciemos con más vigor esas representaciones en el terreno de lo social.

Hoy en día, muchas de las que circulamos en el campo feminista, tanto en el Norte como en el Sur de las Américas, reconocemos y endosamos la *diversidad de las mujeres*, por lo menos retóricamente. Se habla mucho de la necesidad de "construir la unidad desde la diversidad del movimiento". Pero para realmente "revitalizar los feminismos", en una época en que los Estados neoliberales y post-welfare se apropian de nuestros discursos para empobrecer la ciudadanía de la mayoría de las mujeres, tendríamos que hablar mucho más de las *desigualdades entre mujeres* y empeñarnos de forma más tenaz en eliminarlas.

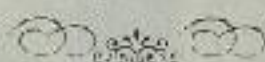
Para concluir, desearía hacer mía la advertencia de Eva Kittay, filósofa feminista de EE.UU., sobre "el estado del feminismo" en este fin de siglo, y extenderlo a "ambas" Américas:

"A menos que las activistas feministas del mainstream, que han presentado un valioso servicio a las profesionales y a otras mujeres de clase media, y el feminismo académico, que está haciendo un esfuerzo por incorporar las diferencias, encuentren una manera de hacer frente al creciente empobrecimiento de algunas mujeres, principalmente mujeres que trabajan bajo opresión racial, o hagan llegar los recursos de las mujeres que se han beneficiado a aquellas que son víctimas de las fuerzas económicas y políticas que condicionan todas nuestras vidas, el feminismo vacilará y se recluirá en una de sus retiradas históricas" (1998).

Kittay insiste aún que en el caso de EE.UU., "welfare y dependencia deben ser redefinidos por las feministas trabajando junto con las más vulnerables entre nosotras, de lo contrario el feminismo se eclipsará y sus conquistas tendrán algún efecto duradero sólo para algunas pocas mujeres de la elite" (1998). He tratado de sugerir que tales redefiniciones o resignificaciones femi-

nistas de las representaciones del Estado respecto a los papeles y derechos de las mujeres pobres, son tarea urgente para las feministas tanto en Sur como en el Norte de las Américas porque, según el slogan del «Comité de las 100» (Women's Committee of 100), la coalición feminista que más activa-

"Una guerra contra las mujeres pobres es una guerra contra todas las mujeres".



mente se opuso al ataque frontal de Estado norteamericano contra la ciudadanía de las mujeres pobres: "una guerra contra las mujeres pobres es una guerra contra todas las mujeres".

"Sonia E. Alvarez, Profesora de Ciencia Política, con énfasis en Política Comparativa y Latinoamericana, Movimientos Sociales, y Feminismos, en la Universidad de California, en Santa Cruz, EE.UU. Feminista militante, cubana-latina, escribe sobre los feminismos latinoamericanos desde finales de los 80."

Bibliografía:

- Alvarez, Sonia E., Evelina Dagnino, Arturo Escobar: 1998, "The Cultural and the Political in Latin American Social Movements". En *Cultures of Politics/Beliefs of Politics*. Re-Visioning Latin American Social Movements, editado por Sonia E. Alvarez, Evelina Dagnino, Arturo Escobar, Boulder, CO: Westview Press.
- Baden, Sally Anne Marie Goetz: 1997, "Who Need [sex] When You Can Have [Gender]? Conflicting Discourses on Gender at Beijing". En *Women, International Development, and Politics: The Bureaucratic Mind*, Philadelphia, Temple University Press.
- Barrig, María: 1996, "Women, Collective Kitchens, and the Crisis of the State in Peru". En *Emergencies: Women's Struggles for Livelihood in Latin America*, editado por John Friedman, Rebecca Abers, y Julian Butler, Los Angeles, CA: UCLA Latin American Center Publications.
- Comité de América Latina y el Caribe para la Defensa de los Derechos de las Mujeres: 1989, "Nada Personal: Reporte de Derechos humanos sobre la Aplicación de la Anticoncepción Quirúrgica en el Perú, 1986-1988", Lima, CLADEM.
- Kittay, Eva Feder: 1988, "Dependency, Equality, Welfare", *Feminist Studies* (Spring).
- Manóbridge, Jane: 1993, "What is the Feminist Movement?". In *Feminist Organisations: Harvest of the New Women's Movement*, editado por Myra Marx-Ferns y Patricia Yancey Martin, Philadelphia, Temple University Press.
- Mink, Gwendolyn: 1990, "Feminists, Welfare Reform, y Welfare Justice", *Social Justice* 25, 1 (Spring).
- Moser, Caroline O.N.: 1993, *Gender Planning and Development: Theory, Practice and Training*, New York: Routledge.
- Thayer, Milt: 1998, "Travelling Feminist: From Embodied Women to Gendered Citizenship". Documento presentado en el XX International Congress of the Latin American Studies Association, Chicago, September 24-26.
- Valenzuela, María Elena: 1998, "Concencia presentada en el panel: 'El Movimiento en el Estado', en el Seminario 'Reflexiones teóricas y comparativas sobre los feminismos en Chile y América Latina', Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, 2 y 3 de abril.



LF: M. E. Valenzuela, Bruce Vail

DEVENIR ESTADO, HACERSE ESTADO

por Alessandra Bocchetti



Yo creo en la inocencia femenina en la historia. Pienso que las mujeres ocupan una posición tan central en toda sociedad que nada de lo que haya podido suceder en la historia ha podido ocurrir sin su consentimiento. Incluso la dominación de los hombres sobre las mujeres. Tanto en lo bueno como en lo malo de lo que ha sucedido, nos gustó o no nos gustó, nosotras estábamos presentes. Nuestro consentimiento ha sido tácito, en algunas ocasiones ha sido arrancado, pero ha sido siempre necesario.

No hay libertad sin asunción de responsabilidad y sin historia. No comparto y no me gusta la imagen de recién nacidas que a menudo se les atribuye a las mujeres.

Tampoco creo en todos esos buenos sentimientos que dicen que nos pertenecen. Provenimos de una historia tan dura y tan poco generosa que no logro entender dónde y cómo habríamos acumulado tantos tesoros. No pienso que las mujeres, gracias a sus cualidades intrínsecas, poco especificadas por otro lado, salvarán el mundo, ni la política, como de vez en cuando oigo decir.

Las mujeres son seres humanos con defectos y virtudes, grandísimos defectos y grandísimas virtudes. La verdad es que debemos plantearnos el problema de hacer que un país sea gobernado también por las mujeres porque, sencillamente, en ese país las mujeres viven, estudian, trabajan, votan y pagan los impuestos. En una palabra, están ahí.

La "tutela masculina", y pongo la palabra tutela entre comillas, ya no existe. Hoy en día las mujeres administran su dinero, pueden ejercer cualquier profesión, eligen el sitio en el que vivir. En suma, son seres humanos libres, y aun cuando para esa



Adriano Panofili - Contrasto

libertad todavía quede tanto por hacer, esa libertad existe, está escrita. Y un país de hombres libres y de mujeres libres no puede ser gobernado sólo por hombres. No porque sea injusto, no hago de ello un problema de justicia abstracta, sino una vez más a causa de un dato muy concreto: los hombres libres no saben realizar los intereses de las mujeres libres. Ojalá los supieran realizar, porque nos aligerarían de un buen peso, pero, desgraciadamente, no es el caso.

No sólo sirve a las mujeres que

ellas estén en el gobierno, sirve a todos, sirve a una sociedad más equilibrada y más estable, a una política y a una vida mejor. Sus conquistas no tienen que ver sólo con ellas, sino con toda la sociedad. El malestar, la falta de respeto, la miseria simbólica, cuando no material, las dificultades vitales concretas de más de la mitad de la población, empobrece a todos y es una amenaza para la misma democracia.

Ahora bien, puede parecer paradójico pero los sujetos que más deben convencerse de ello son las mismas mujeres. Los varones saben de la fuerza presente y potencial de las mujeres, y se defienden de ella, se protegen de ella, las mujeres no, no la conocen, ni siquiera la sospechan.

¿Por qué sucede esto todavía, después de que las mujeres en nuestros países han conquistado estas condiciones de libertad? Porque no debe-

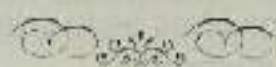
mos olvidar que cada una de las cosas que han ganado, las han ganado ellas. Nada les ha sido concedido a las mujeres.

El siglo XX ha sido un siglo sanginario pero también el siglo de nuestro gran cambio, de nuestra revolución sin muertos. En el inicio de este siglo la mitad de las mujeres -hablo de Italia- era analfabeta. Las puertas de la Universidad estaban cerradas y cuando se abrieron, las pocas mujeres que las cruzaban eran objeto de escarnio, de bromas atroces, de continuas faltas de respeto y, sobretudo,

de ninguna expectativa.

Tan sólo en 1963 -y sigo, claro está, hablando de Italia- hemos podido ejercer la magistratura, se nos tenía alejadas de ella por motivos que avergüenzan a la razón. Tan sólo en 1973 los maridos han dejado de tener el derecho de leer el correo de sus mujeres; aunque los buenos maridos no lo hicieran, la ley se los permitía. Tan sólo en 1975 la mujer ha dejado

**Un país
de hombres libres
y de mujeres libres
no puede ser
gobernado sólo por
hombres.**



de estar obligada a seguir al marido a su domicilio. Tan sólo en esos años se hizo posible que una mujer reconociera a su hijo nacido fuera del matrimonio, antes del '75 no podía hacerlo y al niño se lo inscribía en el registro civil como hijo de madre desconocida. Tan sólo en el '77 se proclamó la ley sobre la paridad laboral entre hombres y mujeres, ley que se consiguió gracias al acuerdo entre democristianos y comunistas, que hicieron frente común.

Quiero recordar estos episodios porque nosotras tendemos a tener la memoria corta sobre estas cosas y a darlo todo por descontado con un gesto de falsa señoría. La verdad es que tener que luchar por la propia dignidad deja siempre un regusto amargo en el alma, que se quiere esconder.

He oído decir a muchos que la libertad de las mujeres estaba en la lógica de las cosas, en el progreso de los tiempos, que habría llegado de todas maneras. Pero esto no es así. Sin el compromiso de las mujeres, sin su paciente urdimbre, no se habría ganado nada de todo esto. La historia no se hace por sí misma y la libertad jamás se regala.

Protagonista de estas conquistas, aunque no en el mismo frente, ha sido también en mi país un fuerte y visible Movimiento Feminista.

El movimiento feminista italiano ha sido profundamente antiinstitucional. Ha sido un movimiento de conciencia extraordinario que ha producido una cultura política de grandísima cualidad e importancia.

Al contrario de los movimientos

de lucha que hasta ese momento habían llevado las mujeres, no ha hablado de la debilidad de las mujeres sino de su fuerza, no se ha centrado en lo que les faltaba a las mujeres sino en lo que las mujeres tenían, no se ha referido a lo que las mujeres debían tomar sino a lo que las mujeres debían dar, no sólo se ha fijado en las necesidades de las mujeres sino también en sus deseos. Ha mostrado como una riqueza, y no como una condena, la genealogía femenina. Y ha mirado a la madre como fuente de alimento simbólico. El gran descubrimiento del feminismo italiano ha sido que las mujeres no sólo necesitaban trabajo, independencia, seguridad, sino que necesitaban también y sobre todo alimento simbólico, alimento simbólico que está hecho de expectativas, de confianza, de crédito por parte de un mundo que, por el contrario, las había acogido mal, con nada favorable hacia ellas. Este ha sido el trozo que faltaba para darse ese profundo sí al ser mujer que siempre es necesario para ser verdaderamente libres.

Así pues, en Italia han existido estas dos presencias importantes de mujeres, una en el interior de instituciones y una fuera de ellas y, aun cuando ha habido escaso intercambio entre las dos, o lo que es peor, a menudo enemistad, estas dos presencias han compuesto un círculo virtuoso, y las conquistas tan importantes que acabo de nombrar, a partir de los años 70, se deben a ambas.

¿Por qué una mujer tiene todavía la desagradable sensación de ser huésped en un país que sin embargo le pertenece también a ella?, ¿por qué no lo gobierna?, ¿por qué hoy, en un país que ha tenido esta historia, las mujeres en el Parlamento son menos que en el primer Parlamento de la República?, ¿por qué las mujeres que están en los partidos políticos se encuentran en una situación de debilidad extrema? Y no sólo en política, ya que igualmente en los lugares en los que las mujeres son numerosas, en la industria, en las empresas, en la administración, en la magistratura, raramente logran llegar a los niveles máximos. ¿Qué las frena?, ¿qué las bloquea?

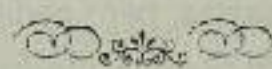
Es verdad que los hombres no dejan espacio, no quieren darlo, y que la política desde siempre ha sido su mundo y que plantean resistencia ante las mujeres, y que si no son ellos los que la plantean dejan que ese papel lo hagan las formas, los ritua-

les, los tiempos a menudo imposibles, todo a la medida del varón adulto.

Es cierto también que a las mujeres no les gusta la clase de vida que ofrece la política y que se mantienen alejadas. La política que lo pide todo, atención y tiempo, que no permite casi otra cosa. Mientras que las mujeres no quieren dejar esas otras cosas.

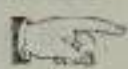
Es cierto, también, que existe una enemistad escondida y profunda de las mujeres hacia el Estado, un resentimiento antiguo. Porque el Estado ha sido enemigo de ellas, lugar y razón de su exclusión, lugar de su humillación, donde se afirmaba que el sufragio era universal cuando las mujeres no tenían todavía el voto, lugar que aún hoy pone de manifiesto que puede prescindir de las mujeres.

**Lo que nos falta
para salir de la
condición de
huéspedes es llegar
a ser Estado.
Devenir Estado.
Hacerse Estado.**



Es cierto también que a menudo las mujeres no saben ser solidarias entre sí, cuando no son, sin más, enemigas. Esto sucede cuando se entra en política con una fuerte demanda de identidad y no con espíritu de servicio. Cuando se entra con una demanda y no con una oferta, para tomar y no para dar, tomar identidad, confirmación, seguridades. Esto se traduce en una posición de gran debilidad. Y produce una obediencia, una dependencia que lleva necesariamente a la pasividad.

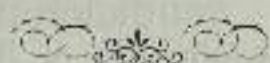
A la impermeabilidad de la política se ha respondido con la iniciativa de las cuotas, que por otra parte no ha tenido éxito. Ha habido grandes polémicas entre las mujeres a este propósito. La verdad es que los partidos políticos, dirigidos sobre todo por varones, han evitado aceptar esta fórmula y las mujeres que se encontraban en los partidos políticos no han tenido la fuerza de imponerla.

Hay que decir igualmente que justamente la mayoría de las mujeres ha visto con un cierto fastidio estas soluciones. 

las han percibido como remedios para una especie en extinción y las han vivido como una humillación.

Y también, hay que decir que nuestros hombres políticos no están pensando en apostar por las mujeres, ni por un ideal de renovación de la política desde la raíz, ni para conquistar una parte de ese electorado incierto femenino y también masculino, que seguramente premiaría una presencia femenina más numerosa.

Paradójicamente es la idea de la igualdad la que excluye a las mujeres. Si una mujer es igual que un hombre, da igual que gobierne un hombre o una mujer, y mientras tanto gobierna un hombre.



En Italia, como hemos visto y hemos padecido, nos contentamos con gobernar con mayorías aventureras y fanáticas, pero nadie piensa en las mujeres como inversión política. Sin embargo, si que apuesta por las mujeres triunfa, lo demuestra el éxito de los laboristas ingleses, del área de la izquierda en Alemania, de Jospin en Francia.

Es inútil decir que nos encontramos en un momento de estancamiento. Ciertamente continuamos trabajando, conseguimos hacer una buena lectura de lo que está sucediendo, de las leyes que salen, podemos incluso sugerir cambios y estos cambios pueden incluso ser aceptados. Pero esta aplicación, estos pequeños pasos, este control sin embargo necesario, no nos hace crecer. No cambia la realidad que sigue siendo para las mujeres pesadísima.

Personalmente, creo que se comete un error poniendo toda nuestra atención y nuestro trabajo exclusivamente en la presencia de las mujeres en el Parlamento o en el Gobierno o en la dirección de los partidos o de los sindicatos. En esos lugares siempre estamos en minoría. Pero esa minoría no sólo es un hecho a que hay que poner remedio mediante técnicas diversas, como hemos dicho antes: cuotas, práctica del reequilibrio de la representación de escuelas de política para las mujeres. Todas estas técni-

cas pueden ser útiles, pero no son verdaderamente esenciales, no van, a mi entender, al corazón del problema. Porque ese estar en minoría no sólo es un hecho, sino que también es un efecto de esa especial forma de ser menor en la que casi toda mujer que entra en política institucional. Porque, hoy por hoy una mujer es, en esos lugares, una nuéspea que puede ser bien o mal recibida, pero que siempre se siente en esa especial



condición de cierto embarazo por no encontrarse en un lugar propio.

Pienso que lo que nos falta para salir de la condición de huéspedes es llegar a ser Estado. Devenir Estado. Hacerse Estado.

No es verdad que la libertad femenina haya sido realizada, que sólo sea preciso hacer que se respeten las leyes que existen, que hemos querido. Y que ya no hay nada más que hacer. Como asimismo es una ilusión pensar que perfeccionar la presencia de las mujeres en el gobierno sea sólo cuestión de tiempo.

El estancamiento de las mujeres, este no llegar verdaderamente a gobernar y no me refiero tan sólo a la política y el dato impresionante de la caída del porcentaje de mujeres en el Parlamento, es igualmente el hecho de que las mujeres hayan comenzado a no votar en un número superior al de los hombres, me hace pensar que el camino para una auténtica libertad no ha llegado a su término, sólo hemos hecho una parte del camino.

Hemos cambiado nuestra vida, nuestras costumbres, nuestro modo de pensarnos y de pensar el mundo. Ha sido un recorrido de alegría pero también un recorrido doloroso porque ha tocado las cuerdas más profundas de los afectos. Nos hemos liberado de la opresión patriarcal en la esfera privada y sobre todo en nuestra mente, en nuestro modo de pensar. Pensamos que ya habíamos terminado, pero no se ha terminado.

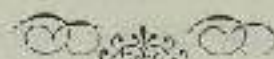
Pero el patriarcado permanece todavía profundamente enraizado en la esfera pública, en la forma misma del Estado. Y este Estado, totalmente o casi gobernado por varones y por sus intercambios, se reproduce a sí mismo. Podemos decir, igualmente, en el mismo sentido, que la ausencia de las mujeres es la que produce su propia ausencia.

Para terminar con este círculo vicioso es preciso poner de manifiesto la presencia de las mujeres en la forma del Estado, llegar precisamente a la cultura del estar juntos, del gobernar juntos.

¿Cómo instituir una cultura del estar juntos en la vida y en el gobierno del país?

En nuestra cultura, el único lugar en el que son pensados juntos hombres y mujeres es en la institución del

No habrá jamás una auténtica cultura de acogida del otro sin una cultura de la dignidad de la diferencia.



matrimonio, hoy esto es demasiado poco, se precisa una idea de un conjunto más grande. Hay lugares profundamente significativos de poder concreto y de fuerte poder simbólico a los que no se llega por elección sino por designación, en los que las mujeres deben estar en una medida igual que los hombres. Pienso que es hacia eso hacia lo que debe apuntar nuestra atención.

Os pongo un ejemplo: el Tribunal Constitucional. El Tribunal Constitucional decide la constitucionalidad de las leyes que gobiernan a hombres y mujeres. ¿Qué es lo que legitima hoy, en un país de hombres libres y de

mujeres libres, a un Tribunal Constitucional como el italiano compuesto todo por varones y con sólo una mujer? ¿Qué es lo que hoy legitima esta proporción tan paradójica?

Lo que la legitima es la idea de la neutralidad del ciudadano, del ciudadano como ser indistinto, y esa idea está muy implantada en nuestros ordenamientos en virtud de otra idea, la de la igualdad que, desde la igualdad de los derechos para todos los ciudadanos, se desliza fatalmente hasta significar la igualdad de los ciudadanos entre sí. Paradójicamente, es la idea de la igualdad la que excluye a las mujeres. La mujer acaba excluida por la misma idea de democracia igualitaria. Si una mujer es igual que un hombre, da igual que gobierne un hombre o una mujer, y mientras tanto gobierna un hombre.

Así como antes era la exclusión formal lo que mantenía alejada a la mujer de los lugares en los que se jugaban los juegos considerados ordinariamente como los más serios de la existencia humana, ahora lo que la mantiene alejada es exactamente la idea de su participación neutra. Por lo tanto, es urgente salir de la cultura de la neutralidad, de la cultura de la indiferencia.

La cultura del estar juntos es una cultura de la igual dignidad y del reconocimiento de la diferencia. La mujer es diversa respecto del hombre por biología, por historia y por experiencia. Si la mujer debe gobernar, debe gobernar a partir de lo que es. Y el Estado debería aceptar esta diferencia y prescribir su presencia, en algunos lugares significativos, a los cuales se accede por decisión y no por elección.

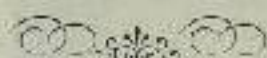
Privados de una cultura de la diferencia, no podremos jamás estar preparados ante esa realidad cambiante y cosmopolita hacia la que nos encaminamos. En efecto, no es en el ser iguales donde encontraremos las razones para estar juntos en armonía, sino en el ser diferentes. No habrá jamás una auténtica cultura de acogida del otro sin una cultura de la dignidad de la diferencia.

No es preciso prescribir a las mujeres que ganen los vértices del gobierno del Estado, eso sería una ingenuidad, incluso porque a la mayoría de las mujeres esto no les interesa. Sin embargo, es necesario poner de manifiesto su existencia, su trabajo, su obra, instituyendo su presencia en esos lugares que hacen al Estado, en esos lugares que están fuera de la

alternancia de la vida política. Sería fundamental el efecto de autoridad y de legitimación que esto haría recaer sobre todas las mujeres.

Por esta razón es necesario abrir una segunda fase de lucha, que será mucho más dura que la primera, porque para los hombres no se tratará sólo de dejar puestos de poder y de privilegio sino de cambiar la idea que en lo más profundo tienen ellos de sí mismos, idea que está absolutamente puesta de manifiesto en la idea de Estado, un Estado ordenado, regido, gobernado sólo por ellos y al que las mujeres pueden tener acceso sólo porque son llamadas, cooptadas.

**Estoy segura de que
la imagen de
mujeres
competentes, que
comparten lugares
significativos con
los hombres, hará
crecer esa pasión
política que hoy
nos parece tan
debilitada entre las
mujeres.**



Para hacer esto no basta con un movimiento como el de los años 70 y 80, ni bastan las mujeres de la política institucional, es preciso un movimiento más grande del que formen parte aquellas mujeres que ya conocen el gobernar, que conocen las reglas del juego, que sean fuertes y competentes, que en cierto modo ya hayan vencido y que quieran hacer que otras mujeres, las jóvenes y las históricas, también vengán. De otro modo nos arriesgamos a dejar una herencia imperfecta.

Os propongo que cambiemos de paradigma. Hasta ahora habíamos pensado en el mundo, en el poder, en el Estado, como si fuera una pirámide que tuviéramos que escalar. Hemos llegado hasta un cierto punto y nos hemos dado cuenta de que no conseguimos subir más. Probemos entonces a hacer otro movimiento. Partamos de lo alto y bajar será más fácil.

Estoy segura de que la imagen de mujeres competentes que comparten lugares significativos con los hombres hará crecer esa pasión política que hoy nos parece tan debilitada



entre las mujeres y que tanto nos preocupa. La infrarepresentación simbólica en la que ahora nos encontramos es un mal alimento, aleja a las mujeres de la política.

Un Estado se expresa a través de sus formas, a través de sus leyes, a través de sus lugares simbólicos y de poder. Nuestros Estados expresan casi en exclusiva a los hombres. No expresan, por lo tanto, la verdad. Un Estado que no se expresa en su verdad es un Estado que no puede funcionar bien. Son las mujeres y los aliados que sepamos encontrar los que tienen que perfeccionar esta expresión. Porque sólo perfeccionando la expresión, perfeccionaremos su ciudadanía. El tiempo de la Asamblea Constituyente no se termina nunca para las mujeres.

Termino con un pensamiento quizá sentimental, pero quiero concedérmelo. En la ciudadanía femenina hay una gran esperanza, la esperanza de renovar una pasión civil que hoy se ha apagado para tantos y tantas, la pasión de la participación, del cambio, de la acogida, del esperarse algo mejor de los demás y de nosotras mismas.

* Alessandra Bochetti. *Política y teoría italiana, fundadora del Centro Cultural Virginia Woolf de Roma, Directora del Grupo B del Centro Cultural Virginia Woolf, Miembro de la Comisión para la Igualdad de Oportunidades. Autora de «Cosa vuole una donna» (La Tarantula, 1995).*

LA ALTERNATIVA DEL PARTIDO FEMINISTA

por Lidia Falcón



EF, Imágenes Familiares, Sally Mann

El Movimiento Feminista, como no podía ser menos, ha sufrido en el último decenio las transformaciones a que los avatares políticos acaecidos en el mundo lo han obligado. Fundamentalmente la caída del muro de Berlín, que señaló el final de los regímenes socialistas, ha influido de manera decisiva sobre el desarrollo, la ideología y la estrategia de los grupos de mujeres que formaban aquél.

El triunfo del capitalismo sin adversarios, la preeminencia de los planteamientos neoliberales que se aplican dogmáticamente a través de los más poderosos organismos internacionales, imponiendo en el mundo sus leyes que han supuesto mayor miseria para los más pobres y una enorme concentración de poder en los más ricos, y la dominación del mundo por parte de los poderes económicos y militares, sobre todo a través del enorme desarrollo tecnológico, ha imbuido a los dirigentes políticos y económicos de las grandes potencias y de los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la OTAN, de una arrogancia sin límites. Ellos deciden quienes deben vivir y morir, mediante el otorgamiento o no de subvenciones y ayudas a los países víctimas de catástrofes naturales y hambrunas, el desencadenamiento de guerras, el corte de los suministros alimentarios, el bloqueo del sistema económico de los países a quienes deciden castigar, y de sus exportaciones y, como desgraciadamente hemos experimentado en los últimos años, el bombardeo sistemático de naciones, a las que se reduce a la miseria, destruyendo su industria, sus vías de comunicación, sus pantanos y matando a sus habitantes.

Derrotados los partidos comunistas y los regímenes del socialismo real, se creyó que el triunfo correspondería a su rival la socialdemocracia, convertida en la alternativa necesaria a la derecha conservadora. La experiencia, rápidamente adquirida, ha demostrado que la derrota del comunismo trae aparejada, inmediatamente, la debilidad del socialismo. Los partidos socialistas han ido modificando sus programas y tesis ideológicas hasta convertirlas en un híbrido poco diferenciado de las de sus enemigos de la derecha, y sus gobiernos sólo añaden algunos gramos de compasión por los más pobres en los

presupuestos generales, con una política muy semejante a la que ejerce los partidos conservadores.

Este giro deprecador, cruel y poco original -al fin y al cabo es una mala copia de la ideología capitalista ya centenaria- de la política socialdemócrata, que algunos denominan hoy Tercera Vía, ha herido gravemente también a los movimientos sociales. Perdida la fuerza e influencia que ostentaban hasta la mitad de este siglo los sindicatos, los movimientos ecologistas, pacifista, juvenil, vecinal, de consumidores, están sufriendo asimismo las consecuencias. Transformados los dos primeros de opositores del poder en cómplices del mismo -véase el comportamiento del gobierno alemán en el que participan los Verdes respecto a la crisis de las nucleares, la cuestión de los emigrantes y la guerra de Yugoslavia-, los demás se encuentran debilitados, funcionariados e hipotecados por las ayudas estatales.

El Movimiento Feminista no podía ser una excepción. En realidad ha sido el más debilitado por todos estos acontecimientos, puesto que también era el que de menos recursos disponía al hallarse clingido y compuesto por mujeres exclusivamente, cuyo poder social económico y político es muy inferior al de los hombres. En los años ochenta comenzó a perder la vitalidad y la iniciativa que le habían dado protagonismo social en los sesenta y setenta. Las causas de su transformación no son idénticas en todos los países, pero si poseen características análogas, que podemos clasificar globalmente en la siguiente forma:

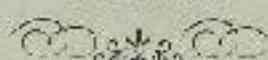
1.- Muchas de las demandas cuya reclamación lanzó a las mujeres a la calle en los 60 y 70 se consiguieron. En España, la aprobación de la ley del divorcio en 1981 y la del aborto en 1985, marcaron los hitos de un triunfo duramente perseguido. En Italia, Francia, Alemania, se siguieron procesos semejantes. En EE.UU., la derrota de la ERA (Equal Rights Amendment) tuvo un efecto semejante a las conquistas alcanzadas en Europa: desanimó a un buen sector de mujeres que abandonaron el Movimiento. Las estadounidenses se cansaron de luchar por algo al parecer inalcanzable.

2.- En Europa, las demandas de las mujeres dieron lugar a reformas legales y administrativas que implantaron diversos sistemas de protección social en el que muchas de las dirigentes feministas, sobre todo cuadros medios, se convirtieron en funcionarias que gestionaban los departamentos e institu-

ciones del Estado, dedicados a los temas femeninos y familiares. Esta misma conducta se siguió en otros países como Australia, donde incluso recibió un nombre: "Ternocracia". Es decir, la participación de las feministas en la burocracia del Estado.

3.- En España y en otros países europeos, Italia, Francia, las líderes feministas de los sesenta ingresaron en los partidos políticos en los ochenta, principalmente en los partidos socialistas o afines, a fin de cumplir sus ambi-

El movimiento feminista en los años ochenta comenzó a perder la vitalidad y la iniciativa que le habían dado protagonismo social en los sesenta y setenta.



ciones y alcanzar puestos importantes en la política. Los ejemplos de Emma Bonino, Françoise Giroux, Cristina Alberdi son muy significativos. Con ello se descahezó el Movimiento Feminista.

4.- Ante el fracaso de los países socialistas, los sectores del Movimiento Feminista que se definían marxistas comenzaron a cambiar. Unos ocultaron vergonzantemente sus orígenes, otros simplemente desaparecieron, y la mayoría comenzó a adoptar tesis semejantes a las que sus maestros los partidos socialdemócratas.

En definitiva, el Movimiento Feminista como tal se debilitó profundamente hasta casi desaparecer, excepto la tendencia que constituyó partidos feministas, de la que me ocuparé más adelante. Fundamentalmente, el análisis que aquí realizo debe aplicarse a Europa, aunque quizá puedan hallarse similitudes en América.

A.- Grupos de asistencia social, atención a mujeres en situación de crisis, alfabetización de adultas, animación cultural, deportes y entretenimientos, con el financiamiento del Estado.

B.- Departamentos de estudios de la mujer, -llamados de género- en las Universidades, que realizan cursos, seminarios, conferencias, jornadas, también subvencionados por el Estado.

C.- Los grupos de mujeres creados por los partidos gobernantes de los distintos países, subvencionados ge-



nerosamente por dichos gobiernos con cargo a los fondos del Estado, que artificialmente han decidido suplantar el Movimiento Feminista, y que constituyen una correa de transmisión de la ideología y de la estrategia del partido al que pertenecen. En la práctica se convierten en organizaciones de capacitación de votos.

D.- Los partidos feministas o asociaciones feministas independientes, con vocación política, que comienzan a afianzarse en casi todos los países, con una ideología transformadora de la realidad, planteando convertirse en una verdadera alternativa a los partidos políticos conocidos.

Los primeros partidos feministas de Europa surgen a principios de los años 70. Francia y Bélgica son las pioneras, pero su duración será muy efímera, ya que desaparecen en poco tiempo. Al mismo tiempo en Canadá, en Israel, cuyo partido feminista duró únicamente una campaña electoral, y hasta en Sri Lanka y Malasia, las mujeres prueban a organizarse políticamente para contrarrestar la hegemonía masculina de los partidos. Ninguno de ellos tendrá una larga vida. Los que continúan en activo son los Irlandeses, con varias diputadas en el Parlamento y cuya anterior Presidenta de la República, hoy en la Oficina de Derechos Humanos de la ONU, Mary Robinson, pertenece a él. Islandia, cuya también Presidenta de la República anterior Fingebottirora miembro del mismo, el Partido de las Mujeres de Rusia, que ocupa varios escaños en la Duma, y el Partido Feminista de España que fue fundado en 1979 y continúa participando en la vida política española sin interrupción desde dicha fecha.



El Partido Feminista de España es la organización feminista y política de más implantación en el país y prestigio no sólo en España sino en toda Europa. Ha construido una organización de grupos feministas que se extiende por todo el territorio, publica la revista "Poder y Libertad" desde hace veinte años, que es la única que subsiste en el panorama español desde esa fecha y ha constituido la coalición política con otros dos

El feminismo no puede limitarse a la enumeración de una serie de pequeñas reformas legales y sociales que permitan a un exiguo número de mujeres alcanzar algunas mejoras en sus estatus.



partidos feministas de reciente creación en España: El Partit Feminista de Catalunya y el Partido Feminista del País Vasco. Esa coalición se ha presentado a las elecciones europeas de 1999, consiguiendo con ello aglutinar con más cohesión los grupos feministas y las mujeres que habían perdido el impulso de lucha de las décadas anteriores.

Para el Partido Feminista de España y sus aliados, los otros partidos de Catalunya y del País Vasco, el feminismo constituye una ideología filosófica, un movimiento social y un programa político que ofrecen alternativas globales a la sociedad. El feminismo no puede limitarse a la enumeración de una serie de pequeñas reformas legales y sociales que permitan a un exiguo número de mujeres alcanzar algunas mejoras en su estatus. El feminismo es el último movimiento social llegado a la escena de los movimientos revolucionarios y a lo largo del siglo XX ha elaborado, desde los planteamientos más radicales -aquellos que Marx definía como los que analizan los problemas desde la raíz-, la ideología y las líneas maestras de los cambios fundamentales que han de operarse en el mundo para concluir con todas las explotaciones que siguen haciendo de las mujeres, de los obreros, de los pueblos indígenas, de los países colonizados, de las razas de color, clases oprimidas sometidas a la política depredadora de los dominadores.

En definitiva, los Partidos Feminis-

tas elaboran los programas políticos con que se presentan a elecciones, afianzan sus organizaciones y difunden su ideario, presentando la única alternativa independiente de los restantes partidos políticos y de largo alcance.

Esta es la alternativa del feminismo para el siglo XXI. La conversión del Movimiento Feminista en un Movimiento Político que conceda a las mujeres el protagonismo que se merecen, que les proporcione la posibilidad de competir en las contiendas electorales donde se dirime la obtención del poder.

El desafío del Movimiento Feminista hoy se concreta, por tanto, en la decisión que debe tomar sobre sus propios objetivos y en consecuencia acerca de su destino: ¿Quiero permanecer anclado en las organizaciones minúsculas, separadas y, a veces, ¡ay!, enfrentadas entre sí, dedicadas a la asistencia social y a las actividades culturales? ¿O tiene vocación de constituirse en un poderoso movimiento que consiga la influencia social y política que se merece por el número de las personas que representa?

Permaneciendo en la modestia y el anonimato en el que trabajan tantos grupos de mujeres que se dedican a ayudar a sus compañeras más desgraciadas, o siendo fieles a los dictados de los dirigentes varones de los partidos políticos, será imposible que el MF recupere la fuerza, el prestigio y la influencia social de que disfrutó en los años de su surgimiento y de sus más radicales luchas.

Para enfrentarnos al inmediato futuro, ese que nos están construyendo la Unión Europea con el Tratado de Maastricht y Moneda Única, y el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, amén de todos los organismos internacionales que sientan tanta preocupación por el futuro de las mujeres, como pudimos comprobar en Beijing, es imprescindible que tomemos conciencia de la alienación que estamos padeciendo y nos decidamos a organizarnos como un movimiento político.

Únicamente la organización coordinada de los grupos que trabajan en todo el Estado, con un programa y una estrategia que surja de la reflexión de nuestras necesidades y de la conciliación de nuestros intereses, puede permitir que el Movimiento se reconstituya en una fuerza política con impulso propio que le abra un espacio entre los partidos que hoy se disputan la hegemonía del poder.

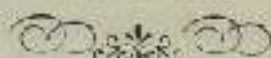
Si las mujeres permanecemos como hasta ahora indiferentes y hasta despreciativas del poder político y abando-

namos en los hombres los destinos del país, estamos cometiendo una grave irresponsabilidad. Un error que pagaremos, y pagamos muy caro. La política depredadora de los hombres está ocasionando efectos destructivos. El paro que nos amasa, la crisis económica de la que no salimos, los gastos de defensa que aumentan mientras cada día más jóvenes son procesados por insu- misos, el arrasamiento del medio ambiente para mantener los privilegios de la industria y sobre todo la marginación y la explotación de las mujeres, deben ser, son, todos temas que nos importan como mujeres, como ciudadanas del país, como feministas en suma.

Por ello, siendo coherentes con esta misma postura, desde el Partido Feminista de España se ha impulsado la creación de una Confederación de Organizaciones Feministas, que una las fuerzas y los recursos de todos los grupos que la forman para participar en política. Es imprescindible aceptar el desafío de enfrentarse en la arena electoral con otros partidos políticos: sólo así podemos asegurar que el feminismo ha alcanzado su madurez.

Recordando a Rosa Luxemburgo, cuando enfrentó con toda lucidez el dilema que se planteaba ante la inminencia de la II Guerra Mundial: o socialismo o barbarie, y su profecía cumplida

Es imprescindible aceptar el desafío de enfrentarse en la arena electoral con otros partidos políticos, sólo así podemos asegurar que el feminismo ha alcanzado su madurez.



se convirtió en la más extrema barbarie, nosotras, hoy, ante el oscuro porvenir de ese siglo XXI que se nos viene encima, tenemos una única alternativa: o feminismo o barbarie. De nosotras es la responsabilidad de decidir que queremos para toda la humanidad en el futuro.

* Lidia Falcón. Abogada española, doctora en filosofía y escritora. Fundadora y presidenta del Partido Feminista de España. Entre sus libros «La razón feminista» (Edit. Fontanella, S.A., España, 1981), «Amor, sexo y aventura en las mujeres del Quixote» (Edit. Hacer, España, 1997), «Asesinando el pasado» (Kira, España, 1997).

COMUNION EN LA DIVERSIDAD

por Aida Facio



Hace 31 años que descubrí el feminismo y aprendí mucho de él en el colectivo costarricense "Ventana"(). Aprendí sobre mí, oyendo hablar a mis amigas y a mi misma. Aprendí sobre las amas de casa, las maestras y las secretarías a través de las cartas que nos llegaban. Conocí los problemas de las campesinas, las empleadas domésticas y las mujeres privadas de libertad. Tal vez la transformación más radical se produjo en mí cuando, ya en los 80's, empecé a analizar al Patriarcado desde la perspectiva de género. Vi que el patriarcado que me había tocado vivir estaba sostenido por un sistema de valores en donde hombres valen más que mujeres, cultura más que naturaleza, producir más que cuidar, pensar más que sentir. Un mundo cuyo valor rector es la dicotomía dominación-subordinación.

En el proceso de romper con ese sistema de valores empecé mi crítica a la teoría y práctica de los derechos humanos. Empezamos a visibilizar la violencia contra nosotras que ha sido el tema que más apoyo ha tenido, tanto de parte del movimiento como de parte del Estado y de la comunidad internacional. Otros temas que nos fueron moviendo han sido la lucha por nuestra salud, los derechos sexuales y reproductivos, la participación política partidista, la pobreza y la explotación de las mujeres trabajadoras y nuestra diversidad.

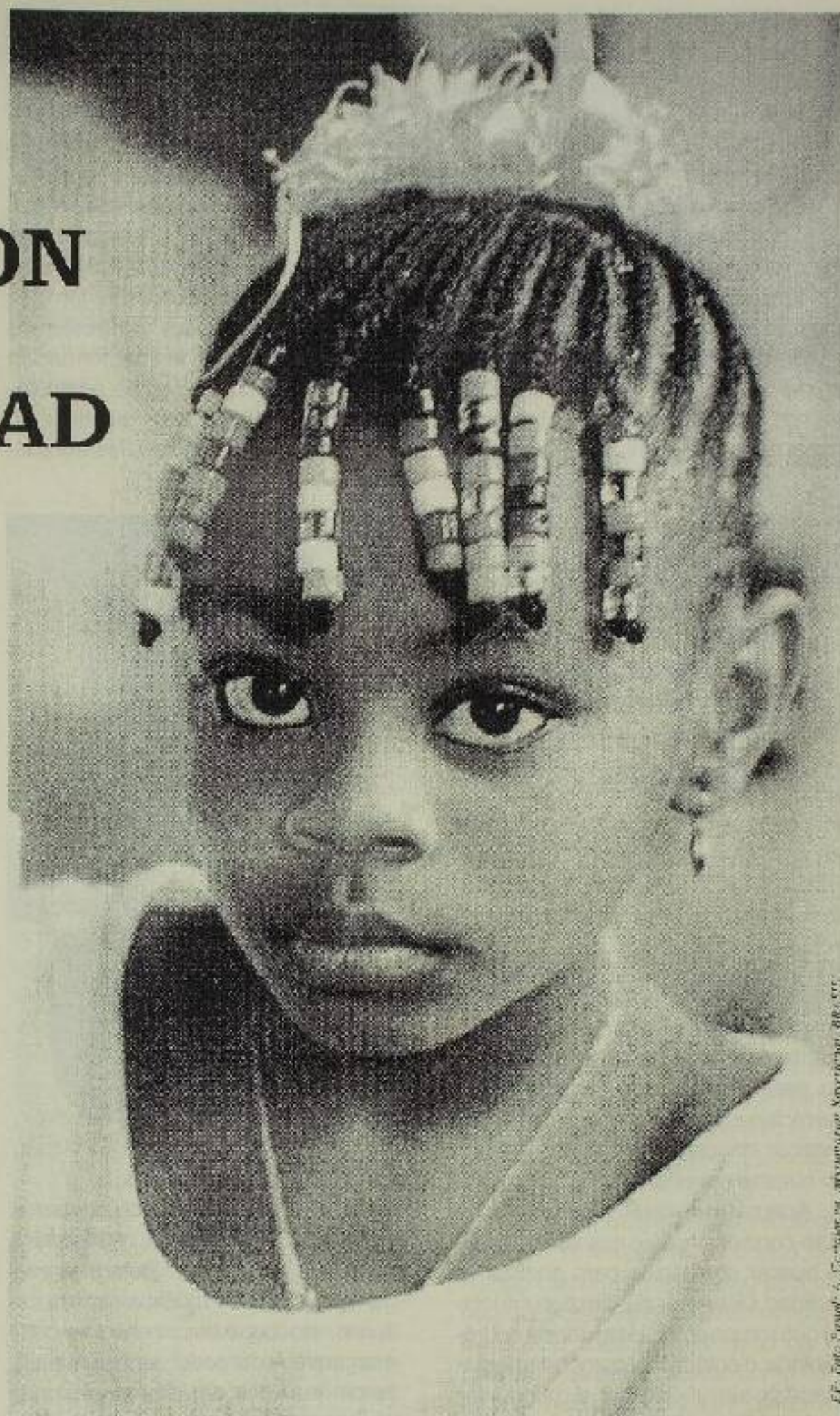
Estoy convencida que a finales de

los 90's, tenemos teoría para explicar todas las formas de opresión que sufrimos las mujeres, pero no hemos logrado que la mayoría nos escuche, menos que nos comprenda, y entre nosotras seguimos compitiendo por migajas de poder.

Por eso creo que a pesar de que todavía la mayoría de nosotras vivimos en condiciones realmente infrahumanas, que todavía hay leyes que nos discriminan y que la violencia de género es cotidiana, estos graves problemas no constituyen el mayor reto del movimiento feminista para el próximo milenio. Este será crear una cultura en donde no muramos por causa de una sexualidad impuesta, una religión

que nos desprecia y un imaginario colectivo que nos invisibiliza y nos divide. Si no logramos esto, no creo que logremos eliminar la pobreza, las guerras, el racismo, la homofobia, etc.

Una de las maneras de crear esta nueva cultura es volviendo a los grupos pequeños de autoconciencia, sin dejar la organización del movimiento, o la creación de teoría, o el trabajo político. Creo que el abandono de la práctica de "hablar el dolor" nos ha llevado a que muchas líderes del feminismo no lo practiquemos. A que profesionales del "género" sólo trabajemos por un



LF. Foto Facio: A. Facio por la Asociación Américas, 2005.

salario y no nos cuestionemos por las razones personales, económicas y políticas que nos llevan a desarrollar una determinada estrategia o a defender un proyecto de investigación financiado desde el norte.

El Patriarcado es un sistema complejo que ha sabido transformarse con los distintos acontecimientos históricos y, también, con cada éxito que logramos las feministas.

En sesiones de auto conciencia o en grupos pequeños de confianza, veríamos con más claridad como cada generación de patriarcas ha sabido

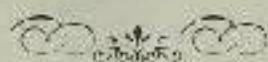
cuestionar cuál era el movimiento que les heredábamos, ¿por qué no tratamos de averiguar qué fue lo que permitió el anquilosamiento de viejas estrategias y formas de organización, en las que participan tanto jóvenes como viejas? ¿Por qué no investigamos por qué la profesionalización del trabajo con mujeres ha llevado a que la mayoría de las que nos autodenominamos feministas, de todas las edades, ya no estemos comprometidas con la transformación personal? ¿Por qué no nos preguntamos más por los efectos que tiene en nosotras y en nuestros ideales, el traba-

distintas edades. Prefiero que juntas sigamos creando un feminismo que se transforme y transformador, donde aunque no estemos todas las mujeres -porque las hay que nunca serán feministas- si entren muchas más y tal vez, sólo tal vez, también quepan los hombres.

En los encuentros feministas hubo talleres y reuniones de todas las clases, razas, etnias, preferencias sexuales y formas de ser mujer que existen en América Latina. Entonces, ¿por qué nos empeñamos en fortalecer al patriarcado desacreditándonos como movimiento sólo porque algunas o muchas mujeres discriminen por razones de raza, preferencia sexual, discapacidad, etc? El que existan mujeres racistas, no hace que los planteamientos y utopías del movimiento en su conjunto sean racistas. Lo importante es que entendamos que si vemos la actividad del movimiento en su conjunto, tendríamos que llegar a la conclusión de que hay espacio, propuestas y actividades para todas las mujeres de todos los grupos humanos. Esto no ocurre en otros movimientos sociales donde generalmente se dejan por fuera o se marginan aquellas actividades que necesitamos o queremos las mujeres.

Por eso entender al movimiento feminista como un movimiento integrado por toda la diversidad de personas que habitamos la tierra, implica reconceptualizar a "la mujer" para entender que "mujeres" somos todas y que por ende, cuando el movimiento feminista se propone la eliminación de la discriminación

Creo que el abandono de la práctica de "hablar el dolor" nos ha llevado a que muchas líderes del feminismo no lo practiquemos.



implementar estrategias exitosas para desprestigiar al feminismo, analizar desde nuestra práctica feminista las teorías posmodernas que nos acusan de esencialistas o de producir metanarraciones cada vez que tratamos de explicar la universalidad multifacética de nuestra cohesión.

Además de volver a los grupos de auto-conciencia, creo que es importante buscar otra lógica para analizar la realidad. Debemos desarrollar una lógica que rompa con nuestra forma androcéntrica, dicotómica y compartimentalizada de sentir y pensar el mundo.

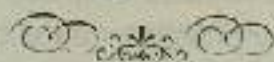
No debíamos caer en la trampa patriarcal de tener que escoger entre el respeto por la diversidad o el esencialismo. Podemos apuntar a eliminar las distintas opresiones que padecemos TODAS las mujeres aún luchando por la eliminación de la discriminación que sufren las pertenecientes a una determinada clase social, etnia, o grupo. Entendiéndonos como miembros de un movimiento amplio nos permitiría más fácilmente despojarnos de nuestro racismo, homofobia, etarismo y de todos los prejuicios que todas manejamos.

En vez de acusarnos de no haber creado espacios para las jóvenes dentro del movimiento feminista, por ejemplo, como sucedió desde que en el proceso hacia Beijing se empezó a

jar desde la marginalidad, o para el Estado, para una ONG, o hacia una Conferencia Mundial? Debemos preguntarnos éstas y muchas otras cuestiones, no para auto censurarnos o marginarnos del poder, sino para mantenemos alertas a las diferentes formas en que el Patriarcado nos debilita.

No entiendo por qué nos estamos preguntando cuáles es el movimiento que le estamos heredando a las futuras generaciones. La rebelión personal que debe sentir cada mujer para decidirse por el feminismo no se puede heredar. Lo único que puedo hacer como feminista de estos últimos treinta años, es compartir mis dudas, éxitos y fracasos con las más jóvenes y hasta con aquellas mayores que yo, que no han encontrado el feminismo todavía. El movimiento feminista del próximo milenio no tiene por qué ser como el que vivimos hace treinta años: mayoritariamente compuesto de mujeres jóvenes. Va a necesitar de la memoria de las viejas, de la energía de las jóvenes y de las variadas sabidurías que nos dan las

A finales de los 90's, tenemos teoría para explicar todas las formas de opresión que sufrimos las mujeres, pero no hemos logrado que la mayoría nos escuche, menos que nos comprenda.



sexual, automáticamente se está proponiendo la eliminación de todas las formas de discriminación. No se puede eliminar la forma específica en que una mujer negra vive el sexismo contra ella si no se elimina el racismo en el sexismo contra las mujeres negras. No se puede lograr la libre expresión de la sexualidad de todas las mujeres si no se elimina la heterosexualidad como norma. No se puede eliminar el sexismo que viven las

viejas, las discapacitadas, las indígenas, si no se cuestiona el concepto de belleza occidental.

Trabajar por la eliminación de la opresión que sufrimos todas las mujeres significa romper con nuestra forma androcéntrica de sentir y pensar el mundo lo que implica romper con esquemas mentales y cuestionar estructuras sociales que han ido consolidando una cultura masculina a lo largo de por lo menos cinco siglos.

El reto que tenemos por delante es grandísimo. ¿Cómo hacer para que todas nos sintamos incluidas en la experiencia humana? ¿Cómo se puede incluir realmente toda la diversidad de formas de ser mujer y de formas de experimentar la subordinación? ¿Cómo no jerarquizar una forma de discriminación por sobre las demás? ¿Cómo no caer en la estupidez de competir por el puesto de "la más discriminada"? El reto es aún más grande cuando reconocemos el peligro de que esta inclusión de la diversidad nos puede llevar a la atomización y fragmentación, a creer que las mujeres viejas y jóvenes, negras y lesbianas, indias y profesionales, ricas, pobres o discapacitadas, no tenemos nada en común. El reto está en no olvidarnos que todas sufrimos la discriminación aunque en distintos grados y de distintas maneras. El reto está en encontrar la comunión de nuestras necesidades básicas para reconceptualizar nuestros derechos desde esa comunión y en el respeto por la diversidad.

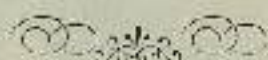
Las feministas de todo movimiento por los derechos de las humanas hemos intentado trabajar colectivamente en la reconceptualización de los derechos humanos desde una perspectiva de género o al menos incluyendo toda la diversidad humana. Desgraciadamente, lo que se entiende por perspectiva de género está siendo tergiversado y cooptado por distintos actores entre los que figuran aquellos que insisten que las mujeres no tenemos una agenda común. Por eso parte del reto que enfrentamos es entender que si el género es el conjunto de valores y características que determinan la masculinidad y la feminidad en cada cultura y en cada momento histórico, es obvio que para que realmente se pueda concluir que un determinado derecho ha sido reconceptualizado desde la perspectiva de género, es porque se ha reconceptualizado tomando en cuenta las necesidades básicas de hombres y mujeres de todas las edades, etnias/razas y orientaciones sexuales.

Estamos trabajando juntas mujeres

de distintas razas, etnias, edades, clases, oficios y profesiones, habilidades, creencias y religiones y de distintos continentes para reconceptualizar cada derecho desde una gran diversidad de experiencias, en el entendido que sí tenemos una experiencia común de subordinación. Trabajamos sabiendo que no repre-



La rebelión personal que debe sentir cada mujer para decidirse por el feminismo no se puede heredar.



sentamos al movimiento, ni a las mujeres de nuestra clase, raza o grupo, sólo a nosotras mismas. Sabiendo que lo que hacemos es una propuesta, no un dogma de fe. Esperando que las que vengan después de nosotras, las más jóvenes o las que aún siendo más viejas se integren después al movimiento, puedan y sepan mejorar nuestras propuestas.

Yo he podido dedicarme de lleno a las actividades alrededor de la reconceptualización de los derechos humanos y a la producción de teoría crítica del derecho desde una perspectiva de género sólo hace unos cuántos años. Antes tuve que trabajar en otros campos para ganarme la vida: fui directora general de la Compañía Nacional de Danza, fui abogada en un bufete, juez en una alcaldía. Trabajé en el Instituto Interamericano de Derechos Humanos dando talleres sobre la defensa de los derechos humanos en muchos países de la región. Ese trabajo fue muy frustrante porque debía hacerlo sin criticar el androcentrismo en la teoría y práctica de los derechos humanos.

En 1991, gracias al apoyo de la entonces Ministra de Justicia, Elizabeth Odio, pude diseñar un programa para y de las mujeres en el Instituto Latinoamericano de Naciones Unidas para la Prevención del Delito (ILANUD). He viajado a casi todos los países de América Latina dando talleres de capacitación en Género y Administración de Justicia, dictando conferencias sobre

múltiples temas relacionados con la subordinación de las mujeres y apoyando investigaciones en cárceles de mujeres y con mujeres discapacitadas. En cada país, he encontrado mujeres valientes y creativas que me han enseñado muchísimo. En cada país compruebo que a pesar de las diferencias, las mujeres tenemos muchísimo en común. Para mí, cada taller es un aprendizaje, no sólo intelectual sino en cómo ser mujer de una mejor manera. Cada taller me obliga a confrontarme con mis propios miedos, mis prejuicios y mis angustias. En cada taller compruebo mi capacidad para seguir sintiendo rabia ante el dolor de otra mujer que es mi propio dolor. Es más, creo que puedo decir que toda mi producción intelectual, que está muy relacionada con mi crecimiento emocional y espiritual, se la debo a las mujeres que han compartido conmigo sus cuestionamientos, sus dudas, sus alegrías y hasta sus agresiones.

Hoy, tras décadas después de que descubrí el feminismo, me sigo definiendo como feminista. Amo esta teoría, esta práctica y este movimiento que ha podido cuestionar al reino de los padres. Y, aunque mi vida como feminista no ha sido fácil -los patriarcas me han castigado mucho- nunca, ni por un segundo, he querido no haber encontrado los lentos del género. Sigo siendo, como todas las mujeres, una persona discriminada e infravalorada en esta sociedad, pero al menos sé por qué.

* Alda Facio. Jurista y escritora costarricense. Directora del Programa «Mujer, Justicia y Género» de ILANUD. Premio Internacional de los Derechos Humanos de las Mujeres, 1996; Directora fundadora del Carrus de Mujeres por una justicia de género en la Corte Penal Internacional, 1997.

⁽¹⁾ Colectivo feminista costarricense "La Ventana".



Foto: Inés de la Cruz, X. y. M. M.

POSIBILIDADES Y RIESGOS DE LA INSTITUCIONALIDAD

por Virginia Guzmán

La emergencia del feminismo en los años 70/80 en América Latina, ha constituido uno de los acontecimientos sociales y culturales más importantes y subversivos del siglo XX. Las ideas feministas surgen desde distintos rincones del llamado mundo occidental y se expanden

con gran fuerza y velocidad por los distintos países. Muchas de nosotras hemos sido testigos de como en menos de diez años se han debilitado muchas de las representaciones y expectativas más tradicionales hacia las mujeres y hombres así como también las expectativas presentes en las relaciones entre hombres y mujeres.

En sus distintas expresiones sociales y en sus producciones teóricas y culturales, el feminismo dio un nombre, sacó a la luz y puso en evidencia la existencia de la subordinación de las mujeres. Subordinación que se ancla en las relaciones de poder entre hombres y mujeres y que está profundamente imbricada con otras relaciones de poder y con la reproducción del orden social existente. El feminismo demostró también que los ejes de diferenciación social no se reducen a la clase social sino que también el sexo condiciona las experiencias de vida y el acceso a las oportunidades y a los recursos sociales.

El feminismo nos dio a las mujeres un nuevo marco de sentido que nos permitió afirmar colectivamente un "basta ya" que se nutría de la convicción de que era posible el cambio y construir una nueva forma de ser mujer, nuevas relaciones entre ambos sexos y una nueva cultura.

La producción teórica feminista, que en sus inicios surgió más bien al margen de los espacios académicos tradicionales, ha desafiado no solo el conocimiento acumulado en la historia, la literatura y las ciencias políticas, entre otras disciplinas, sino también, ha cuestionado los paradigmas de construcción de conocimientos. El conocimiento producido por el feminismo y su voluntad interpelante han contribuido a acelerar los propios cambios que se estaban produciendo al interior de distintas disciplinas.

A nivel social, el movimiento fue la expresión pero al mismo tiempo una condición indispensable para generar entre nosotras, las mujeres, un fuerte sentimiento de pertenencia a una experiencia social distinta a la de los hombres y para afianzar nuestra identidad como mujeres.

El establecimiento de redes estables y cotidianas entre mujeres de distinta procedencia social, cultural y étnica durante los ochenta, nos llevó a generar un espacio público al interior del cual construimos y difundimos nuevas concepciones, interpretaciones y discursos sobre la realidad. El movimiento creció motivado por la pasión, la ilusión y el convencimiento de ser una fuerza de cambio. En los espacios colectivos, en las redes, muchas de ellas de alcance internacional, compartimos concepciones y expectati-

vas y las afirmamos en propuestas culturales así como también transformamos nuestros problemas "privados" en públicos.

La vivencia de la experiencia compartida, la fuerza de la identificación mutua ayudó a potenciar la fuerza social de las mujeres. Sin embargo, trabó también los procesos de diferenciación interna, el reconocimiento de las diferencias entre las mujeres y el desarrollo de una conciencia de derecho individual. La constitución de liderazgos y la discusión de los mecanismos de representación han sido especialmente difíciles de resolver. La ambigüedad para abordar estos temas propició formas de ejercicio de poder poco claras y soterradas y la aparición de numerosos conflictos sin que existiesen mecanismos explícitos de solución.

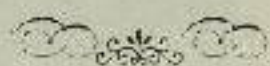
En la década del noventa, las ideas, las demandas y problemas planteados por las feministas permean con más fuerza los espacios institucionales debido en parte al ingreso de mujeres feministas a ellos.

La respuesta institucional a los problemas y demandas planteadas por el movimiento encierran la gran potencialidad de desencadenar procesos de mayor alcance para todas las mujeres al transformar las leyes, los procedimientos administrativos y las normas sociales que regulan las relaciones entre ambos sexos. Destacan los cambios en los códigos civiles, nuevas leyes, por ejemplo, contra la violencia familiar, cambios en los criterios de asignación de recursos por parte del Estado, la creación de mecanismos de consulta abiertos a las mujeres. En este sentido, la institucionalidad puede contribuir a dotar de estabilidad a los logros del movimiento y permite a las mujeres incidir en el sistema político. La participación de las mujeres de la década pasada dio lugar al fortalecimiento de su ciudadanía mediante el reconocimiento de nuevos derechos y el establecimiento de procedimientos jurídicos claros en el caso que ellos fueran violados.

Este proceso es facilitado por el proceso de globalización económica y cultural que ha generado un nuevo espacio público internacional en torno a las conferencias y cumbres convocadas por las Naciones Unidas en estos últimos años. En ellas, el movimiento feminista

alcanza una presencia y visibilidad pública internacional y los gobiernos son compelidos a modificar la institucionalidad vigente y los procedimientos jurídicos y administrativos para acoger las demandas de la agenda del movimiento feminista y de las mujeres.

**En la década del
noventa, las ideas,
las demandas y
problemas
planteados por las
feministas permean
con más fuerza los
espacios
institucionales
debido en parte
al ingreso de
mujeres feministas
a ellos.**



Sin embargo, este proceso de institucionalización es contradictorio. Por un lado, posibilita como ya hemos dicho, el reconocimiento y afirmación de los derechos de las mujeres y da estabilidad a los logros. Pero por otro, encierra el riesgo de que las demandas y problemas pierdan su sentido y sean despojados de su dimensión crítica en el proceso de apropiación institucional, al ser extraídos de las concepciones y orientaciones básicas que los sustentan, y ser conciliados con otros intereses. Este riesgo es tanto mayor cuanto la posibilidad de innovación, de propuesta y de las mujeres se da desde una posición de menor poder que otros actores.

Por otra parte, si bien el ingreso de algunas de las ideas e ideas del feminismo y de algunos de los problemas y demandas expresan los avances del movimiento de mujeres, este proceso tiene lugar en un momento particular en que la presencia pública y formas de acción colectivas son menos visibles y las mujeres han perdido protagonismo como movimiento político.

De esta manera, la menor presencia pública y protagonismo de las mujeres como fuerza social y política en la última década coexisten con la difusión de las ideas del feminismo hacia nuevos espacios

sociales e institucionales. La inclusión de parte importante de los temas de la agenda feminista a las agendas institucionales ha conllevado que se despojen de su carácter más contestatario.

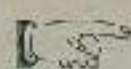
La situación actual del feminismo en sus dimensiones de teoría y propuesta cultural y de movimiento político, nos suscita las siguientes reflexiones:

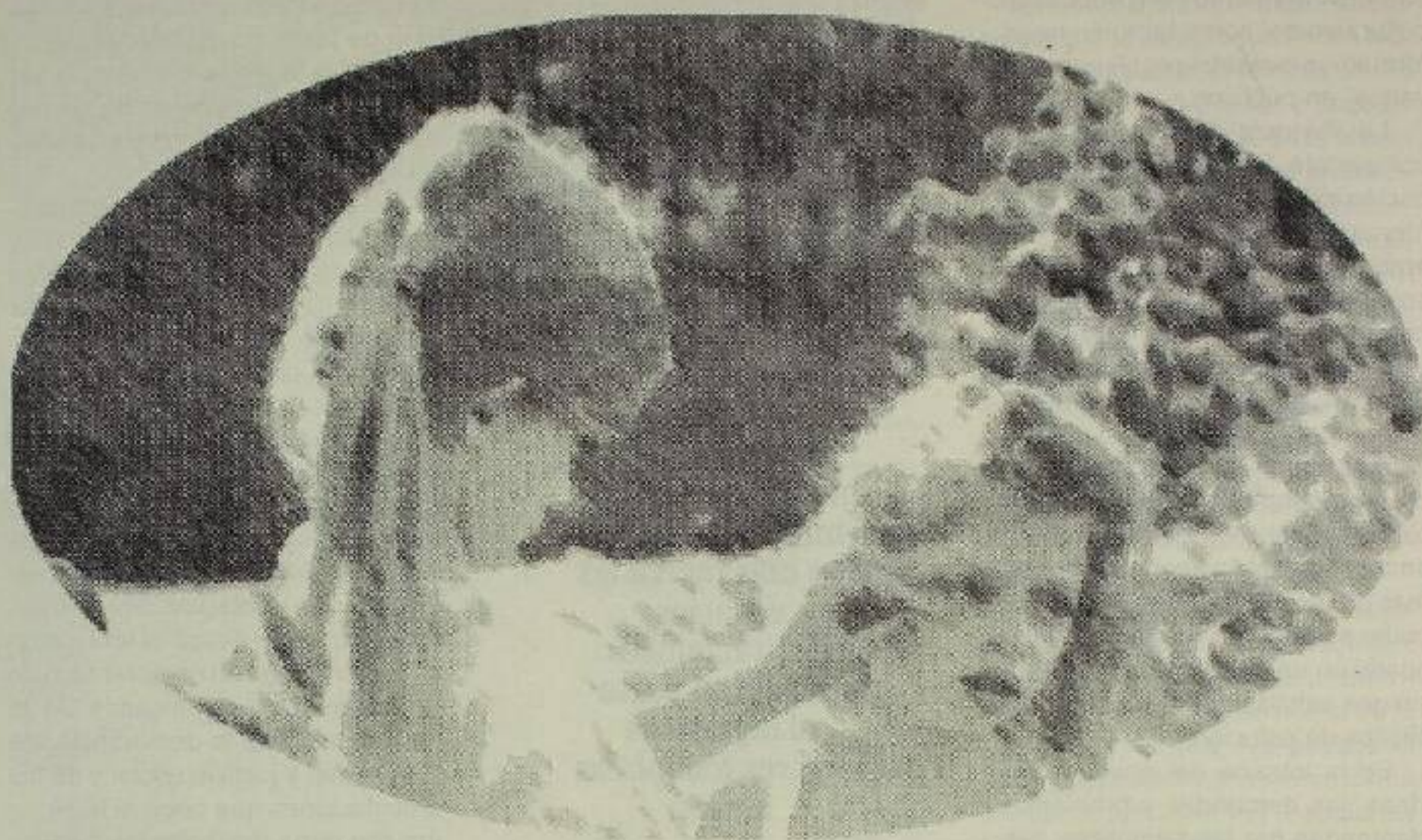
— Las diversas teorías y propuestas culturales del feminismo siguen vigentes y responden a los nuevos retos que plantea la construcción de conocimientos en un mundo más complejo donde las teorías universales han dejado de ser un marco de referencia. Por un lado, es urgente que desde el feminismo se profundice en la comprensión de los alcances y significados de la construcción de la democracia, de la igualdad y justicia social y de las articulaciones que unen al feminismo con otros movimientos culturales y políticos. En este sentido, está obligado a incursionar en el campo de la filosofía, la política y la historia. Pero también debe avanzar en la producción de conocimientos más específicos que den cuenta de algunos de los procesos que han tenido lugar en las últimas décadas, entre los cuales destaca el denominado como la institucionalización del género.

— El feminismo enfrenta el reto de debilitar las barreras que se interponen a la difusión de los conocimientos producidos para influir en forma más sistemática en la producción cultural y académica, sin perder por ello su creatividad ni ser domesticado en el momento de elegir sus áreas de interés, los temas y las formas de abordarlos.

— La menor fuerza política del feminismo podría ser la expresión de un proceso de reacomodo, de preparación de las distintas manifestaciones del movimiento a un nuevo escenario político-cultural, después de una fase pujante y de un proceso de apropiación de nuevas lógicas y códigos institucionales, podría ser el momento para hacer un alto y un balance de lo recorrido. De hecho, algunas de las producciones de las líderes e intelectuales del movimiento se orientan en ese sentido.

— La institucionalización de las demandas consolidan algunas conquistas del movimiento y afir-





man la ciudadanía de las mujeres. No obstante, la capacidad de cambio y transformación del Estado tiene sus límites en la medida que cumple la función de mantención y de conservación de un determinado ordenamiento social y responde a la presión de diversas fuerzas e intereses sociales y políticos.

En este contexto resulta importante preguntarse por las modalidades de relación entre las mujeres en la sociedad civil y el Estado. En primer lugar, creemos que es necesario afirmar el papel que le cabe al movimiento en la mantención de los temas de género en las agendas institucionales sin que pierdan totalmente su sentido inicial y sean reinterpretados a la luz de otros intereses. En segundo lugar, debemos recuperar la iniciativa en la construcción de las agendas y en la capacidad de abrirnos a los nuevos problemas emergentes.

— La experiencia pasada demostró que los espacios colectivos constituyeron el lugar donde las mujeres compartieron y politizaron su experiencia. Cabría preguntarse por los espacios o lugares que en la actualidad convocan a mujeres y les permiten procesar no sólo los problemas que abordan en un mundo tan cambiante sino también reflexionar sobre el significado que tienen para ellas las transformaciones en las relaciones de género.

— En la década pasada la ac-

ción política de las mujeres afirmó el carácter común de las experiencias de las mujeres, un mismo discurso les servía para interpretar su realidad. En la actualidad las mujeres están más conscientes de sus diferencias y se han organizado en torno a ellas. Les es claro que es distinto ser blanca o negra, pertenecer o no a otra cultura, estar cerca o lejos de los lugares de decisión. Un gran desafío se refiere a las formas de articulación de estas distintas expresiones del movimiento.

Este proceso de institucionalización es contradictorio.

Por un lado, posibilita el reconocimiento y afirmación de los derechos de las mujeres. Pero por otro, encierra el riesgo de que las demandas y problemas pierdan su sentido y sean despojados de su dimensión crítica.



Un tema de particular relevancia lo constituye lo que se ha dado en llamar el recambio generacional del movimiento. Resulta entonces urgente preguntarse por las jóvenes, por sus expectativas y la manera en que viven el hecho de ser mujeres, por los temas que las conciernen, por los aspectos de su realidad que están dispuestas a cambiar.

— Las asambleas, los grupos temáticos, los encuentros, las redes han sido hasta el presente las formas más recurridas para articular el movimiento y mostrar su presencia pública. Sería conveniente estar atentas a las nuevas formas de articulación y de protagonismo político. Resulta especialmente interesante incorporar a las formas de acción del movimiento la actuación y presencia de mujeres feministas en espacios de deliberación pública donde discuten, junto a otros actores sociales, orientaciones, valores, normas y problemas de carácter más general que conciernen la construcción de una sociedad más justa y democrática.

** Virginia Guzmán. Chilena, psicóloga, posgrado en Ciencias Sociales. Fundadora del Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán (Perú); Subdirectora e investigadora de Centro de Estudios de la Mujer Chile. Autora de «Construyendo Diferencias» (Edit. Flora Tristán), «Conocimiento como un hecho político» (Edit. CEM), «La dimensión de género en las políticas públicas» (Ediciones Isis Internacional).*

AUTONOMIA Y ESPACIOS DE ACTUACION CONJUNTA

por Judith Astelarra



Para poder responder a cuál es el futuro del feminismo a partir de mi experiencia de participación en él, en Estados Unidos primero, luego en España y fi-

nalmente vinculada al desarrollo del feminismo latinoamericano, me gustaría comenzar por hacer un poco de balance analítico sobre su historia.

Cuando el movimiento feminista de los setenta adquirió presencia pública, los analistas lo definieron como un fenómeno que formaba parte de los "nuevos movimientos sociales", surgidos en las sociedades industriales modernas. El redescubrimiento del sufragismo, hecho por estas feministas, permitió ver que las mujeres no se convertían por primera vez en un movimiento social en los setenta y que por tanto no eran un "nuevo" movimiento. El movimiento sufragista había sido muy potente, pero se había desintegrado poco antes de que se les otorgara el derecho al voto a las mujeres en muchos países occidentales. La concesión del voto y la desaparición del sufragismo hizo que los sectores políticos predominantes de la época consideraran que las mujeres ya no tenían problemas y se firmara el certificado de defunción del feminismo. Ello no fue obstáculo, no obstante, para que a finales de los setenta se produjera una nueva rebelión de las mujeres en contra de su situación social considerada discriminatoria. Resurgió el feminismo como un movimiento social y su movilización se trasladó también a las instituciones políticas, económicas y culturales.

¿Qué reivindicaban ahora las mujeres? El feminismo de los setenta y ochenta recogía la demanda de acceso a

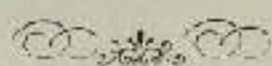


EP. Quiérogas, N. 28. 1980. A. L. A. B. J. A. T. A.

las actividades y puestos del mundo público donde estaban excluidas, ya no por prohibición legal sino por los usos y costumbres. Esta era una prolongación de la demanda sufragista. Pero, además planteaban tres grandes áreas nuevas de actuación. En primer lugar, señalaban que la biología no condicionaba a las mujeres para ser exclusivamente madres. Que tenían derecho a la sexualidad, al control de su cuerpo y a decidir libremente si quieren o no la maternidad. En segundo lugar, mostraban que las relaciones entre los hombres y las mujeres tienen un componente de poder. Lo personal es político fue el slogan que acuñaron para mostrar este hecho. Finalmente, señalaban que existe una dicotomía entre lo público (la economía, la política y la cultura) y lo privado (la familia) y que el rol que tienen las mujeres en el ámbito privado es tan importante para el funcionamiento social como el público. La familia es también una unidad de producción de bienes y servicios que descansa sobre el trabajo no sólo no remunerado sino no reconocido del ama de casa.

Unos años más tarde, cuando la visibilidad del feminismo decayó notablemente, se nos indicó que había llegado el momento del post-feminismo. En fechas recientes, muchas voces sabias nos dicen que

No se puede olvidar que las conquistas de las mujeres han estado asociadas a la movilización feminista no a la existencia de organizaciones femeninas.



ya ni siquiera hay que hablar de post-feminismo, que el feminismo ya no es necesario porque las mujeres han resuelto sus problemas. Al igual que cuando se les otorgó el voto a las mujeres se declaró que ya no quedaban reivindicaciones específicas, se ha vuelto a proclamar que el feminismo no es un movimiento social necesario. Pero, ¿ha desaparecido el movimiento femi-

nista? ¿Hemos de firmar su acta de defunción? Quizás conviene comenzar por recordar que un movimiento social no es un partido político o una organización que mantiene su existencia independientemente del grado de participación, movilización o acceso a los medios de comunicación. Por definición, un movimiento social puede expresar las inquietudes, demandas o críticas de un conglomerado social formado por grupos diferentes, con diversos grados de organización al que les une el compartir unos problemas y unas reivindicaciones comunes. Esta diversidad es la que ha caracterizado a los movimientos feministas antes y ahora. Como en el caso de otros movimientos sociales esto produce lo que podríamos denominar sus tiempos discontinuos.

En efecto, si comparamos las distintas oleadas feministas, lo que tienen en común sus demandas es que se basan en la constatación de que el sexo biológico se convierte en género social y que la articulación de este género social de hombres y mujeres produce una jerarquía de los primeros sobre las segundas y una evidente desigualdad social. Al género femenino se le asigna un status inferior que se traduce luego en la discriminación. Las sociedades y su organización social, económica y cultural han cambiado históricamente. Sin embargo, en cada caso se ha mantenido esta jerarquía entre los géneros y esta discriminación. Por eso el feminismo reaparece a través del tiempo. Como la expresión en cada período histórico es diferente, las mujeres se han encontrado con discriminaciones de diferente tipo y en cada uno de los períodos de "resurrección" del feminismo se plantean reivindicaciones específicas.

El feminismo, por tanto, tiene tiempos discontinuos de visibilidad y de movilización. Pero entre uno y otro período de presencia activa, siempre ha existido una red de mujeres y organizaciones de mujeres que siguen actuando. Muchos han indicado que este movimiento de mujeres es más amplio que el movimiento feminista, lo que es cierto. Pero no se puede olvidar que las conquistas de las mujeres han estado asociadas a la movilización feminista no a la existencia de organizaciones femeninas. Si hoy muchas mujeres no feministas o antifeministas tienen derechos políticos y



Revista
mujer/fempres

especial/fem

La
REVISTA
de la MUJER
LATINOAMERICANA

- Revista mensual
- Bases de Datos
- Diario Mural
- Cartas de Opinión
- Publicaciones

Búsqúenos en:
<http://www.fempres.cl>

pueden realizar actividades en el mundo público es porque otras mujeres, las feministas, lucharon por ello, dejando algunas veces su vida en el camino. Por ello, hoy por hoy, no es posible imaginar que mientras sigan existiendo discriminaciones de las mujeres, no llegue un momento en que vuelva a surgir un movimiento potente con nuevas reivindicaciones que correspondan a la percepción y a la definición que las mujeres que se

cer frente a las cuotas de discriminación que aún existen y convertirlas en reivindicaciones colectivas. El segundo desafío es que el rechazo a la jerarquía entre los géneros también sea asumida por los hombres en los

vindicaciones específicas y para que las mujeres puedan movilizarse y conseguir cuotas de poder para impulsar los cambios. Pero, si la autonomía se usa para excluir a los hombres de la solución de los problemas, es casi

Si la autonomía se usa para excluir a los hombres de la solución de los problemas, es casi imposible cambiar la realidad, a menos que se pretenda crear dos mundos separados.



movilicen hagan sobre lo que identifiquen como "sus problemas".

Creo que las feministas "históricas" hemos contribuido a producir importantes cambios en la vida de las mujeres. Sin duda, la magnitud de estos cambios ha sido diferente entre países, regiones o grupos sociales específicos. Pero, no se puede ignorar que las nuevas áreas de reivindicaciones feministas se han traducido en políticas públicas de igualdad de oportunidades y en el surgimiento de nuevas relaciones sociales, económicas y culturales entre las mujeres y los hombres. ¿Significa esto que se ha acabado con la discriminación? No, pero sí creo que se puede afirmar que hoy las mujeres están en situación de poder proponerse que milenios de patriarcado comiencen su derrumbe. El problema principal hoy es que esto no se producirá si los hombres no cambian también. Por ello, creo que hay dos importantes desafíos de actuación para el futuro.

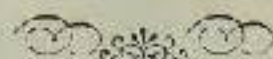
El primer desafío es que las mujeres jóvenes que hoy pueden disfrutar de una cuota de igualdad mucho mayor que la que nosotras teníamos, miren su propia realidad sin compararla con la de la generación anterior sino en términos de sus propios ideales, sueños y esperanzas. Sin duda que hoy ya tienen indudables ventajas, conseguidas precisamente por esas feministas de las que se quieren distanciar. Pero, también deben ha-

cer frente a las cuotas de discriminación que aún existen y convertirlas en reivindicaciones colectivas. El segundo desafío es que el rechazo a la jerarquía entre los géneros también sea asumida por los hombres en los ámbitos públicos y privados en que participan y se sumen colectivamente al esfuerzo por terminar con ella. Creo que estos dos desafíos constituyen una importante tarea de futuro del feminismo. Para llevarla a cabo, pienso que existen dos grandes tipos de problemas que han reaparecido en el accionar del feminismo antes como ahora. El primer problema surge de la excepcionalidad que tiene la desigualdad entre hombres y mujeres comparada con otras formas de discriminación. Es un tipo de desigualdad que a diferencia de todas las demás se produce entre dos colectivos cuya distancia social, en términos sociológicos, es mínima. Los hombres y mujeres comparten la sexualidad y la afectividad, lo más próximo que existe entre los seres humanos. Por ello es tan difícil asumir las contradicciones y en cuanto las mujeres mejoran algo su situación prefieren creer que la discriminación ya ha terminado. Es un diagnóstico en las que son acompañadas inmediatamente con gran entusiasmo por sus compañeros. De allí que cada generación de mujeres que hace frente a la discriminación pasa primero por un complejo problema de autoconciencia.

El otro problema es consecuencia de éste y tiene que ver con las formas de organización necesarias para producir los cambios. El feminismo requiere de una organización autónoma. Este fue un principio vital para el feminismo de los ochenta. Pero, como también los hombres deben cambiar, se debe buscar espacios de actuación común. La autonomía es necesaria para que puedan surgir las rei-

imposible cambiar la realidad, a menos que se pretenda crear dos mundos separados. Creo que las jóvenes tienen razón cuando se distancian y les disgusta la exigencia de la autonomía como el factor crucial para sus movilizaciones. Pero, si bien es importante que se busquen formas conjuntas de actuación, también las mujeres del futuro seguirán necesitando cierta autonomía, por lo menos para

Hoy las mujeres están en situación de poder proponerse que milenios de patriarcado comiencen su derrumbe.



poder negociar el recorte de las desigualdades que aún existen. En el futuro, el feminismo deberá ser capaz de hacer frente a estos dos problemas buscando soluciones adecuadas. Me parece que será la forma para que, aceptando lo que ya se ha logrado, sea posible seguir construyendo un mundo en el que algún día se pueda decir: "el patriarcado no es ya otra cosa que un recuerdo de museo".

Judith Astelarra, Socióloga española, académica de la Universidad de Barcelona desde 1977, ex decana de la Facultad de Políticas y Sociología. Miembro del Consejo Rector del Instituto de la Mujer de España, desde 1983 hasta 1991. Compañera de ruta del feminismo latinoamericano.



CONTRA LA POBREZA Y LA EXCLUSION

por Kate Young

Ser feminista hace 30 años atrás era ser parte de una excitante, temeraria exploración con mujeres de todo el país (de Europa y de USA), de diferentes orígenes y diferentes expectativas sobre sus vidas. El movimiento feminista no era un tario, estaba profundamente fracturado en términos de clase y en términos políticos, pero muchas de nosotras sosteníamos una visión de futuro que era una alternativa para las mujeres. No teníamos que estar casadas, tener hijos, ser buenas y hacendosas amas de casa; podíamos y debíamos desafiar a nosotras mismas, ser osadas e imaginativas en la elección de nuestras carreras; podíamos y debíamos retar a nuestros amigos, amantes, compañeros, a compartir el trabajo doméstico y el cuidado de los niños, para respetarnos y valorarnos. Diversidad y diferencia era nuestra fuerza. Lamentablemente, demasiado pronto, nuestra inhabilidad para trabajar creativamente con la diversidad y la diferencia, llevó a peleas y recriminaciones por parte de lesbianas, negras, mujeres dedicadas a la maternidad y al cuidado de la familia, quienes se volvieron



contra la mayoría del movimiento, blancas, educadas y de clase media. El movimiento estaba segmentado en feminismo radical, quienes por mucho tiempo vieron al hombre como el problema principal y anhelaron crear todo un ambiente de mujeres donde pudieran sentirse confortables; feministas burguesas, quienes buscaron un desarrollo individual, sin pensar en las demás; feministas socialistas que argumentaban que el sistema capitalista necesitaba ser cambiado si verdade-

ramente las mujeres querían liberarse; feministas negras, de origen africano o afrocaribeño, comprometidas con la familia y necesitando que les prestara mucha atención a los corrosivos efectos del racismo en sus vidas; y así las divisiones y los grupos se siguieron multiplicando. Creo que el feminismo hoy día se mantiene vivo y bien en Gran Bretaña, pero se ha transformado en algo mucho más amorfo que un movimiento y, ciertamente, menos mujeres que hace 30 años atrás se

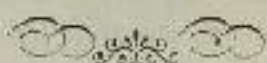
asumen como feministas. Pero hay mujeres en toda Gran Bretaña que trabajan para lograr cambios positivos y están apoyando a otras mujeres en su círculo inmediato, ya sea en el trabajo o en el hogar. Es poco probable que, en el futuro, vuelvan a marchar masivamente por las calles de Londres, como acostumbrábamos; pareciera que las demostraciones callejeras están, en general, fuera de moda. En la reunión anual de sus respectivas profesiones, las mujeres discuten estrategias para el cambio, como las gremiales, o en organizaciones e instituciones de la mujer se discuten los derechos humanos de las mujeres y, particularmente, el derecho a la integridad del cuerpo y a una vida libre de violencia y de miedo.

Más allá de los límites nacionales, pareciera que la persecución de iguales oportunidades e igual tratamiento ante la ley ha sido más exitosa internacionalmente. Ciertamente, las varias conferencias de la O.N.U. (Naciones Unidas), reuniones de comités, pre-conferencias, etc., han atraído a mujeres de todo el mundo y, desde las primeras y confrontacionales reuniones de los 70's, las mujeres, tanto en los círculos de las Naciones Unidas como en los gubernamentales han aprendido a negociar, formar alianzas y empujar por acciones de gobierno más específicas que deberían beneficiar a mujeres de todos los sectores sociales. Los acuerdos obtenidos en las Conferencias Internacionales, en Nairobi (1985), "Estrategias a futuro", y Beijing 1995, la Plataforma de Acción, dieron a los grupos locales, en los países signatarios de estos acuerdos, valiosa justificación para su propio activismo.

La proliferación de grupos de mujeres y organizaciones a través del mundo testimonia su determinación a cambiar prácticas sociales negativas, creencias y comportamientos que les niegan la posibilidad de una vida plena y creativa, realizando una importante contribución al desarrollo de sus propias comunidades. Muchos de estos grupos han puesto más esfuerzos en la lucha contra la pobreza, o la discriminación religiosa, que en la desigualdad entre hombres y mujeres. Muchos también se preguntan por qué los gobiernos nacionales gastan millones en la adquisición de armas de destrucción masiva y no disponen de recursos que provean de agua corriente a las comunidades, les niegan educación o prevención básica de salud, y la violencia contra

las mujeres sigue siendo considerada como una práctica legítima en la confrontación de etnia o de clase. Estas pueden no llamarse a sí mismas feministas, pero su cuestionamiento del *status quo*, su determinación de mejorar la suerte de sus hijos termina, inevitablemente, por hacerlas cuestionar el que las mujeres tengan menos derechos y de menor valor, y ver cómo esta lógica puede ser cambiada.

**Posiblemente,
el mayor desafío
para las
feministas sea el
identificarse
con la lucha de
la mayoría de
las mujeres
contra la
pobreza y la
marginación.**



Posiblemente, el mayor desafío para aquellas que se van a sí mismas como feministas sea el identificarse más de cerca con la lucha de la mayoría de las mujeres contra la pobreza y la marginación general, y encontrar estrategias que lleven a mujeres y hombres a colaborar y llegar al consenso de que una relación desigual entre hombres y mujeres socava, más que fortalece, la lucha fundamental.

El feminismo ha sido atacado por una amplia gama de personas, tanto hombres como mujeres, por haber exagerado la división macho/hembra, por exacerbar la autosuficiencia y el narcisismo entre las mujeres, por socavar en los jóvenes varones un sentido de orgullo en su masculinidad, por devaluar la maternidad y el altruismo, por ser culturalmente insensible, por adular la diversidad, por imponer una visión particular sobre el tipo de relaciones de género que las propias mujeres deben tolerar, por desestimar y no valorar aspectos cooperativos entre hombres y mujeres, acentuando lo conflictual.

Algunas de estas críticas tienen un grado de verdad, pero están tomadas fuera de contexto. Si el orgullo de los jóvenes varones en su masculinidad sólo es generado por su habilidad de someter a las jóvenes, enton-

ces algo anda mal. Pero, evidentemente, se niega el contexto que produce jóvenes violentos, desesperados y sin afecto, mal educados, con mínimas expectativas de obtener un trabajo estable dada la desaparición del sector manufacturero en el cual sus padres y abuelos trabajaron, bombardeados por el mensaje de la sociedad de consumo que los habilita para adquirir jeans de moda, zapatillas, teléfonos móviles, autos, determinantes del status social de la masculinidad exitosa y de la habilidad para atraer mujeres.

Mi slogan favorito, "Democracia en el país y en la casa", nos lleva a preguntarnos qué entendemos por democracia.

Democracia en casa, ¿mi derecho de insistir que él comparta en todas las actividades o mi derecho a insistir que puesto que yo amo la cocina y odio la limpieza, él debe limpiar mientras yo cocino? ¿una especie de ventajas comparativas en la casa? ¿Y en el país?, ¿votando cada cinco años por un partido político que reniegue los compromisos planteados en su manifiesto?, ¿se satisface con la geopolítica machista que trae la destrucción devastadora en el presente y una devastación incalculable en el futuro, a través de un posible y permanente daño ecológico? ¿Y qué acerca de la democracia en el lugar de trabajo, cuando las ganancias caen y los accionistas se inquietan?, ¿deben ser despedidos los trabajadores para preservar trabajos en el futuro? ¿En un lugar de trabajo democrático, se toman en cuenta las responsabilidades de los trabajadores en el hogar cuando deciden a quién contratar y a quién despedir? ¿Mantener trabajadores mayores con menos habilidades modernas, pero con muchos empleados, o trabajadores jóvenes llenos de energía y nuevas ideas?

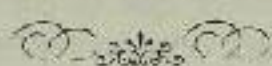
Los debates sobre hacia dónde debe dirigirse el feminismo deben ser ubicados en realidades particulares y específicas. Planteando este conjunto de debates se puede dar una idea del rango y diversidad de la dimensión feminista.

En mi propio país, quisiera apuntar dos grandes temas. ¿Cómo hacer que la violencia contra la mujer sea tan inaceptable socialmente que llegue a ser una rareza excepcional en cualquiera de las comunidades culturales que componen la Gran Bretaña de hoy día?, ¿cómo hacer que la



violencia física o de riesgo de vida contra cualquier ser humano sea un comportamiento repudiado por ambos, hombres y mujeres? En segundo lugar, ¿cómo reestructurar el patrón de trabajo y vida en el hogar de modo que ambos, hombres y mujeres, puedan satisfacer-

Nosotras necesitamos recrear el entusiasmo por la visión de las primeras reformadoras sociales.



se como padres y como trabajadores individuales? Es un hecho bizarro que a finales del siglo XX los empleadores no puedan acomodar arreglos laborales flexibles que permitan a padres jóvenes dedicar tiempo valioso con sus hijos, durante el día. Es igualmente extraño que las empresas no puedan pagar un sueldo digno a los trabajadores, por 7 horas de trabajo diario (35 sema-

nales, ndr) y que sea necesario trabajar sobre tiempos para finalmente lograrlo. Es bizarro que para satisfacer requerimientos de accionistas y obtener dividendos aceptables de sus acciones, se requiera reducción de personal, es decir, que buenos trabajadores, hombres y mujeres, tengan que engrosar las filas del desempleo. Es obsceno que al amanecer de un nuevo milenio, cler-

las personas reciban 20 veces el salario promedio como aporte de bonos y adquisiciones de acciones. Que un millón de jóvenes no pueda encontrar trabajo, que el color de piel de algunos sea un determinante prioritario de valorización social y de la empleabilidad.

Nosotras necesitamos recrear el entusiasmo por la visión de las primeras reformadoras sociales: una sociedad no escindida por distinciones sociales basadas en riqueza y posiciones, sino una sociedad donde el individualismo pueda florecer pero sus ganancias se distribuyan a toda la sociedad. Donde hombres y mujeres tengan iguales oportunidades para realizar sus potencialidades, y donde ambos unan esa creatividad para beneficiar a las generaciones venideras; donde las enormes inequidades en regiones y países sean eliminadas.

El impulso por el cambio y la renovación vendrá, me parece, dearnos cuenta que la actual relevancia de las identidades singulares, de los nacionalismos y particularidades, nos están llevando a un mundo inestable, conflictivo, más que solidario. Las mujeres y los hombres son creaturas de su tiempo, ¿pero tenemos nosotras la habilidad de empatizar con los miedos de nuestros hijos, y desafiar la actual corriente de las diversidades hostiles? Si encontramos la fuerza para realizarlo no podremos ya estar limitadas a lo local, sino extendemos hacia mujeres más allá de las fronteras nacionales y hacia aquellas con las cuales no tengamos nada en común sino el imperativo de formar alianzas para alcanzar una meta común. Y así, trabajar a través de las diferencias que nos dividen para alcanzar esa solidaridad en la diversidad, en la cual pensamos hace tanto tiempo, que puede hacer poderosa nuestra sororidad. (Traducción: Viviana Erazo).

* **Kate Young**, Antropóloga social inglesa, académica e investigadora. Principal organizadora de la investigación de género en el Instituto de Estudios sobre Desarrollo; creadora del primer Magister en «Género y Desarrollo» en Gran Bretaña. Fundadora de «Womankind worldwide», Agenda para el Desarrollo que apoya a grupos de mujeres en países de África, Latinoamérica y Sudáfrica.



Revista "Mujer/fempres" Suscripción Anual

(12 números de la revista y los especiales)

Latinoamérica y el Caribe	US\$55.00
Estados Unidos y Canadá	US\$65.00
Todos los demás países	US\$70.00
Chile	(IVA incluido) \$23.000

Todos los precios incluyen gastos de correo aéreo

- Para el extranjero:

Enviar Orden de Pago (Money Order), al: Chase Manhattan Bank 825, U.N. PLAZA, N.Y., 10017, USA. Cuenta: ILET FEMPRESS # 014-135723 o cheque por correo certificado a la Casilla 16.637, correo 9, Santiago, Chile.

- Para Chile:

Enviar cheque —por correo certificado— a nuestra sede (Casilla 16.637, Santiago 9), a la orden de: ILET (FEMPRESS) o depósito en la cuenta N° 000-06-31913-1 del Banco del Desarrollo, Sucursal Providencia, Santiago 9.

(por favor confirme con nuestra sede, adjuntando copia del depósito)

CAMBIOS PARA EL CONJUNTO DE LA SOCIEDAD

AYER Y HOY

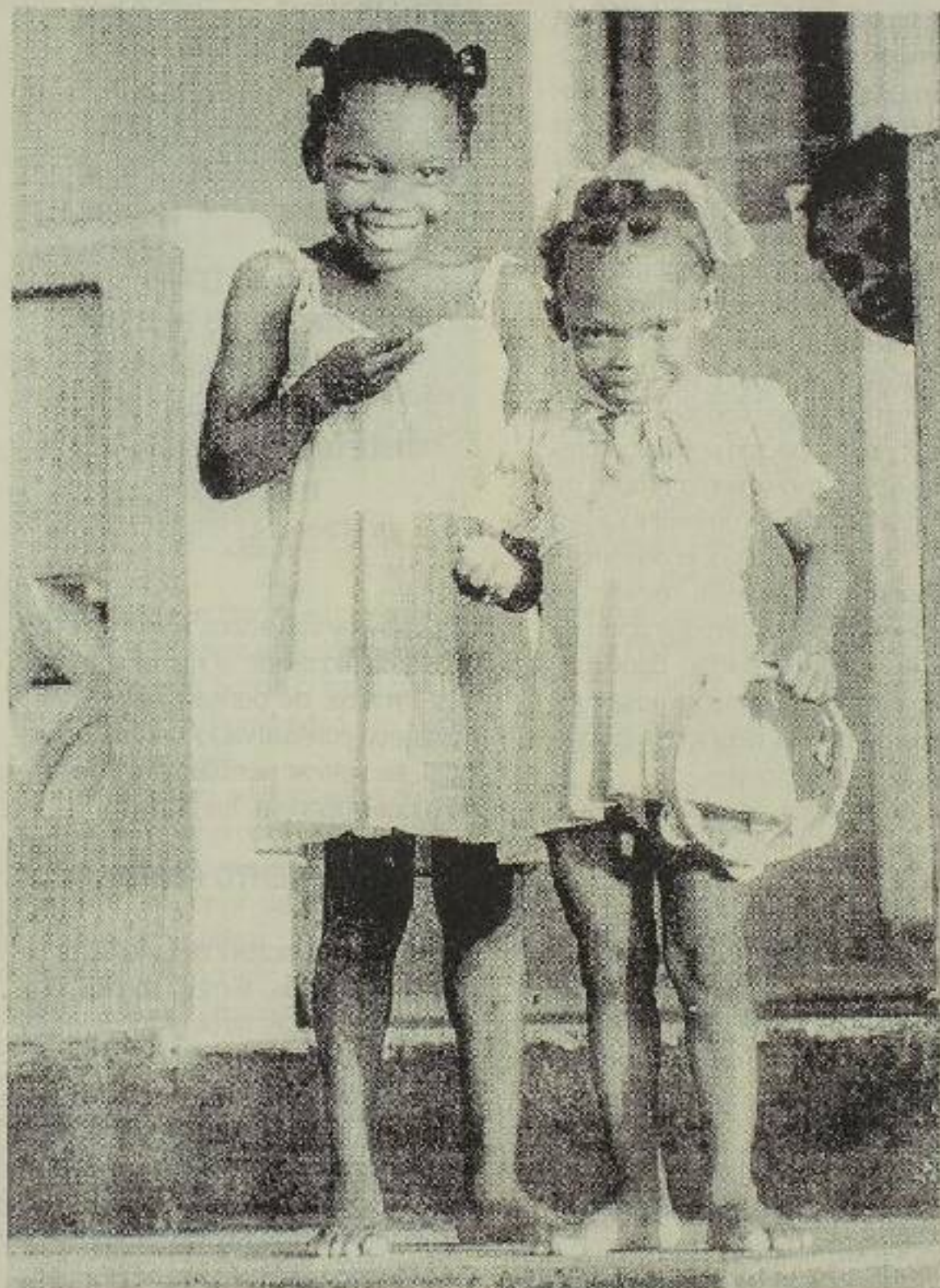
Conjugar en singular o plural, el feminismo, los feminismos actuales. Hay vertientes muy distintas entre sí, tanto, que a veces no sé qué es lo que tienen en común fuera de cuestionar todas ellas las sociedades patriarcales. También el patriarcado tiene innumerables caras. Supongo que muchos patriarcas latinoamericanos se espantan al saber de la mutilación genital de las mujeres en los países musulmanes, pero no tienen reparos en consagrar jurídicamente que una mujer vale menos que una vaca. Así es en el Paraguay, en donde se penaliza más duramente el abigeato que la violación, envuelta en una muy avanzada denominación de "delitos contra la libertad sexual".

Hace doce años yo decía que una feminista cumplía tres condiciones mínimas: a) reconocía la existencia de discriminación a las mujeres, b) consideraba que ello era una expresión cultural, social y no provenía de un orden divino o de la naturaleza y c) trabajaba para transformar el orden patriarcal en uno con igualdad entre mujeres y hombres. El reconocerse como tal es evidentemente fundamental, ya que no toda mujer que lucha por la igualdad es feminista, sino que es una adhesión a una corriente política y de pensamiento que no requiere de carnet partidario.

De ahí en más para mí todas son feministas. Visión provinciana quizás, de feminismo crecido en una larga dictadura. El aislamiento del Paraguay hizo que recién después de un tiempo haya entrado en un relacionamiento personal con las feministas de otros países, a las que conocíamos de lecturas. Tampoco había estado en contacto con vertientes esencialistas y maternalistas del feminismo. Y como provenía de un pensamiento humanista historicista, ni se me ocurría pensar que las mujeres *per se* eran buenas o mejores que los varones. Como teníamos tan poco poder público no suponía que lo que más enojaba a algunas feministas fuese que otra feminista tuviese poder político o prestigio social.

El feminismo hoy en día sigue siendo varias cosas: una contracultura de-

por Line Bareiro



E.F. Lacerda / Contraste, N.º 20, 1983

democrática frente a una cultura autoritaria; una corriente de pensamiento político con distintas tendencias... El feminismo plantea que debe haber un cambio de vida con un imaginario heterogéneo. Es también una de las pocas certezas actuales. Nadie sabe muy bien lo que se debe hacer para que el mundo sea mejor, pero es muy difícil que se cuestione que para ello tiene que terminar la desigualdad de las mujeres.

Nuestras antecesoras sufragistas forzaron el reconocimiento de las mujeres como sujetos plenos de derecho. El

haber conquistado formalmente la ciudadanía, con todas sus deficiencias, permitió que en este renacer que ya lleva treinta años, pudiésemos ir sacando las distintas capas a la cebolla social. Desde que comenzaron a levantarse consignas como que "lo privado es político", pocos temas han dejado de analizarse y de cuestionarse la manera en que la ciencia, la filosofía y la política androcéntrica miraba y dominaba el mundo.

El análisis de la discriminación en cada ámbito y



expresión fue y es fundamental. Las reivindicaciones y propuestas se fueron transformando. Habiendo ganado una batalla de autovalorarnos. Se rescató la diferencia como valor. La igualdad importa entre diferentes y no entre idénticos.

Juntando el pensamiento de Nancy Fraser y de Elena Simón diría que el debate se centró en tres ejes: reconocimiento de igualdad siendo diferentes, exigencia de redistribución del poder, la riqueza y la cultura, y la reivindicación de la ética del cuidado. Por un lado somos las otras de la humanidad. Y se levantaron otrasidades diversas, desde el placer sexual, la diversidad de opciones sexuales, el derecho a decidir sobre el propio cuerpo, el lenguaje, las diferencias étnicas, raciales, sociales y de nacionalidad.

El análisis de género y la perspectiva de equidad de género, generaron un verdadero renacimiento científico, intelectual y político. Como categoría analítica, el género se mostró tan fructífero como antes las clases sociales. Unido a una mayor participación política, al crecimiento de un movimiento amplio de mujeres y a la inserción de feministas en ámbitos de poder público, el desarrollo del pensamiento permitió revisar las leyes sobre filiación, administración de los bienes de la sociedad conyugal, adulterio, delitos contra la libertad sexual, derechos humanos, relaciones laborales y sistemas electorales.

Las propuestas se fueron refinando. La igualdad formal no bastó para generar igualdad real y de trato. Se pasó a proponer pequeñas modificaciones institucionales como la creación de mecanismos estatales para la igualdad, con un objetivo relativamente simple: que el Estado desarrolle políticas públicas para mujeres y hombres, sin perjudicar a ninguno.

Al igual que del liberalismo, se tomó mucho prestado del pensamiento socialista. Muchas feministas pasaron a cuestionar la lógica política de mercado y, como los viejos socialistas afirmaron que si no se actúa contra las injusticias y no se acciona para corregirlas éstas se profundizan. Así, las acciones positivas ocuparon una parte importante de la agenda, llegando a ser debatida y consagrada en instituciones locales, nacionales e internacionales.

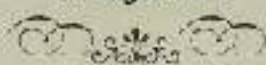
Casi no hay un campo de la actividad humana que no haya sido en algún momento un ámbito de disputa del feminismo. Uno de los más interesantes posiblemente sea el de la comunicación social, en el que se conjugan lenguaje, participación, visibilidad, poder,

dinero y está lejos de ser igualitario.

Como puede verse, me inscribo en un feminismo de la igualdad que rescata el valor de la diferencia y me cuesta muchísimo hablar de todos los feminismos haciéndoles justicia. Es que quizás no haya llegado a comprender muy bien el rescate de una esencia femeni-



**Ya no se trata
solamente de pensar
en términos de
terminar con la
discriminación de las
mujeres.**



na positiva y salvadora. Decir que ese pensamiento divide al mundo en buenas y malos, de pensamiento binario maniqueo y conservador del orden desigual, es valorar posiblemente de manera equivocada a "las otras".

EL MOVIMIENTO FEMINISTA

Quema de corpiños, toneladas de papeles, revistas, e-mail, libros, páginas web, películas, tarot, grupitos, organizaciones, ONG, manifestaciones colectivas, individualidades, debates, peleas, racionalidad, intuición, algunas canciones, amistades, internacionalismo y localismo, todo mezclado. No tengo dudas de que existe el movimiento feminista, pero no pude responder a la pregunta de una muchacha peruana que una vez fue a buscarme al aeropuerto de Lima y me preguntó ¿cómo se hace para entrar al movimiento?

No es fácil, porque no ha sido construida una estructura a la que una persona pueda afiliarse para ser parte, como en los partidos políticos, sindicatos, organizaciones campesinas. No se muy bien si es virtud o defecto, y ni siquiera me interesa saberlo.

Indudablemente hay personas feministas que influyen con sus escritos, con sus testimonios de vida. Hay grupos que aparecen y desaparecen, que

se juntaron para leer, debatir, o hacer alguna acción conjunta. Hay organizaciones que se definen como feministas y abren casas de la mujer, asesoran a mujeres víctimas de violencia, abren paso a los derechos reproductivos y sexuales, tratan de desentrañar los códigos del poder masculino, piensan en clave femenina para las mujeres, para la sociedad. Algunas son autosolventadas o no tienen más recursos económicos que los de sus integrantes, otras se han convertido en organizaciones no gubernamentales que cuentan con fondos generalmente de la cooperación internacional. Y esos fondos existen porque otras feministas han convencido en los países ricos que se deben apoyar iniciativas por los derechos de las mujeres o que deben tener un mejor lugar en los procesos socioeconómicos, o en las organizaciones políticas y el Estado. Además de las diferentes visiones, el manejo o no de recursos económicos marcó diferencias profundas entre las feministas latinoamericanas.

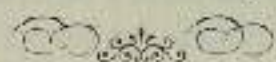
Desde inicios de los años 80, de la mano de pioneras como Giovanna Merola se convocó cada tres años a encuentros feministas. Primero fueron pequeñas reuniones internacionales de quienes comenzaban a pensar en clave mujer y se inscribían en esa corriente internacional dando golpes al patriarcado. Después, con la expansión de las ideas feministas en el movimiento amplio de mujeres, los encuentros se fueron masificando. Se fueron formando también redes sobre temas claves como comunicación, violencia, derechos reproductivos y participación política. Las feministas se fueron abriendo paso en las Universidades y en diversos espacios antes masculinos, menos en el sacerdocio católico y las Fuerzas Armadas.

Las diferencias se fueron evidenciando en los encuentros feministas. En Taxco se trató de reencontrar un lenguaje común y en Cartagena se vivió dolorosamente que quienes habían conducido uno de los procesos más participativos y exitosos del movimiento feminista conectado a las mujeres de los más diversos sectores y a las instituciones nacionales e internacionales, eran tratadas como traidoras por otras. Nadie las defendió sino ellas mismas con poco éxito porque estaban perplejas. Un importante sector que conoció muy bien el proceso a la IV Conferencia Internacional sobre la Mujer realizada en Beijing en 1995, decidió que no tenía nada que ver con nadie: ni las unas ni las otras se llamaron a sí mismas.

El escenario de la preparación de la Conferencia de Beijing fue propicia en América Latina para una de las más amplias experiencias de organización y participación de las mujeres con liderazgo feminista. El rechazo a la designación de la coordinadora nombrada por Naciones Unidas y la propuesta de que una de las feministas con mayor prestigio y trayectoria, como es Gina Vargas, fuese la coordinadora significó el ejercicio de un tipo de ciudadanía desconocido hasta ese momento. No más de ocho feministas de diversos países reunidas casualmente en Santiago, en octubre de 1993, movizaron en menos de dos días al continente. Las redes estaban tendidas y era posible actuar con eficacia.

La Coordinación Latinoamericana y el Caribe de ONG fue la mayor experiencia de articulación feminista vinculada al conjunto de organizaciones de mujeres. Duró dos años y no pudo encontrarse una forma organizativa que tuviese continuidad y fuese adecuada a

Poder proponer las ideas y los mecanismos para un futuro mejor para la humanidad y llevarlas a la práctica implica el desarrollo de liderazgos feministas transformadores que puedan trascender los pequeños o grandes ghettos de mujeres.



las ideas de democracia, participación, horizontalidad.

La ausencia de una gran organización regional no es obstáculo para que el movimiento feminista latinoamericano sea internacional. Además de las redes más o menos formalizadas hay un continuo flujo de comunicación por afinidad de propósitos, por llevar adelante proyectos comunes o simplemente por amistad. Hay también un aprendizaje de manifestaciones concretas de solidaridad, fundamentalmente ante situaciones de riesgo. Como se pudo vivir ante el secuestro de la colombiana Pilar Córdoba o el asesinato de la dirigente peruana María Elena Moyano.

UN FUTURO DESAFIANTE

En este fin de siglo y de milenio no se cuenta con una apuesta de futuro mejor para la humanidad, como fue el libera-

lismo y la descolonización a fines del siglo XVIII, y el socialismo y el sufragismo a fines del XIX. La mundialización de la economía capitalista, la revolución microelectrónica y comunicacional y la tendencia a establecer bloques de integración que modifican la soberanía de los Estados Nacionales, nos colocan a mujeres y hombres ante un nuevo escenario crítico. Se precisa construir una institucionalidad que sea capaz de regular democráticamente las nuevas relaciones sociales y la economía. De otra manera la OTAN y el Consejo de



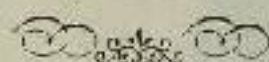
Seguridad de las Naciones Unidas, con sus cinco miembros vitalicios, decidirán solos lo que es bueno o malo para el conjunto de la humanidad, es decir, para sus intereses.

El feminismo se encuentra ante el gran desafío de proponer los cambios para el conjunto de las sociedades y para la construcción de una nueva institucionalidad política. Ya no se trata solamente de pensar en términos de terminar con la discriminación de las mujeres, que nunca debe olvidarse. Tampoco se pueda pensar al Estado solamente como una pequeña oficina. Antes bien, las "nuevas voces de la ciudadanía plena" deben poder articular el discurso democrático para que en cada pueblo, ciudad, país, continente y en el planeta, los hombres y las mujeres de las diferentes razas, etnias, clases sociales puedan tener igualdad de oportunidades y participar en las decisiones que afectan a sus vidas. Ese discurso implica propuestas de cambio cultural, de transformación social, de producción científica y simbólica, de desarrollo económico, de gestión, de resolución de conflictos, de legislación y sobre todo de justicia en un mundo que es cada vez más injusto.

Evidentemente ello implica desafíos a la creatividad incluso para la transformación de las propias prácticas organizativas. No debemos olvidar que la gran

diferencia entre los viejos socialistas y las sufragistas fue que cuando los unos conquistaron el voto para los hombres no propietarios, crearon los partidos políticos modernos y encontraron una gran herramienta de participación, en tanto que las otras o volvieron a sus casas o se perdieron como subtemas en organizaciones dominadas por varones. El desafío organizativo está en la

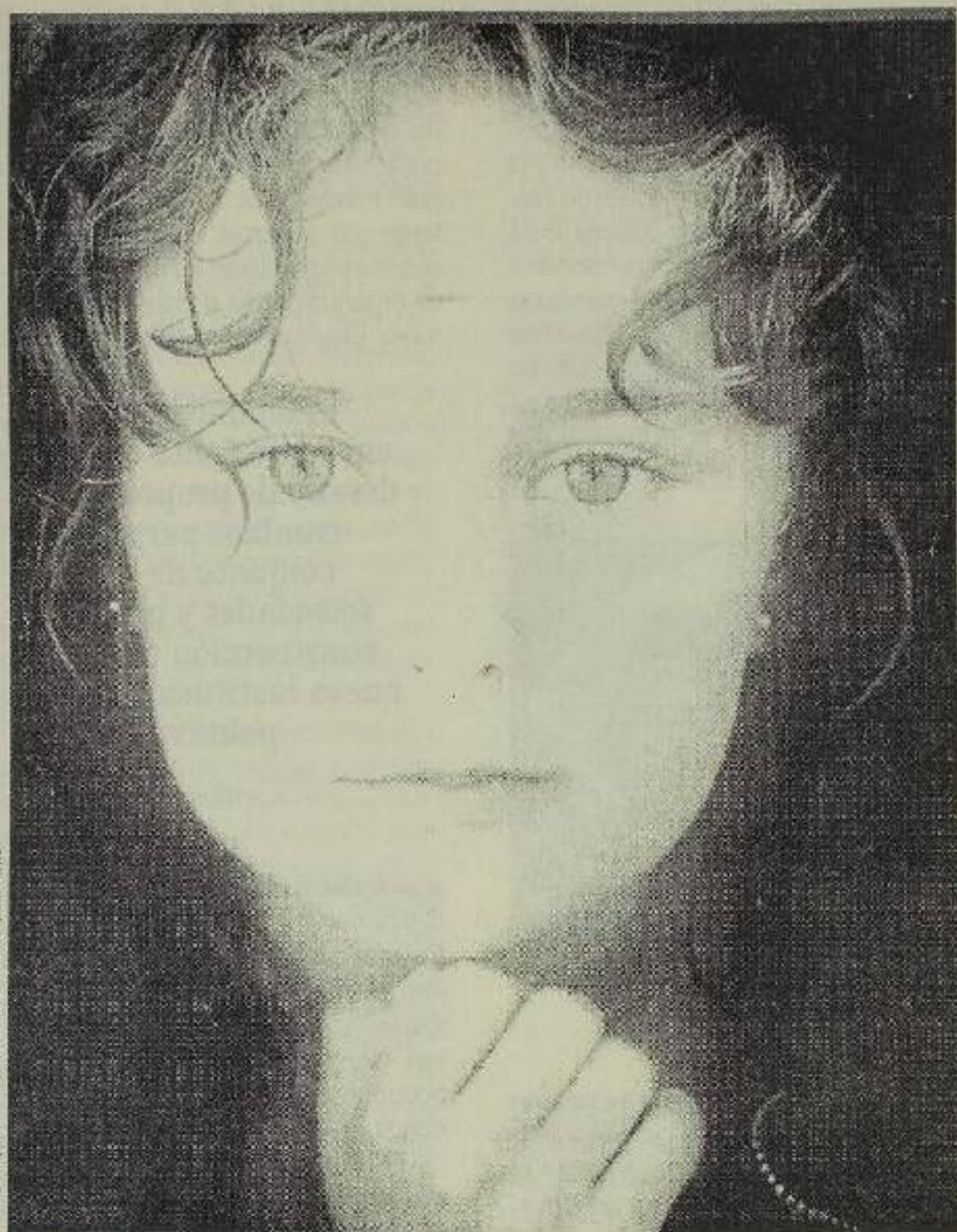
El feminismo se encuentra ante el gran desafío de proponer los cambios para el conjunto de las sociedades y para la construcción de una nueva institucionalidad política.



agenda feminista latinoamericana y del Caribe desde la Conferencia de Beijing. Pero aún no se han encontrado las formas que sean lo suficientemente igualitarias, democráticas y participativas que puedan satisfacer a la gran heterogeneidad de trayectorias, vivencias e intereses feministas.

Finalmente debemos hablar del desafío de liderazgo. ¿Tenemos ya suficientes saberes y poderes como para liderar a organizaciones amplias? Hasta ahora las feministas han liderado fundamentalmente a otras mujeres, que con su acción y el apoyo de algunos hombres han logrado grandes transformaciones. Sin embargo ha sucedido muchas veces que al estar en las organizaciones e instituciones mixtas se han invisibilizado o han liderado algunos temas específicos, pero no las propuestas económicas, la tecnología o la estructuración del Estado. Poder proponer las ideas y los mecanismos para un futuro mejor para la humanidad y llevarlas a la práctica implica el desarrollo de liderazgos feministas transformadores que puedan trascender los pequeños o grandes ghettos de mujeres.

**Line Bareiro. Abogada y politóloga paraguaya. Directora del Centro de Documentación y Estudios (CDE), cofundadora de la Coordinación de Mujeres del Paraguay. Entre sus libros: «Alquimistas. Documentos para otra historia de las mujeres» (CDE, 1993); «Ciudadanas. una memoria inconstante» (Nueva Sociedad-CDE, Caracas, 1995); «Venir la adversidad. Historias de mujeres líderes» (Secretaría de la Mujer, Asunción, 1999).*



por Nea Filgueira

perspectiva y se puede ganar en confusión. cuestión ésta que bastantes dolores de cabeza nos ha traído, a veces. Me atreveré, primero, a realizar un análisis mínimo, para ubicar al movimiento en el contexto histórico actual y rescatar sus aportes a la sociedad que se viene (sólo me detendré en grandes rasgos, los matices, los claroscuros, quedarán para otra ocasión). Y dejaré para el final las preocupaciones por el movimiento y sus plausibilidades hacia el futuro.

El (o los) feminismo(s) han ido y venido sobre la arena pública a lo largo de varios siglos (al menos en Occidente). Esa arena pública que se fue construyendo y desembocó en la participación ciudadana, que fomentó procesos de individuación -con su carga de "posesividad", según algunos-, facilitó la aparición sucesiva de "olas" feministas en este siglo. La ola actual, que arranca en los 70, que es quizás una de las de más duración en esa larga historia de apariciones y desapariciones "públicas", se ha transformado en un movimiento que lo trasciende, multifacético, calcidoscópico, planetario, mediático. No importa mucho entonces, si hoy, a fines de los 90, el "activismo" feminista parece estar en retroceso; ya reaparecerán los movimientos o luego vendrán otras, cuando lo consideren necesario. Importa más recuperar las formas del hacer y el decir que lo han llevado a participar de esta construcción en marcha de una sociedad global. De algún modo, el movimiento ha sido protagónico de algunas transformaciones que podrían marcar las características de la institucionalidad futura, y si pudiéramos reconocer cuáles han sido sus principales aportes, quizás podríamos avizorar cuáles podrían -o deberían- ser sus opciones en el futuro.

Estamos viviendo -la humanidad está viviendo- un interregno. Nuestras vidas han transcurrido entre una sociedad industrial, "moderna", ideologizada y utopista y otra post-industrial, informática, instrumental y programada (Touraine),¹² de racionalidad sistémica (Habermas, 1991) que no ha terminado de modelar las nuevas institucionalidades. Los movimientos feministas que se inician en los 70 reconocen aquellos orígenes y reinventan ideologías y utopías; en cierto sentido, se encuentran anclados en ellos; pero, al mismo tiempo, van construyendo -a mi juicio, más en el hacer que en el discurso-, nuevos paradigmas para orientar la acción social y política en este nuevo y contradictorio mundo.

Lo que estoy diciendo, como primera constatación, es que no hemos estado construyendo paradigmas para la acción social feminista o de las mujeres solamente, sino para la acción-especialmente para la participación social y política- en general. Porque así fue, los movimientos feministas de los 70 realizaron acciones en el ámbito internacional (reservado a la participación de los estados-na-

ción) y cuestionaron sus políticas desde la sociedad civil. Desde la autonomía y traspasando fronteras, se logró establecer el Año Internacional de la Mujer a nivel planetario; y se obligó a escuchar la voz de las feministas "en el llano" en la primera Conferencia de México (los Foros paralelos se transformaron luego en la forma de participación del movimiento en otras Conferencias).

Una estrategia que significó -segunda constatación- hacer accesible el campo de las "decisiones" internacionales a enfoques alternativos de los problemas; que "abrió" a la socie-

**Aprecio
un cambio paulatino
de énfasis que inhibe
la reflexión y la
construcción temática
local como si
hubiéramos
renunciado a la
necesidad de mirar,
evaluar,
analizar, la realidad
e inventar, luego,
estrategias.**



dad civil esos ámbitos tan exclusivos y que, en cierta forma, erosionó el monopolio que los gobiernos habían tenido sobre ellos hasta entonces. Una estrategia transformadora que amplió los espacios para la participación directa de la ciudadanía y, en cierto modo, democratizó tanto la visión de los problemas como la búsqueda de soluciones para ellos. Formas de actuar que lograron legitimar nuestros temas en la agenda internacional y, en consecuencia, también retroalimentaron las acciones locales. Un movimiento de ida y vuelta, desde las "bases" hacia las "cumbres" y luego el trayecto "descendente", que alteró definitivamente el campo temático de las agendas públicas: "lo personal es político". (tercera constatación).

También fueron los movimientos feministas los que -como otros- con sus formas de organizarse trascendieron (o ignoraron?) las fronteras y "globalizaron" (cuarta constatación) la acción política a partir de los activismos y la reflexión locales (condi-

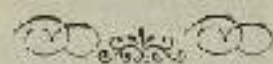
ción primordial para poder llegar a las "cumbres" con algo más que una estrategia de lobby). En América Latina empezamos temprano a construir un movimiento regional que se caracterizó por la autonomía, la organización de espacios no jerárquicos y la reflexión para elaborar alternativas (rasgos comunes a muchos movimientos sociales del período). Cebos... isimas, de esa autonomía, a veces perdimos y otras ganamos con quedarnos en el ghetto. Pero sin duda, hasta hoy valoramos lo que ese criterio autonómico nos ha permitido: metafóricamente hablando, llevarnos por delante a los partidos, a los sistemas políticos prevalecientes y a los aparatos estatales y salimos a la larga, con la nuestra.

Desde afuera", logramos poner condiciones y erosionar el monopolio de la toma de decisiones políticas por parte de sistemas que limitan fuertemente la participación de la gente. Ejercimos, de algún modo, un "control ciudadano" (quinta constatación). No importa el "tamaño" de los éxitos, importa la pragmática que nos permitió lograrlos, porque ese camino ya está abierto y de nosotras (o de otras) dependerá que tengamos la capacidad de seguir abriendo alternativas a las soluciones instrumentales y tecnocráticas que hoy se nos ofrecen, si es que queremos (un asunto que valdría la pena retomar). Pero además, si con esas prácticas hemos transformado las relaciones entre sociedad civil y Estado, al poner límites y ejercer control sobre el proceso político -a nivel nacional e internacional- también hemos contribuido al empoderamiento de la ciudadanía (sexta constatación). Y al cuestionar los modelos dominantes de participación ciudadana, hemos corrido los límites y producido efectos emancipatorios sobre los "monopolios" establecidos (séptima constatación). (Hegedus, 1992)²⁰

Otra particularidad es que teníamos, tenemos, un problema central que compartimos, pero es un problema que nos obliga a desplegarlos por toda la geografía temática de las agendas, saltándonos aquí fronteras simbólicas. "Nuestra" cuestión central abarca la pobreza, el medio ambiente, la economía, las relaciones cotidianas, la salud, la familia, los valores, el derecho, "aínda mais". Como quién dice, nos importan todos los ítems de las agendas (octava constatación). Por eso participamos en coaliciones con otros movimien-



**Como si nos
hubiéramos
desentendido de "las
otras" o sólo nos
preocupara atenderlas,
asistirlas, no
incorporarlas.**



tos. De hecho, los movimientos feministas han planteado nuevas maneras de tratar los problemas, todos los problemas, conectando la cuestión central con diversos asuntos, nacionales e internacionales, económicos, financieros, sociales y políticos (*ibid*).

La diversidad que la globalización del movimiento nos permitió abarcar también llevó -aparte de los planteos éticos- al reconocimiento del mito que había sido dar por sentada la existencia de una identidad colectiva; somos colectivos de individuos tan diferentes unas de otras, como lo podemos ser de los hombres. Es el sentimiento, el compromiso, la finalidad los que nos unen. Pero esa realidad de hermandades libremente elegidas, nos obliga, éticamente, a reivindicar la diversidad de ser, hacer y decir para todas/os y cada una/o. Las prácticas de los movimientos feministas amplían la capacidad de elección individual y colectiva, porque a partir de un im-



perativo ético, no pueden plantear soluciones únicas a los problemas, sino soluciones abiertas a opciones múltiple (novena constatación). (ibid.)

Esta revisión, inacabada y provisional, deja pendiente varias interrogantes. Sólo plantearé la que considero más importante. Sabemos que las tendencias utópicas izquierdistas de aquel momento y el corte eminentemente ético de las mismas, sustentaron el movimiento feminista latinoamericano iniciado en los 70. Si estábamos impregnadas aún por las plausibilidades abiertas, pero no realizadas, del amor y la libertad, ¿cómo compatibilizamos la impronta pragmática que dimos a

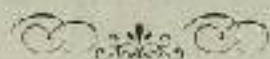
nuestras acciones, con ideologías más adecuadas para acciones "revolucionarias"? Y si no lo hicimos ¿con qué medida conservamos un sustento ético? ¿Dónde está anclado? Primero: claro que nunca logramos compatibilizar las prácticas con las finalidades utópicas que "inspiraron" originalmente al movimiento (misión imposible); aunque la incapacidad de elaborar esa contradicción colectivamente, sin conflicto, nos trae, periódicamente, problemas.

Segundo, creo que el propio hacer se llevó por delante algunos de nuestros discursos más utópicos; y a mi juicio, no está mal que así haya sido (una utopía es apenas una luz en un camino que se va haciendo... siempre que caminemos, claro). Así que considero que nuestra fuerza-última constatación- está en esa pragmática colectiva que traté de describir, en ese camino que hemos hecho, que trascendió nuestras motivaciones centrales y se inscribió en procesos más amplios. Rescato especialmente, de esa trayectoria pasada, el que nuestras prácticas contribuyeron, desde la autonomía, a generar procesos de largo término -que irán generando nuevos paradigmas-, como lo son la ampliación de las agendas, que democratizan nuestras sociedades; de los marcos establecidos para la participación política, que produce efectos emancipatorios; del empode-

ramiento ciudadano, que pone límites y ejerce controles (ibid.). Nos queda pendiente la tarea de reflexionar (no sin problemas) sobre los fundamentos ético-políticos que informan las trayectorias actuales del feminismo latinoamericano (o lo que queda de él) y de las nuevas institucionalidades que estamos promoviendo.

Desde Pekín, creo que estamos, como movimientos, ante un *impasse* crítico en relación con los resultados alcanzados por aquella pragmática. Tengo más preguntas que respuestas para mis preocupaciones y sólo puedo hablar desde mi experiencia. No dudo que el

Parecemos ser nosotras las que estamos atrapadas por una única y común agenda, que nos establece el calendario y las prioridades a casi todas.



feminismo (o las mujeres feministas, que no es lo mismo), ha/hemos cambiado, pero no sé bien a quiénes contiene o queremos que contenga el movimiento a escala local, que es donde puede "encarnarse". Yo diría, más bien, que ésta es una libre opción, que siempre fue así y que debería seguir siéndolo, un compromiso libre o individualmente elegido. Tampoco sé si existe la preocupación por mantenerlo, reiventarlo, aggiornarlo -en tanto movimiento feminista, claro- aunque haya sido el origen de todos los procesos posteriores. Aclaremos, este opacamiento a nivel local no es sólo el caso del movimiento feminista, otros, también globales, tienen grupos de militantes "internacionales" que están obteniendo resultados en ese campo, aunque por estos contornos, esos movimientos

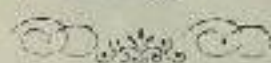
no se manifiestan en la arena pública y no pesan, no influyen, no tienen ninguna capacidad para ampliar las agendas locales, ni para apelar a la conciencia de I@s individu@s/ciudadan@s con ese fin (me atrevo a decir que sus militantes tampoco se lo proponen).

Paradójicamente, en este momento y en nuestro caso, esa ampliación de la agenda nacional la logran más expeditivamente organismos internacionales que controlan los cordones de las bolsas, que quienes problematizaron los temas y ampliaron el ámbito de la participación ciudadana. Una ampliación quizás selectiva, que no tiene por qué promover soluciones alternativas en las dimensiones más estratégicas de los cambios y que vuelve a dejar la solución exclusivamente en el ámbito "tradicional" de elaboración de políticas.

En nuestros entornos feministas, aprecio un cambio paulatino de énfasis que inhibe la reflexión y la construcción temática local -sin duda el contexto externo es desalentador en varios sentidos- como si hubiéramos renunciado a la necesidad de mirar, evaluar, analizar, la realidad e inventar luego, estrategias; como si nos hubiéramos desentendido de "las otras" o sólo nos preocupara atenderlas, asistirles, no incorporarlas (¿el feminismo perdió su sentido movilizador?). Creo que en parte, ello se debe a que la Plataforma de Acción parece proveernos de todo lo que precisamos, haciendo innecesaria la elaboración colectiva. Esa Plataforma es, sin duda, un excelente instrumento para seguir cambiando las agendas públicas, en un proceso largo, largo (salió de nosotras mismas adoptar los instrumentos de la sociedad "programada" y elaborar una detallada agenda para el próximo siglo). Pero también creo que sin colectivos, reflexión y constante revisión entre muchas, nos podemos desgastar en propósitos que sólo se concretan cuando la cuestión es tan inocua que no produce ningún cambio sustantivo, ni en los modos de mirar, ni en la lógica de los modos de hacer dirigidos a solucionar problemas. Todas conocemos la infinita capacidad de los gobiernos para ignorar los compromisos que no implican sanción de ningún tipo (sólo responden a la lógica propia del poder coercitivo, salvo cuando se logra hacer visible la participación ciudadana o se apela ante la opinión pública, a la responsabilidad de la gente).

También ocurre que las institucionalidades que construimos nos han "especializado" y muchas somos, ahora -organizaciones y feministas- especialistas bajo contrato, sin tiempo para la reflexión/participación ciudadana novedosa, que habían caracterizado las dinámicas de los movimientos. Y somos requeridas -des-

**Aparecerán las/os
que tomen la posta
de esa larga
marcha de la que el
feminismo es sólo
un componente,
para inventar
nuevos
paradigmas.**



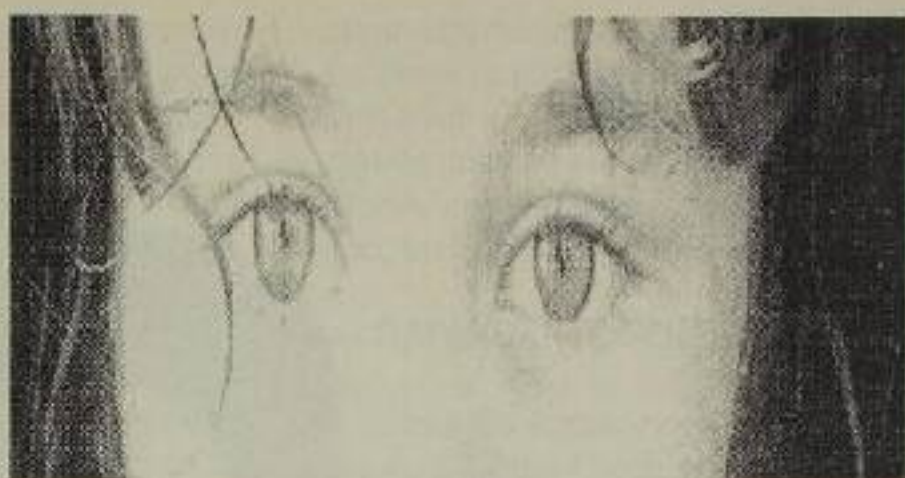
de "adentro" y desde "afuera" para trabajos concretos, generalmente en forma aislada, en una reflexión solitaria o para sustituir al Estado en los servicios que no presta. No creo que esto connoté una característica negativa en sí misma; peor resulta cuando el Estado "improvisa" sus propias soluciones; pero lo que aquí me interesa es estar advertida de las diferencias entre las viejas y las nuevas maneras de estar en el movimiento o de hacer feminismo. Debemos tomar conciencia de ello si queremos saber hacia dónde vamos o hacia dónde pueden derivar los movimientos que integramos, si no queremos convertirnos nosotras mismas en instrumentales.

Por supuesto que existen grupos, colectivos, organizaciones; que las feministas tenemos que "militar" en ocasiones; que estamos en una etapa de "seguimiento" o "monitoreo", de los "mecanismos", las políticas públicas, la incorporación del "enfoque de género" a los aparatos estatales, que también nos habilitaría a plantearnos nuevas acciones. Pero raramente lo hacemos, no nos sentimos con fuerzas o estamos tan ocupadas en hacer la tarea que no nos quedan energías para dedicarlas. Por supuesto que también hay una reflexión académica feminista, aunque todavía aislada, poco colectivizada. La gama de acciones sigue siendo variada, pero los cambios en las formas de hacerlas y en sus objetivos más inmediatos, las tendencias que ahora predominan son las que me preocupan.

Agreguemos: el tipo de lenguaje, o de términos, que empleamos o que hemos abandonado, los significados que con su uso transmitimos, sin procesos de reflexión colectiva al respecto. Hablamos

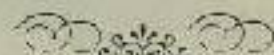
de perspectivas de género, no hablamos de perspectivas feministas; no discutimos -no socializamos- de qué igualdad hablamos, con relación a qué o a quiénes; tampoco discutimos qué diferencia "el poder" del empoderamiento (conceptos como los de igualdad -recordemos a Arendt- y poder son ambivalentes para realizar las "necesidades fugitivas" de las mujeres). Hablamos de cuotas, sin hacer hincapié en los compromisos, a sabiendas de que la heterogeneidad se manifiesta más como desigualdad que como hermandad entre las mujeres; hablamos de igualdad de oportunidades, a sabiendas de que las distancias son tan abismales que sólo ciertos grupos podrán alcanzarla. De hecho, nuestro contexto nos obligaría, como feministas, a atender la integralidad de la agenda y a "trabajar" sobre varios frentes al unisono, incluso a buscar alanzas con otros movimientos con pragmáticas semejantes a las nuestras; pero ahora parecamos ser nosotras las que estamos atrapadas por una única y común agenda, que nos establece el timing y las prioridades a casi todas.

Son ese tipo de preocupaciones las que me reafirman en la necesidad de la reflexión colectiva sobre nuestras éticas "movimentistas"; pero no, por favor, para sentirnos culpables o señalar culpabilidades, que individuos sino para tener el tiempo necesario para poner en relación y explicitar nuestras prácticas y nuestras finalidades; comparar, analizar, evaluar resultados y encontrar el sentido primordial (o los sentidos) que sustentan nuestras actuaciones, al cabo de estas décadas. Sólo así podremos saber si tenemos que insistir con "nuestros feminismos", si es momento de esperar algo nuevo que los contenga y a dónde dirigir la mirada para diseñar estrategias y acciones políticas: ¿hacia las mujeres, hacia el Estado, hacia la complejidad de lo social, hacia los ámbitos en donde se concentra el poder "tradicional" y la toma de decisiones?



En el interín, reconozcamos que el movimiento feminista está en crisis, pero no dramaticemos; hay crisis peores que ésta en las que están metidas hasta el cuello un montón de mujeres latinoamericanas y quizás no sea el momento más adecuado para elucubrar sobre lo que a nosotras nos pasa. No nos preocupemos, entonces, demasiado, falta todavía

**Nos queda pendiente
reflexionar sobre los
fundamentos ético-
políticos que
informan las
trayectorias actuales
del feminismo
latinoamericano y de
las nuevas
institucionalidades
que estamos
promoviendo.**



tanto camino por hacer, que ya aparecerán las/os que tomen la posta de esa larga marcha de la que el feminismo es sólo un componente -al menos para mí-, para inventar nuevos paradigmas, nuevos modos de marcar nuestra presencia en la construcción de esta inacabada institucionalidad en la que hoy vivimos.

* Nea Filgueira, Socióloga uruguaya, investigadora y consultora en temas de género. Coordinadora General de la Fundación Grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer en Uruguay (GPECMU). Autora y editora de libros, artículos y ponencias sobre las mujeres uruguayas y latinoamericanas.

⁽¹⁾ Touraine, A., «Production de la Société», (Sévi 1973).

⁽²⁾ Hegedus, Z., 1990 «Social Movements and Social Change in Sex Creative Society: New Global Initiatives in the International Arena», en «Globalization and Society», M. Altvater y E. Kirs.



CLAVES ÉTICAS PARA EL TERCER MILENIO

por Marcela Lagarde

CREENCIAS Y PREJUICIOS DE LA MODERNIDAD

La complejidad de experiencias en el ámbito del feminismo se sitúa al umbral del milenio.

Es común la creencia sobre el feminismo como un tiempo o una expe-

riencia localizados, efímeros y puntuales. Algunas mujeres ven el feminismo como cosa del pasado lejísimo de los 70's, lo asocian a otras generaciones, con sus maestras, sus madres o connotadas mujeres que miran ancladas en otra época. Su individualidad se afirma al marcar la diferencia generacional frente al feminismo y las feministas. En su ima-

ginario, el feminismo es un asunto de viejas y no de jóvenes y casi es una marca de la tercera edad. Piensan que en breve se convertirá en arcaísmo del milenio pasado.

Hay quienes circunscriben todo el feminismo -los feminismos y sus dimensiones- al movimiento feminista, como si hubiera sido un solo movimiento social o político o que se refle-

re a una lucha o a alguna conmemoración. Incluso reducen el feminismo a las feministas que han encontrado en su camino.

Algunas modernas viven sin conciencia de que sus oportunidades, su posibilidad de decidir y sus condiciones de vida devienen de luchas seculares que han abierto profundas fisuras en la modernidad patriarcal. No saben que ahí están las huellas de mujeres indignadas o dañadas por la opresión, conmocionadas por sus condiciones de vida o convencidas de que sus oportunidades y derechos deberían ser universales y se tornaron entusiastas inventoras de una existencia distinta.

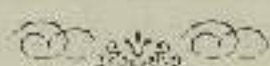
Hay quienes, aún al participar a favor de los derechos de la mujer, al esforzarse por incorporar la perspectiva de género en políticas públicas, o de regreso de conferencias mundiales, no asocian que sus quehaceres están vinculados con el feminismo, han sido engendrados en su terrenalidad y no pueden ser explicados fuera de esa cultura paradigmática. Sin modificar mitos, ideologías y valores patriarcales asumidos como valores propios, creencias y formas de ser, asumen jirones de feminismo y los integran en visiones mesiánicas o caritativas. Las oprimidas son las otras. Se ocupan de ellas mismas a través de proyecciones múltiples: las imágenes femeninas que reciben sus intuiciones, necesidades y aspiraciones están distantes. Defender el orden y hacer contracultura, es posible a condición de mantenerse inmunes.

Algunas más piensan que la perspectiva de género es posterior y además diferente del feminismo, incluso los antagonizan y creen que la perspectiva de género supera el feminismo. Identifican al feminismo con un radicalismo que deja fuera a los hombres y atenta contra ellos. Ven en la perspectiva de género algo menos excluyente e injusto porque incluye a los hombres. Esa creencia les permite visitar complementariedades y otras fantasías y mantener firme su lealtad a los hombres y su incontaminación del feminismo. Con todo, asumen reivindicaciones de género y luchan por ellas.

Hay quienes no reconocen al feminismo en hechos políticos de gran importancia como son las luchas por eliminar la violencia contra las mujeres, los procesos jurídicos por la equidad civil y política entre mujeres y hombres, o la concreción de los derechos sexuales y reproductivos. A la

par, cada vez más mujeres son conscientes y ven la impronta feminista en conferencias como las de Belém do Pará, Viena, el Cairo o Beijing. Hitos cuya marca de agua consiste en que por primera vez en la historia los asuntos, las necesidades y aspiraciones de las mujeres y los problemas del mundo contemporáneo vistos desde las mujeres, son priorizados en canales de la globalización y la modernidad. Han sido encuentros mundiales de reunión de milos de

**Algunas modernas
viven sin conciencia de
que sus
oportunidades, su
posibilidad de decidir
y sus condiciones de
vida devienen de
luchas seculares que
han abierto profundas
fisuras en la
modernidad
patriarcal.**



mujeres. Su diversidad *in situ*, es representativa de la diversidad que pretende eliminar la globalización homogeneizadora. Gobiernos, iglesias y organismos internacionales han debido negociar con mujeres de todos los continentes, colores y sabores.

Beijing es sólo la punta del iceberg de lo que ocurre en cada macro región y país, en comunidades y barrios. En la vida de cada mujer. Millones de mujeres tejen el manto feminista sobre la tierra. Coinciden y desarrollan raíces de género para todas. Dialogan, disienten, aprenden y desaprenden, acuerdan y se enredan. Por primera vez son interlocutoras universales de género, pactantes autoconstituidas y sustentadoras de acciones para aterrizar anhelos, deseos y urgencias.

Los objetivos feministas en los hitos emblemáticos del umbral del milenio han consistido en eliminar los cautiverios, cesalambrar las vidas femeninas a través de procesos de desarrollo y democracia, y hacer avanzar los derechos específicos de las mujeres, en convertir los acuerdos en normas de convivencia civil, de Estado y supraestatal. Y, desde una ética de la justicia, redistribuir recursos (en parte expropiados a las mujeres) y

crear oportunidades de desarrollo. La clave política de género ha sido potenciar los poderes y las incidencias de unas en espacios de reverberación, compromiso y responsabilidad, en beneficio de todas.

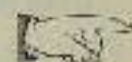
ORFANDAD Y GENEALOGÍA

Cada día surgen nuevas feministas sin historia. Creen ser las primeras verdaderamente feministas. Distintas de las sufragistas, de las mujeres que en los sesentas hicieron el día a día de la liberación sexual, o de quienes al enunciar la palabra ciudadana, probaron los límites de la democracia patriarcal en la guillotina.

Mujeres del umbral del milenio no saben que otras las reivindican y eso agrava la orfandad genérica: el cesamparo, la falta de raigambre femenina autorizada, el miedo ante la vulnerabilidad frente a las violencias, la sensación subversiva a la menor identificación política de género, la experiencia de extranjería en la propia tierra, la casa, el cuerpo.

Desconocer los afanes lúcidos, los aportes, las interpretaciones y las acciones de las contemporáneas, no es una elección. Los hechos transgresores de género y la existencia simple y llana de las mujeres, su vida cotidiana, sus esfuerzos vitales o los obstáculos y desigualdades que enfrentan, se ocultan y desvirtúan, son minimizados.

La navegación informática incluye 30 % de mujeres. Sin embargo, los mensajes, los códigos y los sitios discursivos son en su mayoría androcéntricos. La experiencia informática feminista se cuele por espacios no acotables. Millones de mujeres del siglo XX han pasado por las aulas, arribado a la era de Gutenberg, la tecnología y las profesiones y, en su inmensa



mayoría, no aprendieron teorías, acciones ni hechos históricos vividos por mujeres. Ni una idea reivindicativa de género fue estudiada en sus libros de texto ni anotada en sus cuadernos. Los exámenes y las evaluaciones no muestran qué saben acerca de su historia y de sus ancestras, ni de su propia existencia y ubicación en el mundo, de las precauciones mínimas para evitar experiencias dañinas o de sus derechos como mujeres. Han ido a la escuela, espacio emancipador e iluminador, a reafirmar desde el saber y la razón científicas que las mujeres no existen. Y, que si existen, no importan.

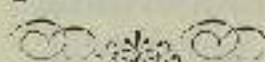
La historia y la memoria, las con-

ciencias y las identidades feministas se construyen como bagaje en procesos que eslabonan y suman dialécticamente. Así, cada sitio de reconocimiento crea y multiplica espacios de la memoria para ser ocupados por ancestras redescubiertas y futuras milenarias.

rostro del equívoco. Lo feminista se demuestra al señalar que las otras no lo son. Y, en el límite, en volverse autónomas de las demás mujeres, de sus espacios y sus causas.

La diferencia y la desigualdad son enunciadas de manera confusa. En un giro de 360 grados en la historia del pensamiento crítico feminista, con renovado esencialismo, se resignifican las diferencias sexuales como naturales y positivas. Las loas al gé-

El feminismo sucede también en soledad. Transcurre en torno a fogones y mesas de cocina, en los mercados, los hospitales y las iglesias. Está en las aulas, las salas de conciertos y los proyectos productivos.



nero sustentan un supremacismo femenino de nuevo cuño amalgamado con la exaltación de magias, conjuros y religiosidades sincréticas *new age*. La trama resulta de elecciones binarias en que lo femenino es mágico y reificador frente a lo masculino asociado con lo racional y político en su negatividad. Distanciadas de la lógica de la igualdad, algunas feministas abjuran de esa equívoca tradición. Fascinadas por lo femenino aunque sea desde una estética sexual de la virilidad, restablecen una jerarquía de género en que lo femenino es *per se* superior, ético y trascendente, aunque no lo sea para el mundo. Hay quienes antes del 2000, con precocidad o a modo de anunciación, ya saborean el fin del patriarcado.

La complejidad de posturas y creencias expuestas no agota el panorama. Pero da color a las experiencias de cada quien y va sedimentando un imaginario personal y social en torno al feminismo y a las feministas. Se dificulta crear la legitimidad del feminismo porque las feministas ignoramos, nos desentendemos, nos anticipamos a enterrar a otras feministas y sus aportes al ignorarlos o excluirlas. A veces, atrapadas por el orden, al ocupar posiciones, al disentir sobresalir en las fisuras del orden patriarcal, se producen enfrentamien-

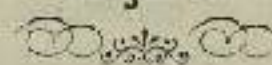
tos excluyentes entre compañeras, colaboradoras, militantes y amigas, debido a la competencia por pequetísimos recursos y oportunidades. Restos misóginos en nuestra subjetividad emergen como manchas en un paño.

IDENTIDAD FEMINISTA ESCINDIDA

Las feministas contemporáneas pasamos por procesos complejos de sincretismo y escisión, reparación y recreación. El sincretismo de género de todas las mujeres contemporáneas sintetiza contradicciones que provienen de la configuración premoderna y moderna de la condición de género de cada una. La contradicción ética se complejiza acorde con el sincretismo feminista de cada una. Es decir, con la síntesis de los diversos feminismos amalgamados en la experiencia vital. La contradictoria y polivalente experiencia feminista a lo largo de la biografía de cada una y en la historia, pasa por las marcas que dejan en nosotras las olas y los movimientos, la internalización y la práctica ética en la cotidianidad.

El conflicto que alcanza su cima cuando se experimenta la identidad feminista escindida entre deberes éticos e impotencias vitales y entre discurso y práctica repercute en nosotras como dolorosa descolocación. Ciertas incoherencias reprochadas a mujeres feministas son parte de los

El pacto sororario es el más terrenal de los pactos y es el fundamento ético de las prácticas políticas entre mujeres.



ajustes entre pensar y hacer, querer y poder, desear y concretar. Para nosotras son inherentes a procesos complejos. La huella profunda, la escisión, es superable: va desapareciendo si al vivirnos adentramos en la cultura feminista.

La complejidad subjetiva ante el feminismo no sucede en la asepsia. Proviene también del antifeminismo beligerante. Nunca antes en la historia el antifeminismo había contado con la conjunción de acciones poderosas de fuerzas económicas, políti-



DIFERENCIA, DESIGUALDAD Y SUPREMACÍA

Algunas intelectuales se consideran postfeministas desde una vertiente postmoderna en que la igualdad ya está establecida y no precisa recelos y resentimientos infundados de género. O, desde una diferencia sexual primigenia, la igualdad no aparece en el horizonte (como si la diferencia no pudiese afirmarse en la igualdad o fuese su opuesta). Para algunas, los hombres, las instituciones y el Estado están fuera de su mira, los cambios políticos de género conducen a hacer el juego al sistema y quienes buscan la ciudadanización de las mujeres y la civildad son el

cas y religiosas, ideologías conservadoras, antidemocráticas y misóginas descalifican, ridiculizan y deslegitiman al feminismo y a las mujeres; organismos, instituciones y personas nos hostilizan de manera permanente y sofisticada desde posiciones de verdad (poder) a través de acciones y mensajes hegemónicos, visibles o implícitos; promueven la enajenación femenina en torno al feminismo a través de la ignorancia impuesta contra las mujeres, se resienten de nuestros avances por pequeños que parezcan. El antifeminismo es la misoginia convertida en ideología política.

EL FEMINISMO ES UNA CULTURA

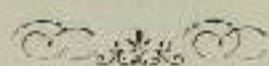
Cualquiera que se zambulla en la historia de los feminismos, verá con claridad que el feminismo no puede ser pensado sólo como un movimiento concreto o como el movimiento feminista. Ha habido centenas de movimientos feministas y habrá muchos más. El feminismo tampoco puede ser identificado sólo con movilizaciones públicas, protestas y demandas, con mujeres con el puño en alto, con la quema de brassieres, o con mujeres vestidas de negro como duelo y límite ante el genocidio. El feminismo sucede también en soledad. No sólo está en las luchas públicas, sino también en las nuevas formas de convivencia y cotidianidad. Transcurre en torno a fogones y mesas de cocina, en los mercados, los hospitales y las iglesias. Está en las aulas, las salas de conciertos y los proyectos productivos.

El feminismo tampoco se restringe a algunas organizaciones y sus acciones, aun cuando son evidente creación de tejido social o alternativas culturales. Asociar sólo con algunas destacadas feministas la totalidad de la causa, invisibiliza al resto de millones de feministas. Pensar que sólo han contribuido a sedimentar el horizonte histórico del feminismo las mujeres que asumen una identidad feminista, reduce el hecho histórico a su conciencia. Canchales de mujeres y hombres, instituciones privadas y públicas, contribuyen aún sin conciencia a la extensión paradigmática del feminismo.

El feminismo ha implicado interpretaciones del mundo y de la vida, desarrollos filosóficos, reelaboración de valores y renovación ética, acciones políticas, legislaciones, procesos



La contradictoria y polivalente experiencia feminista a lo largo de la biografía de cada una y en la historia, pasa por las marcas que dejan en nosotras las olas y los movimientos, la internalización y la práctica ética en la cotidianidad.



pedagógicos y de comunicación, reformulaciones lingüísticas y simbólicas, conocimientos científicos e investigación, arte y literatura, transformación directa de creencias religiosas y de formas de vida. El feminismo se halla en el rostro y las leyes de las democracias y el desarrollo humano sería inimaginable sin su impronta. Porque abarca esa complejidad histórica, y mucho más, el feminismo es una cultura.

DIVERSIDAD Y SINTONÍA

Por eso, desde una dimensión temporal es preciso considerar en cada periodificación un horizonte cultural feminista. La periodificación macrohistórica, permite apreciar que ya han pasado más de tres siglos de feminismo en Occidente, los que corresponden con la era de la modernidad. El feminismo ha ido desarrollán-

dose a ritmos distintos en regiones, países y culturas durante ese tiempo. Podemos conceptualizar ese tiempo-espacio como un horizonte cultural feminista. Luego están los horizontes culturales feministas regionales, locales, nacionales, y hoy también el horizonte global. Cada proceso, movimiento, grupo o evento tendiente a eliminar formas de opresión de género y a crear alternativas de vida. El feminismo se inscribe en dichos horizontes históricos. Y, finalmente, en la biografía de cada mujer se concreta el horizonte cultural feminista definido por los hitos y momentos en

que se entrecruza la propia vida con los micro o macro procesos feministas.

En el umbral del milenio, el horizonte cultural feminista es universal por primera vez en la historia. Y, más allá de las agendas comunes, los temas, las vocaciones y las semejanzas iconográficas y estéticas, cada quien experimenta el feminismo a su manera, desde su especificidad personal, social y cultural. Se vale la diversidad.

LA MISMIDAD

Ante la expropiación del ser para el y para lograr la génesis de la libertad y del yo, la mismidad como experiencia vital es la más radical creación feminista. Sin autonomía subjetiva y concreta es imposible construir la autoidentidad cifrada en el yo, condición necesarísima para las individuos libres que queremos ser. Sin recursos de vida el yo languidece subsumido en los otros, y se consuma la colonización identitaria y vital de las mujeres.

Por eso, lograr la centralidad de cada mujer en su propia vida y la prioridad de sus necesidades en sus afanes, son pautas éticas de mismidad del feminismo del umbral del milenio. En esta hora no es posible seguir por donde sea. Es preciso saber cuáles son los fundamentos imprescindibles en las mujeres para eliminar la opresión e ir construyendo la humanidad de cada una y de



todas como seres humanas.

La mismidad supone transformar los deseos de fusión por los de vínculo; desechar el regreso al pasado, a la cultura madre o al paraíso, para dar lugar a la preservación del yo-misma y del propio mundo, sus espacios y recursos; arraigarnos y pertenecer se conjugan con la fluidez.

El sentido de mismidad lleva a buscar que cada mujer sea consciente de ser prioritaria e imprescindible para sí misma y de que ni los otros

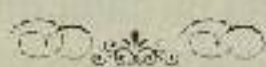
entraña-
bles ni
los re-

pactos y es el fundamento ético de las prácticas políticas entre mujeres para deconstruir la enemistad patriarcal, el racismo, el adultismo, y todas las formas de supremacía, de desigualdad y de dominación entre las mujeres, con acciones prácticas de cooperación, alianza y sustentabilidad entre nosotras.

Sólo se produce entre mujeres sabias y osadas. Sólo a partir de experiencia.



En el umbral del milenio, el horizonte cultural feminista es universal por primera vez en la historia.



novados simbólicos, el planeta o la causa, pueden desplazarla de su propio centro.

DIVERSIDAD Y SORORIDAD

La diversidad, respetada y alentada, es resultado de una intencionalidad ética y política que crea entre las mujeres la experiencia de sintonía cultural feminista en momentos de identificación, auge y consecución de logros.

La enredadera feminista es la marca del feminismo del umbral del milenio. Es un encuentro sórico, basado en el respeto al género, a las otras mujeres, a la causa, la tradición y la real participación. Implica un orgullo de género producto de la revaloración humana de las mujeres y del feminismo. Es un encuentro entre mujeres investidas de derechos, que dialogan, suman, sustentan y, sobre todo, disienten sin exclusión ni exclusividad, porque saben que construyen juntas y que, al hacerlo, convergen.

La sororidad es la dimensión feminista prioritaria para consolidar la herencia de la que somos portadoras y nuestra construcción vital. El pacto sororario es el más terrenal de los

riendas de este signo se desidealiza lo femenino y a las mujeres, y por eso fluyen la aproximación, el asomero, la calidez, el amor feminista afidado. La sororidad implica un principio ético de aceptación genérica fundante, que regulara del acuerdo y del disenso. Las feministas arribamos a esa capacidad pactante después de lastimaduras, exclusiones y rivalidades, de enemistades que nos han producido grandes daños.

Por eso la sororidad ha sido un descubrimiento y una innovación ética para sobrevivir y construir la igualdad entre nosotras, concreta la humanización de todas que exigimos al mundo.

El saber-hacer sororal, la mismidad, nuestra memoria e identidad feministas, son claves éticas imprescindibles para avanzar al tercer milenio si queremos pan y rosas para las mujeres, y paz para quienes viven en guerra. Si queremos lograr la transfiguración histórica de nuestros cuerpos y nuestras vidas en intocables frente a los riesgos de la violencia de género, si nos orientamos por un planeta vivible y por aterrizar los derechos de las humanas (que cada mujer tenga un territorio, una casa, un cuerpo y una vida propios, cada niña

un libro feminista que leer, en seres de escritura y una caricia acogedora, cada joven y cada adulta sus papanicolaus a tiempo y el derecho a decidir, y cada vieja todo eso en su larga vida y una dentadura, alimentos, sosiego y quien la cuide), si queremos un milenio feminista, es imprescindible urdir sus días desde nuestra elicidad.

EL VIRAJE

El feminismo empieza en mi cuerpo, en mi subjetividad, en mi casa. Su prioridad es ser experiencia vital y lograr el beneficio personal y compartido.

Necesitamos aprender, estudiar y analizar críticamente nuestro bagaje desde el propio mundo, e integrar con creatividad los valores, la lógica, los conocimientos y las alternativas feministas en nuestras cosmovisiones y cotidianidades. Nuestra asertividad será mayor, integral, si hacemos comprensiva y próxima la historia feminista y la historia toda desde esa posición simbólica. La autobiografía, la historia en primera persona, la genealogía personal de género, son cimientos para asumir el poderío que nos da pertenecer a genealogías femeninas y feministas.

Deseamos fertilizar el nuevo milenio con nuestra cultura feminista, como la más grande contribución colectiva de las mujeres creadoras de mundo; vivir esta conmoción intransferible desde la propia biografía y circunstancia y re-conocer-nos en ancestras personales y emblemáticas. Habitar con ellas nuestro árbol genealógico. Instalar esta historia, esta ética y esta política en la historia, es el camino para dar el viraje del milenio y que el feminismo deje de ser contracultura, disidencia y minoría, y sea parte de la cultura-ambiente de los usos y las costumbres, del aire que respiramos. Para que sea inalienable la humanidad en las vidas de las mujeres mismas y en el mundo.

* **Marcela Lagarde.** *Etóloga mexicana, doctora en Antropología y académica universitaria en México y Guatemala. Coordina los talleres «Cassandra» de Antropología feminista. Autora de: «Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas» (UNAM, 1990, 1993, 1997), «Identidad genérica y feminismo» (Instituto Andaluz de la Mujer, 1998); «Una mirada feminista en el umbral del milenio» (Instituto de Estudios de la Mujer, Universidad Nacional de Costa Rica, 1999).*



ABORTO*

MUJER Y SEXUALIDAD*

MUJER Y POLITICA*

MUJER Y TRABAJO*

MUJER Y LEGISLACION*

LA MUJER RURAL*

TENSIONES ENTRE MACHISMO Y FEMINISMO*

MUJER Y SALUD*

ESPECIALES

MUJER:



LA PROSTITUCION

EMPLEO DOMESTICO*

MUJER, PAZ Y DESARME*

MUJER Y EDUCACION FORMAL*

MUJER Y TERCERA EDAD*

MUJER Y DEMOCRACIA

MUJERES JEFAS DE FAMILIA

8 DE MARZO*

MUJER JOVEN

LA PAREJA

MATERNIDAD

MUJER INDIGENA

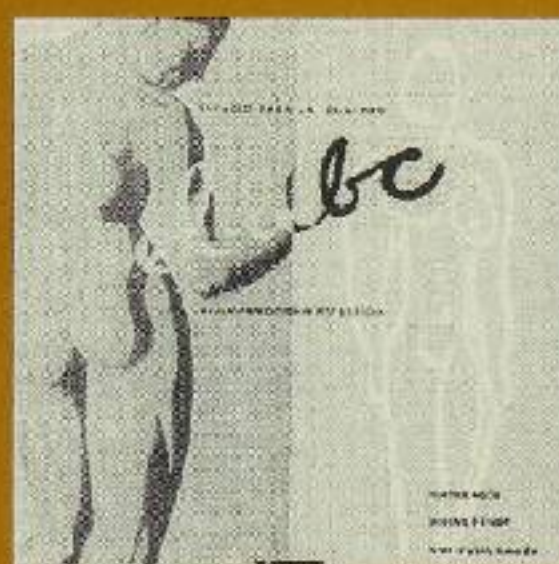
MUJER Y HUMOR N° 1*

DEMANDAS DE LAS MUJERES

CONTRAVIOLENCIA

VIOLENCIA EN LOS MEDIOS*

CENTROAMERICA: MUJERES EN LUCHA*



EL ABC DE UN PERIODISMO NO SEXISTA



DEBATE DEL ABORTO

MUJER Y HUMOR N° 2*

MIEDOS

PRECURSORAS DEL FEMINISMO EN AMERICA LATINA*

IGUALDAD Y DERECHO

POBLACION: HABLAN LAS MUJERES

MUJERES NEGRAS

HABITAT. EL PLANETA, LA CIUDAD, LA CASA EN QUE VIVIMOS

CUARTO PROPIO EN EL ESTADO

* Agotados



Feminismos Fin de Siglo

Una herencia sin testamento

Francoise Collin, FRANCIA

Todas íbamos a ser ancianas indecentes...

Diana Bellesi, ARGENTINA

Un lenguaje que lo vuelva memorable

Luisa Muraro, ITALIA

La idea de igualdad

Celia Amorós, ESPAÑA

El sentido de la libertad femenina

Ida Dominijanni, ITALIA

Democratizar la cultura

Sonia Montecino, CHILE

De la certeza a la incertidumbre

Hydeé Birgin, ARGENTINA

Ampliar la acción ciudadana

Marta Lamas, MEXICO

De múltiples formas y en múltiples espacios

Gina Vargas, PERU

Feminismos diversos y desplazamientos desiguales

Sonia E. Alvarez, ESTADOS UNIDOS

Devenir Estado, hacerse Estado

Alessandra Bocchetti, ITALIA

La alternativa del partido feminista

Lidia Falcón, ESPAÑA

Posibilidades y riesgos de la institucionalidad

Virginia Guzmán, CHILE

Autonomía y espacios de acción conjunta

Judith Astelarra, ESPAÑA

Caminamos y tropezamos, pero caminamos

Jacqueline Pitanguy, BRASIL

Contra la pobreza y la exclusión

Kate Young, GRAN BRETAÑA

Cambios para el conjunto de la sociedad

Line Bareiro, PARAGUAY

Recuperar las formas del hacer y el decir

Nea Filgueira, URUGUAY

Claves éticas para el tercer milenio

Marcela Lagarde, MEXICO